

FUGAS DE TINTA 3

crónicas, cuentos y relatos
escritos desde la cárcel



TALLER DE EDICIÓN • ROCCA® S. A.
n a r r a t i v a

FUGAS DE TINTA 3



Libertad y Orden
Ministerio de Cultura
República de Colombia

**Prosperidad
para todos**



**Red Nacional
de Talleres
de Escritura Creativa**

FUGAS DE TINTA 3

Crónicas, cuentos y relatos
escritos desde la cárcel



TALLER DE EDICIÓN • ROCCA®

n a r r a t i v a

Ministra de Cultura
Mariana Garcés Córdoba

Viceministra de Cultura
María Claudia López Sorzano

Secretario General
Enzo Rafael Ariza

Directora de Artes
Guiomar Acevedo Gómez

Grupo de Literatura
Carolina Calle Sandoval
Francisco Roza Triana

Coordinador Programa *Libertad bajo palabra*
José Zuleta Ortiz

Directores de talleres de escritura en establecimientos carcelarios
Antonio Silvera, Cárcel del Bosque, Barranquilla
Betuel Bonilla Rojas, Penitenciaría de Neiva
David Macías, Bellavista, Medellín
Henry Benjumea, Colonia Penal de Acacías, Meta
José Zuleta, Cali
Juan Felipe Gómez, Penitenciaría de Calarcá, Quindío
Norwell Calderón Rojas, Cúcuta
Walter Mondragón, Tuluá

Agradecimientos especiales
Clarisa Ruiz Correal
Melba Escobar de Nogales
Patricia Miranda Saldaña

© Ministerio de Cultura

© Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa

© Derechos reservados para los autores

© Taller de Edición • Rocca® S. A.
Bogotá, D. C., Colombia
Primera edición, marzo de 2011
ISBN: 978-958-8545-32-5

Compilación de textos: José Zuleta y Harold Kremer

Edición y producción editorial: Taller de Edición • Rocca® S. A.
Transversal 6ª N°. 27-10, oficina 206
Teléfonos/Fax.: 243 2862 - 243 8591
taller@tallerdeedicion.com
www.tallerdeedicion.com

Impresión y acabados: Colombo Andina de Impresos S. A.
Calle 12 No. 37-85, Bogotá D. C.
Teléfono: (57-1) 351 7450
empresa@colomboandinadeimpresos.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida en su todo o en sus partes, ni registrada o transmitida por un sistema de recuperación, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico o fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor o del editor, Taller de Edición.

Índice de contenido

Presentación	13
Acacias, Meta	
Director de Taller: Henry Benjumea	
“El Loco”	17
<i>Julio César Zamudio Téllez</i>	
Búscame	19
<i>Jorge Luis Álvarez</i>	
La ñanga	21
<i>Gustavo García Blanco</i>	
Visión	22
<i>Leonardo Reyes</i>	
Gato bulloso	23
<i>Leonardo Reyes</i>	
La ocupación del desocupado	24
<i>Julio César Zamudio Téllez</i>	
El mago	25
<i>Gratiniano Rodríguez Pinto</i>	
El bandido y la puta	27
<i>Leonardo Reyes</i>	
Gatos	28
<i>Fabián Giovanny Ruiz</i>	
Vida	29
<i>Leonardi Bernardo Ureña Ovalle</i>	

Juguete sexual	30
<i>Leonardi Bernardo Ureña</i>	
La hora muerta	31
<i>Olmar Augusto Velandia Gómez</i>	
Sorpresa	33
<i>Fabián Giovanni Ruiz</i>	
Reflexiones	34
<i>Gratiniano Rodríguez Pinto</i>	
A partir de un recuerdo	35
<i>Juan Giovanni Montoya Pabón</i>	
Mi gato lo sabía	36
<i>Julio César Zamudio Téllez</i>	
Un amor	38
<i>Cristian Hernán Loaiza Bejarano</i>	

Neiva, Huila

Director de Taller: Betuel Bonilla

El llanto de un niño	41
<i>Emirio Bermúdez</i>	
Las palabras mágicas	44
<i>Michael Andrés Cabrera Calderón</i>	
Las pastillas que todo lo paran	45
<i>Michael Andrés Cabrera Calderón</i>	
“El Caribonito”	47
<i>Hélver López Romero</i>	
Cosas que pasan	51
<i>Jairo Polanía Andrade</i>	
Fealdad	57
<i>Rubén Darío Ninco</i>	
Un ángel de apellido Pérez	58
<i>Jorge Enrique López R.</i>	

Las fiestas del muerto viviente	61
<i>David Ramos Moreno</i>	
El ajedrez del árabe	64
<i>David Ramos Moreno</i>	
¿Quién me necesita?	66
<i>Gerley Alexis Vanegas Ateorthúa</i>	
Memorias de un gran amor	68
<i>Jorge Luis Vidarte Aranda</i>	

Calarcá, Quindío

Director de Taller: Juan Felipe Gómez

La Gabriela	73
<i>Segundo José Ortiz</i>	
Por cosas de la vida	76
<i>Alfredo González Llarbona</i>	
La princesita	78
<i>Sebastián Salazar</i>	

Tuluá, Valle del Cauca

Director de Taller: Walter Mondragón López

El abandonado (fragmento)	83
<i>Ricardo Buenaventura Góngora</i>	
El toro negro	87
<i>Diego Armando Páez Gómez</i>	
El estuprado	89
<i>Joe Paz Guerra (seudónimo)</i>	
Pesadilla real	91
<i>Noelia Ríos</i>	

Medellín, Antioquia

Director de Taller: David Macías

Fin del proceso	97
<i>Luis Alberto Arias Ossa</i>	

Barranquilla, Atlántico

Director de Taller: Antonio Silvera

Autobiografía	105
<i>Oswaldo Javier Garrido Carriazo</i>	

Lápiz y papel	123
<i>Ricardo Álvarez Pretzelt</i>	

Viento	125
<i>Belford Bolívar</i>	

¡Qué vaina: soñar no cuesta nada!	126
<i>Belford Bolívar</i>	

El sordo	127
<i>Ángel Rosendo Yaya Pérez</i>	

Cúcuta (Buen Pastor), Norte de Santander

Director de Taller: Norwell Calderón Rojas

Mascota fiel	131
<i>L. V. J.</i>	

Cali, Valle del Cauca

Director de Taller: José Zuleta

Un bien que me hace mal	135
<i>Liliana Etayo Cañas</i>	




Presentación

EN ESTA NUEVA MEMORIA DE LOS TALLERES DEL PROGRAMA *Libertad bajo palabra*, presentamos una selección de textos que muestran lo diversos que somos. No en el sentido que en los últimos años se le quiere dar al término; esto es, refiriéndolo a lo étnico, a lo regional o a lo cultural. Nos referimos a lo diverso en un sentido más poderoso y que es la tarea, la indagación de la literatura: a la diversidad de seres que confluyen en cada uno de nosotros. Gran parte de los conflictos humanos provienen de una multitud de tendencias contrapuestas, de fuerzas en tensión que nos habitan. Pocas personas son capaces de hacer florecer con naturalidad esa verdad humana. Curiosamente en las cárceles el escritor no posa de escritor, no busca redención ni notoriedad, tampoco beneficio. No pretenden publicidad, la mayoría no desean ser publicados, acceden a regañadientes a la publicación, o firman con seudónimo. En las cárceles la escritura vuelve a ser lo que es la escritura de literatura: una necesidad, una vía para tratar de encontrarse, de salvarse del extravío.

El sombrío, y ya no tan ajeno mundo de las cárceles, es mucho más próximo y revela nuestra realidad con una claridad mayor de la que podríamos imaginarnos. Los nuevos héroes, la lógica del más fuerte, el poder del dinero, la revolución de los valores, el individualismo, los clanes. La inmensa capacidad de humanidad atada

a una inmensa capacidad de destrucción. La competitividad..., digamos que los rasgos más nítidos de lo que es nuestra sociedad, son de algún modo más visibles y claros en la cárcel, por ello, esa institución, creada para preservar a la sociedad de peligrosos individuos, es en realidad un espejo de lo que somos. No es por casualidad que hoy en las cárceles convivan congresistas y ladronzuelos, gobernantes y gobernados, gerentes de instituciones financieras y atracadores de bancos.

En este libro presentamos una selección de trabajos realizados en las cárceles durante el ciclo de talleres de *Libertad bajo palabra* en el año 2010. Además incluimos un testimonio de vida de una reclusa de la cárcel de Cali, escrito en el taller durante el año 2007 y el cual no había sido dignamente publicado.

“Existen muchas formas de estar preso, casi todas peores que estar preso”, dijo con gran serenidad una mujer que lleva catorce años tras las rejas. “Yo no me quiero ir de aquí”, le oí decir a otro detenido en la cárcel de Palmira. “Si no fuera porque me cogieron ya estaría muerto”, aseguró un hombre joven en la penitenciaría de Calarcá. Estos testimonios no pretenden hablar bien de la cárcel; hablan de lo terrible que es para muchas personas la calle, la libertad, el país en que vivimos. En Buenaventura un hombre que conoce muy bien ambas prisiones sentenció: “La pobreza es la peor de las cárceles”. 

JOSÉ ZULETA
Coordinador del Programa
Libertad bajo palabra

Acacias, Meta

Director de Taller: Henry Benjumea

“El Loco”


JULIO CÉSAR ZAMUDIO TÉLLEZ

YO CAMINABA POR LA AVENIDA CON PRECAUCIÓN Y TRISTEZA. Iba tras la pista de un loco, esa noche había mucha lluvia, y la carretera larga era abrazada por el viento. Agarraba con fuerza mi paraguas, pues hacía ya dos intentos que había querido volárseme de las manos; también sostenía con nervios mis pantalones cortos y un revólver que guardaba en mi gabardina, muy parecida seguramente a la de *Superman*.

De repente apareció un loro, que la lluvia y el viento habían arrastrado hasta llegar a mi encuentro. Lo abracé y lo apreté a mi pecho, para tratar de protegerlo de las gotas pesadas de la lluvia. La noche era larga y el camino estrecho, seguí caminando hasta parar en una acera. Allí estaba un cura, que cordialmente me saludó. Preocupado y con gestos, me dijo que muy cerca de ahí, había un loco que se dirigía hacia el callejón y que delante de él, iba una chica. “Ella va vestida de blanco con un bolso pardo y en sus manos lleva un lápiz labial”, dijo.

Parecía como si el cura anduviera loco, pues la descripción era un poco rara. Sin embargo, me aproximé al callejón, con cautela y muy silencioso, y como había dicho el cura, “El Loco” iba tras esa muchacha con ganas de atacarla. Pude notar que sus pasos eran livianos, no se sentían ni sonaban en el piso mojado. Él se metió la mano al abrigo. Entonces, me acerqué preparado para cuando fuera a atacar a la mujer; pero él, muy tranquilamente, enciende un bareto que lleva a su boca encendido

y sin prisa; yo empuño mi revolver, mientras ella caminaba sombría sin saber que alguien le seguía los pasos; bandiaba la lluvia, procurando no mojarse más de lo que ya estaba. Me fijé en sus manos: como había dicho el cura ella llevaba un lápiz labial, era muy extraño, podría ser un puñal para defenderse. Pasadas unas cuerdas, "El Loco", decidió agarrarla por detrás, pero ella se dio cuenta y salió a correr como alma que lleva el diablo, importándole poco la gravedad de la oscura noche.

Entonces, empezó una persecución de tres, con mi revólver afuera, dispuesto a disparar a "El Loco" o a quien se atravesara en esta calle ciega; la chica luego de correr mucho cayó, empezó a gritar y sudar de miedo. "El Loco" cayó a su acecho, sin percatarse que detrás de él estaba yo. Al verme se paró, me enfrentó y me miró con rabia. Tenía mojada toda su ropa. Yo temblaba con el revólver en mi mano. Mientras eso pasaba, la chica huía del lugar con prisa, lágrimas y miedo. "El Loco" se dio cuenta de que si se movía, muy seguramente yo le dispararía en el pecho. Le grité: queda usted detenido, y lo esposé. Desde ese día, las noches son más tranquilas y la lluvia encuentra las montañas y las calles sin miedo, ni gritos. "El Loco" fue encarcelado y la ciudad ha podido dormir en paz. 

Búscame

JORGE LUIS ÁLVAREZ

BÚSCAME

Aunque sepas que no estoy.

Búscame

En los lugares a los que sabes

Que yo nunca iría.

Búscame

Aun si tuviera la certeza de no hallarme.

Búscame

En cada esquina

En cada rincón

En cada cocina.

Tras una botella de ron.

Búscame

en la montaña

y al caer el sol.

Búscame

Tras el velo de la noche

en las calles solitarias

en tus sueños

en tu desesperación.

Revisa, inclusive,

abismos


y selvas de tupida vegetación.

Búscame

En las nubes


en las gotas de lluvia

en el mar

debajo de la arena
detrás de las cascadas
y en el país de la ilusión.
Búscame donde quieras
pero no vas a hallarme, corazón,
¡porque mi alma está contigo
y mi cuerpo en prisión! 


La ñanga

GUSTAVO GARCÍA BLANCO

AL PATIO 2 LLEGÓ UNA VEZ UN MUCHACHO QUE CUANDO caminaba se movía en forma no muy casual, ya que al conversar o caminar sus movimientos eran muy rápidos. Se refugiaba en un parche y rápidamente hizo amigos, pero sus amigos tenían casi las mismas costumbres. Fumaba demasiado y, con sus amigos, empezó a extorsionar a las personas que pasaban al caspete, con ínfulas de persona prepotente y grotesca apoyado por sus amigos. Así trascurrió el tiempo, pero cierto día se propasaron con otra persona del patio y tuvo un altercado. Fue atacado y recibió una buena paliza pero no cogió escarmiento, porque el vicio lo mantenía activo en sus operaciones de conseguir algún dinero o cosas para mantener su depravada manía de fumar. Una mañana de raqueta brava, le encontraron un cuchillo y unos baretos. La guardia lo embaló y le hizo un informe para su hoja de vida y fue trasladado de patio, pero antes lo metieron en un calabozo para que pagara sus fechorías. Lo que nunca imaginó fue la paliza con que lo recibieron las liebres del otro patio, por faltón y ñámpiro. 


Visión

LEONARDO REYES

LA COCA LOS VIAJES LA PLATA LAS PUTAS LAS ARMAS LA noche la ropa la discotecas los tragos los cigarros las tristezas las alegrías los enemigos los amigos los vivos los muertos los verdaderos los falsos la vida la cárcel la libertad la familia la muerte. 

Gato bulloso


LEONARDO REYES

UN HOMBRE LLEGA MUY CANSADO DEL TRABAJO, ABRE LA puerta de su casa y encuentra a su gato muerto en un gran charco de sangre. El señor, al ver esto, se indignó mucho, pero también se asustó, porque no sabía lo que estaba pasando. Subió muy despacio, en silencio, y encontró a su mujer con otro hombre. Entonces, sin mediar palabra, la mató a ella y a él lo dejó vivo, sólo para preguntarle por su gato. Cuando le contó que lo había matado porque era muy bulloso y de pronto los descubrían, entonces el hombre, con rabia, lo mató. 

La ocupación del desocupado

JULIO CÉSAR ZAMUDIO TÉLLEZ

QUISIERA SER PÁJARO PARA VOLAR LIBRE, ALETEAR SIN descanso, observar los miles de paisajes y sitios maravillosos que tiene la naturaleza; paisajes enriquecidos de aire, paz y tranquilidad, ver amaneceres y anocheceres; sentir el sol sobre mis alas ocultándose por los lejanos valles coloridos de vegetación y agua, sentir las fuertes brisas que producen las olas del mar enfurecido y sonriente, serenidad y sensación de vida.

Sintiéndome libre, suelto, perdiéndome entre las inmensas nubes, libre y dueño del viento, desplegar mis alas, ser un pájaro para, por fin, volar lejos. 


El mago

GRATINIANO RODRÍGUEZ PINTO

QUE MARAVILLOSA OCUPACIÓN SER UN HIPNOTISTA, PARA manejar las personas y las circunstancias a mi acomodo, reunir a todo un auditorio con todos los mandatarios de los países del mundo, con noticieros en vivo, reunir a las personas más importantes e influyentes del globo terráqueo, y sacar al frente al presidente de los Estados Unidos, ponerlo bajo el efecto de hipnosis a que haga el ridículo frente a todos, que se rasque los genitales, que oiga letra por letra el “Manifiesto Comunista”, mientras los oyentes hacen peloticas de mocos. Antes de finalizar la lectura se desnudará y empezará a gatear por todo el auditorio pidiendo a los demás presidentes que retiren su apoyo y bloqueen el libre mercado; y, al final, hacerlo pedir perdón por la faena.

Qué maravillosa ocupación ser un preso con el poder de hipnotizar, detener el tiempo con solo desearlo, por medio de la telepatía hipnotizar a los jueces y guardias del INPEC, hacer que lleguen a los patios de la colonia, meterlos a vivir la vida del detenido, y cuando vuelvan en sí, van a ver que están a cargo de los delincuentes, del patio 1 “Cola de Pato”, hacerlos formar en el sol, para darles *wimpy* y harto alcanfor quinopodio. A medio día, hacerles operativo y ponerlos a pasar en el patio todo un día, que en la visita de niños pongan a sus hijos a bañarse en la alberca a cocadas y que se imaginen que están en la piscina, exponiendo a que su familia, después de haber viajado y hecho la fila, madrugado,

invertido en cargados de comida y útiles de aseo, los devuelvan y no puedan entrar. Llevar a cabo todo esto en seis meses, luego de que hayan probado lo que se siente y reflexionado sobre lo que han hecho a los ladrones, y mandarlos hipnotizados a que no sean tan injustos.

Qué maravillosa ocupación lograr hipnotizar a todos los funcionarios del Banco Mundial, hacer que me entreguen todos los fondos, que llegue el gerente y al ver que me están entregando todo, le dé un preinfarto y se pueda salvar, y tras el hecho me agradezca por haber cambiado el curso del banco y, eso sí, que le perdone la deuda a Colombia. 

El bandido y la puta


LEONARDO REYES

TODO COMENZÓ CUANDO EL BANDIDO TENÍA APROXIMADAMENTE catorce años, y veía que las personas mayores que él, y de su entorno, solo bebían licor y visitaban concubinas, y él no tenía como imitar a sus compañeros, que lo hacían a un lado. Entonces, una tarde ya cansado de tanto menosprecio y aislamiento de parte de sus “amigos” tomó la decisión que marcaría su vida.

En el pueblo había una persona muy importante que necesitaba un joven con mucho corazón pero a la vez sin el mismo, para un trabajo un poco riesgoso: matar un hombre. El jovencito cansado de tantas cosas malas y de la falta de dinero, aceptó la propuesta.

Con la ganancia del primer muerto compró ropa, lociones y otros chismes. Esa misma noche visitó su prostíbulo favorito. Siguió matando, se enamoró perdidamente de una puta; una noche, después de una larga carrera en trabajo tan riesgoso, el bandido decidió ir de nuevo al prostíbulo. Allí estaba su patrón con la hembrita; sin pensarlo dos veces, desenfundó y los mató. Desde entonces, vaga por el mundo.

Solo cuenta con dos amigos, el arma y Dios, pero cuenta con infinidad de enemigos. Con el paso del tiempo entró a trabajar en otro negocio menos peligroso: la droga. Hoy en día, después de tanta maldad y tantas cosas, la vida le está dando su merecido.


¿Estará muerto? ¿O preso? 

Gatos

FABIÁN GIOVANNY RUIZ


EN EL BARRIO DONDE VIVÍA HABÍA UN HOMBRE QUE LE gustaba tener en su casa muchos gatos, esas eran sus mascotas. Desde pequeño le gustaba criarlas y darles amor, las recogía de la calle. Había un gato especial, que era el que llevaba más tiempo con él, con un nombre bonito, y piel y patas firmes, pero al barrio había llegado un tipo al que no le gustaban los gatos.

Aquel hombre un día llegó del trabajo un poco cansado. En ese momento cuando entró a su casa, se encontró con el gato del vecino. Al verlo reaccionó de una manera malgeniada y brutal, el gato como pudo salió a correr donde su amo, pero no contaba ni él, ni su dueño, que el gato estaba peligrando; al paso de los días las cosas seguían igual: mientras el hombre recogía gatos, el otro seguía con su vida normal y trabajando.

Una tarde el hombre llegó con unos cuantos gatos más y le preguntó a su mujer que dónde estaba su gato favorito. Comenzó a buscarlo por la casa, abrió la puerta del cuarto y se llevó una sorpresa: su gato estaba muerto. Entonces, reaccionó con gritos; llamó a su esposa y la tomó de una manera brusca, le reclamó preguntándole quién había matado a su gato. Ella aún más sorprendida, le respondió que no sabía quién lo había hecho. Trató de correr, pero él se lo impidió, la agarró del cuello y la ahorcó, y se sintió mal, porque no veía a su gato ni a su esposa. Entonces, decidió matarse él también. 

Vida

LEONARDI BERNARDO UREÑA OVALLE

CUNA TELERO PAÑAL COCHE JUGUETE MASCOTA TRISTE CALLE estudio libro cuaderno esfero *big* loción tenis *nike* camisa zapatos de cuero anillo borrachera despecho abandono la fama el corazón la realidad los negocios la deudas el fracaso mentiras agonía desesperación deseo recordatorio triste encierro soledad otro país infeliz la rosca la tumba los bolillos en *wimpy* la pelea los vicios educación las aulas el descuento la contada la terapia el sueño. 

Juguete sexual

LEONARDI BERNARDO UREÑA

UN HOMBRE LLEGA A SU CASA, ABRE LA PUERTA Y ENCUENTRA su gato muerto. Luego sube al segundo piso y encuentra a su mujer en la cama, arañada, como si el diablo se le hubiera aparecido.

Le preguntó:

— Mi amor, ¿qué pasó con el gato?

— Ese animal salvaje me arañó.

Y en ese momento escuchó un estornudo en el baño.


Preguntó:

— ¿Quién está ahí?

— Nadie mi amor — dijo su mujer.

Sin embargo, cuando el hombre fue a mirar, encontró un negro como de dos metros, desnudo. Sin pensarlo dos veces, sacó su pistola y le pegó dos tiros; corrió hasta la cama de su mujer y le preguntó por qué había matado al gato.

— Es que queríamos usarlo como un juguete sexual — dijo.


Este hombre, no creyéndole lo que había dicho y lleno de rabia, la mató a ella también. 

La hora muerta

OLMAR AUGUSTO VELANDIA GÓMEZ

EL TIEMPO ES CALUROSO Y SOFOCANTE, NO HAY BRISA NI para mitigar un poco el ambiente enrarecido por el olor a estiércol, que expiden las marraneras y los galpones. Además, algunos impermeables, que aguantan agua por varios días, dan un aspecto lúgubre y de quietud, porque si se mueve, se suda. El silencio del medio día se interrumpe con el sonido de las duchas, de los que se dan un chapuzón para atenuar el calor que se acentúa más por el encierro, por no poder salir de aquí, de este patio que por momentos se convierte en un horno; el sofocante verano ha sido más prolongado por el fenómeno natural de El niño. Para nosotros, los aquí encerrados, hasta lo natural se convierte en terapia, el suministro de agua se interrumpe y dura a veces hasta cuarenta y ocho horas sin llegar. La falta de recursos económicos de la mayoría hace que no se tenga ni para las bebidas, por eso el silencio y la quietud de la hora muerta de nuestra vidas, se ve rota únicamente por la riña de algunos, que aún tienen fuerzas para algo, aunque no dura mucho tiempo y vuelve todo al monótono silencio, este silencio ensordecedor que asemeja la muerte.


No se oye el rechinar de las bizarras corroídas y enrojecidas por el tiempo y la falta de mantenimiento de las rejas que nos separan de la libertad. Por momentos se siente como si el tiempo se detuviera, se observa por encima de los techos alambrados los árboles entreverados, sus matices entre verdes y amarillos, los ocres de sus

hojas y, haciendo una sinfonía, el trino de las aves que en la mañana nos acompañan. Esto es sólo el recuerdo de esta hora muerta de nuestras vidas. 

Sorpresa

FABIÁN GIOVANNY RUIZ

AQUÍ EN ESTE LUGAR DONDE NOS ENCONTRAMOS, LAS VISITAS son las personas que más se respetan, sean extrañas o conocidas.

Aquí adentro donde se valora más a esas personas que nos visitan un día a la semana, lo más inesperado que me pasó fue cuando estaba un día cualquiera como todos los domingos de visita, cuando llegó una sorpresa que nunca esperaba: me doy cuenta que llega una persona muy especial para mí; al verla, me puse muy contento, pues esa visita era mi conyugal. Ella me tenía una sorpresa inesperada, al decirme que se encontraba haciendo la visita conyugal a otra persona. Al escuchar eso, mi reacción fue algo tranquila. Tomé mi tiempo para pensar en lo que iba a hacer al ver que ya estaba acostumbrado a estar sin visita. Le dije: gracias por venir a verme, pero que se olvidara de mí y no volviera, así me quedara otra vez sin visita. 


Reflexiones

GRATINIANO RODRÍGUEZ PINTO

TODO EMPEZÓ CUANDO ERA UN ADOLESCENTE, AL DARME cuenta de la forma en que vivían los de billete y la forma en que vivíamos los pailas. Trabajé por una temporada con personas afortunadas que económicamente tenían de todo. Entonces, me empezó la ansiedad por conseguir dinero para vivir como un rico y pensé en un viejo refrán que dice: “la plata no importa de dónde venga ni cómo llegue, lo importante es tenerla”. Como bien pude darme cuenta, con el sueldo era imposible gozar de buenas comodidades; y comencé a buscar “dinero fácil”.

Las cosas se iban dando a mi favor, así fui progresando de tal manera que mi forma de vida cambió en grande; ya no tenía que trabajarle a nadie, ni dar explicaciones, ni cumplir horarios, puesto que el dinero lo estaba consiguiendo de manera fácil y rápida, sin medir las consecuencias que traería a mi vida.


Al cabo del tiempo vino una investigación en mi contra, puesto que lo que hacía era ilegal. Fui capturado y procesado por la ley, que me condenó y me privó de la libertad por un largo tiempo, quedando de esta manera desamparado mi hogar, mis hijos, los cuales tenía siempre conmigo; ahora los puedo ver cada mes y por unas pocas horas. Es difícil aceptarlo, pero me he quedado solo.

En todo este tiempo he podido darme cuenta que el dinero fácil, no es tan fácil como parece, pues tiene un precio alto. 

A partir de un recuerdo

JUAN GIOVANNY MONTOYA PABÓN

RECUERDO UN AMIGO DE LA CIUDAD DE MEDELLÍN, QUE se llamaba Luis, y lo apodaban “El Nene”. Tenía veinticuatro años era joven, y la vanidad lo llevó a un calvario muy temprano. Él manejaba una comuna entera; más conocido como “El Patrón”, manejaba setenta bandidos, cuidaban los autobuses que circulan por la ciudad, los centros comerciales, los negocios, etc. Él era un jovencito normal, estudiante, trabajador que más temprano que tarde empezó a consumir. Un día saliendo del colegio le hicieron una requisa, le encontraron una bolsa con yerba que da risa, así decía él, cuando lo judicializaron. Con este delito estuvo un año en la cárcel de Bellavista, en Medellín.

Estando allí conoció otro mundo, lleno de amigos que les gustaba la vida fácil. Se endeudó con ellos, les prometió que al salir de allí les cumpliría varias tareas, entre ellas la de manejar un barrio. El sabía que aún estaba muy joven para algo tan riesgoso, pero los tipos le aseguraron que se sentiría bien, sería la oportunidad de su vida. Luis se dejó llevar por la ignorancia y la ambición, adentro no sufrió mucho, la comida era puntual y precisa para él. Al año completo salió de la cárcel para tomar el papel del patrón del barrio. Y como sabía mucho de sus patrones de la cárcel, con uno de sus mejores amigos le mandaron a hacer la vuelta. Luis murió con veinticuatro años, jamás se conoció a sí mismo, ni pudo conocer otras cosas aparte de este mundo. 

Mi gato lo sabía

JULIO CÉSAR ZAMUDIO TÉLLEZ

UN HOMBRE LLEGA A SU CASA, ABRE LA PUERTA DE LA ENTRADA que conduce directo a la sala. De repente observa que en la alfombra de la sala, está tendido su precioso y adorable gato, un bonito felino color naranja con rayas negras de brillo esplendoroso. Lo mira con desconsuelo, pues al acercarse ve que el felino está muerto.

Se preguntaba qué le ocurrió a su gato, cuando suena el teléfono, pero nadie contesta. Entonces, él se dice: “¿Qué ocurre aquí? ¿Dónde se encuentra mi esposa? ¿Por qué no contesta el teléfono, algo ocurre en mi casa, porque no bajó a recibirme cuando llegué?”.


Se dirige a la alcoba que queda en el segundo piso. Sube lentamente los escalones, apretando con firmeza el pasamanos de las escaleras. Abre lentamente la puerta, observa silencioso hacia la cama y descubre a su mujer tendida en la cama como si la hubiera arrollado un carro. Se le acerca para observarla, está pálida y asustada no tiene aliento ni para saludarlo. No logra imaginar qué está ocurriendo en esos instantes. Ella le pregunta, un poco agitada: “¿qué haces en la casa?”.

Abrumado por la muerte de su gato, no dice nada. Ella lo mira fijamente a los ojos.

— ¿Con quién estás, Clara?


— Sola — responde.

Calla y esconde la mirada. El hombre furioso se le acerca, la agarra del cuello y la estruja fuerte, ella salta desfavorida de la cama, trata de salir de la alcoba. Él se

lo impide y, de pronto, aparece entre las cortinas un joven asustado, pálido, muy nervioso. Él saca su revólver, le apunta al joven y le pregunta: “¿qué hace usted en mi casa?, ¿y con mi esposa? Los voy a matar”, les dice. El chico está asustado por lo que sucede y ella, nerviosa, le grita a su marido: “no lo mates, es mi culpa”. El marido con rabia dejó que se fuera el amante. “Tú tienes la culpa de lo que ocurrió con mi gato”, le dice. Ella le responde que fue un accidente, que el gato la atacó y ella lo golpeó. Forcejean, ella trata de salir detrás del joven, pero su marido la detiene y le dice: “me has fallado y has matado mi gato y por eso tienes que pagar”. Se escucha un disparo. Se miran fijamente a los ojos y él ve como su esposa cae lentamente al suelo. En su agonía ella le dice: “lo siento mucho”. El hombre la mira tendida en el suelo y escucha su último suspiro. En su mente se dice: “he matado a mi esposa y ella ha matado mi gato. Era justa su muerte porque me estaba traicionando y mi gato lo sabía”. 

Un amor

CRISTIAN HERNÁN LOAIZA BEJARANO

RECUERDO QUE HACE TIEMPO TUVE UNA NOVIA. NUNCA ME interesé tanto en una persona en mi vida, pero a veces las cosas no salen como uno quiere. Siempre fui muy respetuoso con ella, además porque era muy joven y no quería dañar su futuro. La mamá nunca estuvo de acuerdo con que fuéramos novios. Siempre nos veíamos a escondidas, la iba a recoger al colegio y nos poníamos citas. Así estuvimos un buen tiempo, en el que hubo ocasión de tener una relación íntima, pero no lo hicimos porque yo quería que fuera una persona con un buen futuro. Nunca me sobrepasé de lo que fue un beso o un abrazo. Estando con ella conocí a la que hoy en día es mi mujer, seria y madura. Duramos tres meses de novios hasta que nos fuimos a vivir juntos. Con la novia que tenía ya casi no nos veíamos y la última vez fue el 31 de octubre del 2007. Hace días la vi, estaba bella, ya había terminado el bachillerato y estudiaba un curso en el SENA. Pensé que iba a tener un buen futuro pero ella estaba cansada, cansada de que nos viéramos cuando yo quisiera y de nuestro noviazgo de casi dos años, en donde siempre la respeté y la quise de verdad. Seguí haciendo mi vida con la mujer que tengo. Como a los seis meses de haber terminado lo nuestro, me enteré que tenía marido y estaba esperando un hijo. Ahí fue donde me decepcioné porque era muy joven para tener un hogar. A veces pienso que si estuviera con ella, no estaría en una cárcel. Llevo cuatro años con mi esposa, no tengo hijos y quiero salir adelante algún día. 

Neiva, Huila

Director de Taller: Betuel Bonilla

El llanto de un niño

EMIRIO BERMÚDEZ

EL NIÑO ESTABA ACOSTADO SOBRE LA SILLA MÁS LARGA DE la sala. Caía sobre el techo una lluvia suave cuyo sonido parecía el de las panderetas acompañando el ritmo de los villancicos navideños. Su mirada reflejaba una gran tristeza: los ojos, marchitos, demostraban que había llorado durante largas horas.

Había nacido en un pueblo de tradiciones paisas, conocido en el país por la preparación de los mejores chorizos. “No sólo son los mejores chorizos de Colombia, sino los mejores del mundo”, fue la frase que pronunció el doctor Guillermo Alfonso Jaramillo cuando era gobernador del Departamento, y saboreaba con apetito este manjar preparado en la calle de La Alameda de esta población.

Al niño, durante sus primeros días de vida, le afectó el frío que hacía en el pueblito. Estaba ubicado en las estribaciones del nevado del Ruiz. Todos los días amanecía cubierto de nieve.

Los padres, después de un diálogo en el que analizaron la enfermedad del niño, consistente en una tos permanente que durante las noches no lo dejaba conciliar el sueño, tomaron la decisión de que la madre se fuera a vivir con el niño a una casa de la capital. Fue una separación triste y dolorosa. Mientras el niño y la esposa viajaban a la capital, su padre se quedaba en la población desempeñando un cargo público. Cada quince días el padre los visitaba durante los fines de semana,


encuentros que se convirtieron en un compromiso sagrado para la familia. Entre risas, abrazos y frases repletas de cariño, realizaban paseos a Piedras, Coello, El Combeima y otros centros turísticos de la región.

Cuando el niño cumplió los dos años ingresó a un jardín infantil privado, donde aprendió sus primeras canciones: *El pájaro carpintero*, *La hormiguita Nicolasa*, *El cocodrilo*, *La iguana* y *El negrito Doroteo*. Su mayor felicidad era cantar dichas canciones, acompañado de los acordes que producía la guitarra ejecutada por su padre, pasear en moto, jugar fútbol en el club San Simón con otros niños y visitar los parques recreativos.

A los seis años ingresó a grado primero en una institución educativa privada, con filosofía religiosa, donde aprendió a aplicar los valores del respeto, la responsabilidad, la sinceridad y la solidaridad. En los escenarios deportivos practicaba natación, fútbol, baloncesto, voleibol, y terminaba jugando ajedrez, al que consideraba su recreación favorita. Así mismo, sobresalía en la operación del computador, en la música, el canto y las ciencias naturales.


Cuando fue promocionado al cuarto grado de primaria sufrió el más duro golpe en su vida: sus padres, por diferencias de edad y la permanente distancia, tomaron la decisión de separarse, firmando el acuerdo de que el padre continuaría respondiendo por los gastos de estudio, alimentación, vestido y vivienda del niño, y que los fines de semana viajarían para estar en compañía de él, los sábados, domingos y lunes festivos.

Por falsos testimonios, su padre fue acusado y condenado a cuatro años de prisión. Para el niño este hecho se convirtió en otro golpe fatal del destino, y ahora su mayor alegría es visitar a su padre los primeros domingos de cada mes. El día que cumplió los diez años, su padre le regaló un celular para mantener una comunicación permanente, pero personas que desconocían

los sentimientos del niño, la importancia de la comunicación en aquellas circunstancias y el valor moral de su celular, se lo habían robado esa misma tarde. Había perdido el móvil que se había convertido en la reliquia sagrada desde la que diariamente escuchaba la voz de su padre. 

Las palabras mágicas

MICHAEL ANDRÉS CABRERA CALDERÓN

SOY FELIPE, EN ESTE MOMENTO ME ENCUENTRO PESCAN-
do a orillas del lago; hoy espero capturar un gran pez,
pues si no lo consigo mi tío me cogerá a cocotazos. Mi
tío se llama Luis; él no es un hombre malo, es un hom-
bre de malas. No sé cuántos años tiene, pero me acuerdo
que desde hace tiempos él ya era viejo. Le he conocido
muchas novias, pero de ellas ninguna le ha durado, ya
que todas resultan ser hechiceras que conocen las pala-
bras mágicas que hacen desaparecer siempre a mi tío, y
esas palabras no son “¡Abracadabra!”, sino “Embarazo y
Matrimonio”. Y entonces “Abracadabra o Ábrete Luis”,
porque ahí mismo desaparece mi tío, y yo con él. Por eso
estoy aquí pescando, mientras mi tío compone una nueva
canción para su próxima conquista, de seguro una bella
mujer que le dirá las palabras mágicas que ya me hacen
doler los pies. 

Las pastillas que todo lo paran

MICHAEL ANDRÉS CABRERA CALDERÓN

“CLOROFILA”, LE LLAMÁBAMOS TODOS LOS DEL PABELLÓN número cuatro a ese viejo bohemio que llegó hace más de seis años, no sólo por el musgo que cubría sus dientes, sino por la capacidad que tenía de volver verde cualquier conversación, sin importar el tema que se tratara. Siempre lo acompañaban un paquete de cigarrillos, la Biblia y más de mil historias de conquistas.


Fue todo un don Juan, y digo fue, porque no sólo perdió su libertad, sino también su virilidad. Por eso leía mucho la *Biblia*, en especial la narración de Sansón. Tenía la esperanza de recuperar su potencia, romper sus cadenas y derrotar a los Filisteos, sin saber que su Dalila era su propia lengua. Cada vez que contaba sus verdes historias, revelando el pudor de su mujer, el fuego interno se le extinguía.

Por esto todos los domingos de visita conyugal, repotencializaba su cuerpo con una de esas pastillitas azules que prometen parar cualquier cosa. Se sentaba al lado de la chaza, encendía un cigarrillo, esperaba a que la greca y su cuerpo alcanzaran los cien grados centígrados. Su pensamiento se inspiraba en el Marqués de Sade.

Al llegar su paciente esposa, el pito de la greca y los ojos del “Clorofila” estaban que saltaban de la presión. Tomaban un café mientras caminaban a la celda 69, queriendo hacer lo ya hecho, vivir lo ya vivido, comenzar lo ya terminado.

Hasta que llegó un domingo en que “El Clorofila” ingresó a la acostumbrada celda, acompañado de su esposa. Se desvistió, al tiempo que ella se disponía a la faena. Se sentó en el piso, encendió otro cigarrillo y, al primer descuido de su compañera, se tomó no sólo una, sino dos pastillas que “prometen pararlo todo”.

Cuando su esposa, ansiosa y llena de deseo, lo tomó de la mano, estaba frío, con los ojos desorbitados, sin vida. Las famosas pastillas cumplieron sus promesas. Pararon no sólo sus complejos, también su corazón.

En esta cárcel ya pocos lo recordamos: no pagó su condena, tampoco le pagó al de los tintos, al de los cigarrillos, ni a mí, el que vende las pastillas que “todo lo paran”. 

“El Caribonito”

HÉLVER LÓPEZ ROMERO

ERA LA ÉPOCA DE LA CRUDA VIOLENCIA EN NUESTRO PAÍS. En aquellos tiempos los carteles de la droga se asomaban como los todopoderosos. Así se fueron creando las temibles organizaciones delincuenciales y criminales, conformadas por centenares de jovencitos, sedientos de poder, riqueza, deslumbrados por los placeres mundanos. En uno de ellos se podía evidenciar, mediante el brillo de sus ojos, su primordial deseo: llegar a convertirse en el mejor, en el grande, en el duro... En pocas palabras, en el patrón.

Esta es la historia de Santiago Castillo. “El Caribonito”, le decían. Era un muchacho de familia de provincia, la cual decidió radicarse en la gran ciudad para hallar comodidad. Aunque su familia se caracterizaba por ser muy humilde, siempre se esmeró por inculcar a los niños buenos principios, y Santiago no fue la excepción; sin embargo, el estrato social que lo rodeaba y el ámbito cultural jugaron un rol trascendental en la vida de Santiago, dándole un giro significativo a su modo de pensar. Su inocencia y nobleza fueron manipuladas, creando en él expectativas por un mundo facilista, lleno de sueños e ilusiones.

Sus primeras amistades no fueron las mejores, y muy pronto las malas influencias lo llevaron a involucrarse en el mundo del hampa. Con algo de adiestramiento, el comienzo de su carrera delictiva lo efectuó con robos menores, como el esculcar dentro de los monederos de sus tías, o cosquillar los bolsillos de los adultos para

quedarse con las monedas y así poder ir a jugar en las maquinitas con sus amigos. Lo que en un principio era una travesura de niños, para Santiago se convirtió en su más grande ambición, y sus miedos fueron desapareciendo simultáneamente mientras su codicia se acrecentaba.

Con el correr de los años, de aquel niño inocente y noble no quedaba mucho. Santiago crecía y se hacía un hombre recio; su temperamento y carácter fuertes, heredados tal vez de su padre, como decían muchos, le dieron gran prestigio. Rápidamente fue escalando posiciones en el bajo mundo. Luego de ser un simple "raponero" pasó a ser un temible atracador de buses y a tener azotado cuanto establecimiento comercial de barrio se le antojara. Después se convirtió en uno de los más audaces jaladores de autos e, incluso, conformó una de las bandas que dieron uno de los más grandes golpes a un banco, llevándose un jugoso botín. Pero él, emocionado por sus "logros", quería más, y su sagacidad lo llevó a comandar su propia organización criminal, provista de un gran armamento y hombres dispuestos a dar sus vidas por él. Consiguió las relaciones necesarias para dar piso a su intención.

Santiago se estaba convirtiendo en una leyenda. Era temido por la gente de su barrio y aparecía mencionado en las diferentes zonas de la ciudad, ya no por su nombre, sino como el famoso "Caribonito", alias asignado gracias a su buena presencia y enorme aceptación entre las mujeres por las cuales se desvivía. Su verdadera preocupación era encontrar algo realmente grande, aquella "vuelta", como él mismo decía, que lo llevara a la cima. Los más poderosos de la mafia le dieron reconocimiento y requerían de sus servicios porque sabían que era el mejor. "El Caribonito" estaba en su auge y saboreando las mieles del placer que ofrece este tipo de poder.


Sin embargo, como dice el refrán: "Todo lo que sube como palma, cae como coco", y los que en su momento

le ofrecieron apoyo, repentinamente se volvieron contra él porque presentían que era un peligro para desestabilizar la cúpula de la organización. Por ello, optaron por traicionarlo y, con el fin de eliminarlo, le crearon una redada. Así fue como, en un operativo conjunto de la Policía y algunos informantes de la organización, vendieron y pusieron de carnada al “Caribonito”. Para infortunio de ellos, el objetivo no se pudo finiquitar, pues al “Caribonito” la vida le sonreía y el destino le regalaba otra oportunidad, aunque él no lo pensaba así, pues creía que ese era el principio del fin, ya que debido a ese terrible atentado quedó en muy malas condiciones. Varios impactos de proyectil lo dejaron reducido, aunque vivo, pero lo peor era que ahora debía afrontar la justicia tras las rejas.

Su ingreso a la cárcel fue una de las más caóticas y traumáticas situaciones que haya podido experimentar un ser humano, puesto que pasó sus primeros meses postrado en una camilla de la enfermería de aquel lugar, mirando para el techo y al cuidado de los enfermeros, ya que no podía valerse por sí mismo. Mientras tanto, sus pensamientos eran negativos, se sentía castigado por tanto mal que había hecho y comenzó a flagelarse, perdiendo todo sentido por la vida y deseando acabar con ésta.

Por alguna razón, y por aquellas manifestaciones celestiales inexplicables, el fin para este hombre era otro. En su peor momento, sin esperanza alguna, cuando el mundo se derrumbaba a su alrededor, una luz brilló cuando conoció a Ángela, una hermosa mujer que se desempeñaba como enfermera en el penal. Ella, aparte de estar al cuidado de su recuperación, vio en él unos buenos sentimientos bajo ese caparazón que había creado por miedo a que le hicieran daño.

En Santiago, ya no en “El Caribonito”, volvió a surgir esa inocencia y toda la nobleza que ocultaba desde

su niñez. Ángela hizo revivir a Santiago con su motivación y profundo amor, le hizo comprender que él tenía la capacidad infinita para crear su propio destino, y que la vida, a través de pruebas dolorosas y duras, nos regala una magnífica lección, la superación del ser. Ahora, como el ave Fénix, la renovación para Santiago acaba de empezar. 

Cosas que pasan

JAIRO POLANÍA ANDRADE

DOSCIENTOS OCHENTA Y UN HABITANTES, TODOS VARONES; las habitaciones, aptas para dos personas pero en la mayoría viven tres. Sus paredes y techos son casi todos de color azul, como el mismo cielo que cubre el total de la edificación. Dos camas de concreto, un mesón, un lavadero, un lavamanos. Así es cada habitación del Pabellón 4 de la cárcel de mediana seguridad de Rivera.

Era el miércoles 21 de enero, cuando el sol terminaba su labor y se disponía a resguardarse para acariciar la oscura noche. Ya las celdas estaban cerradas, aseguradas sus aldabas con tuerca y tornillo. Fue entonces cuando se escuchó al interior del patio el “*tac, tac*” propio de quien camina apoyado en un bordón. Era el ingreso de un nuevo habitante, un nuevo interno. Su mirada reflejaba el miedo de un niño perdido frente a los gritos lanzados por otros prisioneros con los que, casi siempre, se pretende aterrozar a los nuevos moradores.

Era una tarde sin mayores esperanzas para el recién llegado, quien debió afrontar el raro frío que esa noche le acompañó, pues, contrario a los pronósticos del tiempo, para entonces llovió torrencialmente y el nuevo interno carecía de una manta para cubrir su cuerpo.

Al día siguiente, como todos los presos del patio, se paseaba el nuevo interno. A diferencia de los otros, caminaba, casi que apegado a la vanidad, apoyado en un bordón de palo ligado a la mano derecha con una cuerda de cuero de ganado. Se contoneaba sin rapidez, dado

que cojeaba de la pierna izquierda. Era lento en su andar, pues yo empezaba a entender que cada día tiene su afán y que este día, precisamente para él, no era uno de aquellos.

Me acerqué y lo saludé con unos buenos días que obtuvieron como respuesta inmediata un “buenos días, patrón”. Su voz me dejó perplejo; apenas se escuchaba, al tiempo que su dedo índice izquierdo era colocado a la altura del cuello, más precisamente en su garganta. Advertí entonces que el nuevo compañero de patio, padecía, además, de cojera en su pierna izquierda, la afectación de la fonación por traqueotomía; es decir, tenía que respirar por un pequeño tubo implantado en la tráquea; para poder hablar, lo tapaba con el dedo, permitiendo así el paso del aire que produce el sonido y la pronunciación.

Le pregunté, entonces:

—¿Qué lo trae por acá?

Con su casi insonora ronca voz, me indicó, luego de leer el pequeño papel, que estaba condenado por un juez de Ibagué, en el año 2004, lo cual me llamó la atención por el tiempo transcurrido. Le indagué si tenía copia del fallo, a lo cual contestó negativamente con un leve movimiento de la cabeza. Le sugerí conseguir copia del proceso, le manifesté mi interés y preocupación.

Como ese, transcurrieron otros días, y como no conocí el nombre del recién llegado —pues lo olvidé rápidamente— decidí llamarlo por su característica más conocida, “Pitorroto”.

“Pito”, como desde entonces lo llamé familiarmente, resultó ser un magnífico jugador de ajedrez; paulatinamente se fue ganando un espacio entre los aficionados y el respeto de los practicantes permanentes en este bien llamado deporte ciencia. “Pito” competía todos los días y ganaba, pero también perdía o provocaba tablas en las partidas. Era común verlo enfrentado al ingeniero Victorio, al profe Emirio, a Manrique Guarín, en fin, a los

mejores del tablero. Sí, era respetado, al punto que los sábados, casi todos, jugaba con expertos visitantes, como el profesor Suárez, un pensionado, padre del “Tombo” Suárez, otro interno amante de este interesante juego.

—¿Qué hubo de las copias? —le pregunté a “Pitorroto” dos semanas después de su llegada.

—Estoy frito, no tengo minutos, ni dinero en el TD, y no he podido llamar.

—No se preocupe —le dije con voz consoladora—, yo le doy.

Me pasó la bocina del teléfono público del patio y hablé con su hermana, a quien le expliqué qué documentos debería conseguir.

Mientras pasaba el tiempo, “Pito” jugaba ajedrez, pero se mostraba cada vez más preocupado porque su hermana no le enviaba nada.

Tenía la terca esperanza de que cualquier día lo llamaran para entregarle la encomienda. En efecto, ese jueves 4 de marzo, el ordenanza del patio boceó a grito entero varios hombres, y entre ellos escuché mencionar el de Nelson Darío Gualteros, precisando en ese instante que se trataba del mismo “Pitorroto”. Estrepitosamente, apoyado en el palo que le servía de bastón, emprendió veloz carrera, cojeando, hacia la puerta del Comando. Regresó con un sobre en su mano izquierda y con la alegría reflejada en el rostro, como cuando a un niño se le da un regalo.

—Al fin llegaron los papeles —dijo, y me los entregó.

“Pitorroto” era de pocas palabras pero muy expresivo. Luego de leer un poco me enteré de qué se trataba. Por allá en el 2002, un joven de Ibagué, de esos inquietos, se apropió de un aparato de control remoto para televisor, con tan mala suerte que fue sorprendido por su dueña y de inmediato fue apresado por la Policía. Fue dejado en libertad por la Fiscalía al indemnizar a la víctima con veinte mil pesos, y una vez en la calle se olvidó

del asunto. “Pito” siguió vagando de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, y en uno de esos viajes sufrió un accidente de tránsito que lo dejó con gran parte del cuerpo con huellas de graves quemaduras, una pierna lesionada que le imponía cojear para siempre y la voz perdida, por lo que le colocaron el respirador artificial. Me contó entonces lo que le ocurrió aquel nefasto día de la captura:

—Cosas de muchacho loco, ya no soy así, ya he cambiado.

Pues bien, un juzgado de Ibagué, un día de julio del 2004, lo condenó a treinta y seis meses de prisión y le revocó la libertad concedida luego de la indagatoria. El proceso fue enviado en septiembre siguiente al Juzgado de Ejecución de Penas de Ibagué, en donde reiteraron la orden de captura.

El tiempo pasaba y “Pito” seguía en su diario deambular, enfermo y sin empleo, de ciudad en ciudad, hasta que llegó a Neiva, siguiendo en las mismas andadas. “Lo que es la mala racha”, renegaba. Ese miércoles de enero de 2010, “Pito” caminaba por la Avenida Circunvalar, cerca a las ventas de guarapo de caña y empanadas de mucho arroz y escasa carne, cuando fue interceptado por agentes de policía quienes, al consultar el número de la cédula con el CISAD, lo dejaron detenido en el CAI cercano al monumento a La Gaitana. Fue trasladado de inmediato a la Cárcel de Rivera, adonde llegó cuando el sol ya terminaba su labor y se disponía a resguardarse para acariciar la oscura noche carcelaria.

Observando los papeles que “Pito” me entregó, advertí que si la sentencia había sido ejecutoriada en julio de 2004, la misma había prescrito cinco años después, siguiendo los lineamientos de la legislación colombiana inmersa en la Constitución Política, la que a su vez encarna los tratados internacionales aprobados por el Congreso Nacional. Ésta reza que, en materia penal,

nada es ilimitado; hasta las sanciones que a pesar de su legalidad tienen vigencia, de tal suerte que transcurrido un lapso determinado sin que se hayan ejecutado, el Estado pierde el poder de represión.


En relación con “Pitorroto”, fue precisamente lo que sucedió. Qué tristeza, pensé, que los jueces pierdan hasta la noción del tiempo cuando se trata de casos como este, haciéndose los sordos y los ciegos en otros que realmente alarman al país, como los de corrupción en los altos estamentos, por ejemplo. Le sugerí, entonces, escribirle al Juez de Penas en tal sentido. Le estaban violando sus derechos, los que prevén los cánones constitucionales: el Debido Proceso, que hace relación a la aplicación adecuada de la ley, y el *Habeas Corpus*, que prohíbe la prolongada e ilegal privación de la libertad.

El 10 de marzo, “Pito” envió a través de la oficina jurídica del penal la solicitud de extinción de la pena por prescripción y su libertad inmediata con el consecuente archivo del proceso. Mientras llegaba respuesta, “Pitorroto” seguía jugando ajedrez, pero con los oídos atentos a los gritos del ordenanza, en la espera de que su nombre fuera pronunciado, pero ello siempre se hacía esperar. Ante el silencio del funcionario, “Pito”, siguiendo sugerencias de internos de experiencia, envió ante un juez de Neiva una acción de *Habeas Corpus*, al considerar, sin error, que estaba ilegalmente privado de la libertad, dado que cuando fue aprehendido, la sanción impuesta ya había prescrito.

De esas cosas que pasan. Precisamente el día que envió la acción de *Habeas Corpus*, ese mismo viernes 26 de marzo, previo a Semana Santa, antes del almuerzo, Nelson Darío Gualteros fue llamado a notificaciones. Regresó al patio con los ojos radiantes, con un andar que casi no denotaba la cojera, y con la voz más clara que el día anterior al accidente, gritando: “Me la dieron, me la dieron, me voy de este hueco, gracias, miijo, gracias”. Me


abrazó. Me dejó conocer la decisión del juez, uno de Penas pero de Neiva, a quien por competencia le enviaron el proceso desde Ibagué. Este mismo le había concedido la libertad provisional a “Pitorroto”. “Qué estupidez”, pensé sin pronunciar palabra, “el juez estaba equivocado”. Claro, por salir del paso ante la acción interpuesta por el condenado, el juez optó por lo más fácil, sin decidir sobre la extinción de la pena por prescripción, lo que significaba nada distinto a que la sanción seguía vigente. Es que casi siempre se equivocaron en contra del condenado-presos, pero esto poco o nada le importaba a “Pitorroto”, pues su libertad era lo que primaba en aquel momento.

“Por andar rápido no siempre se anda bien”, reflexioné. Seguramente el juez, como el mismo “Pilatos” –ahora que se avecina la Semana Santa–, se lavó las manos liberando a “Pitorroto” pero dejándolo ligado a un proceso que ya no podía ser.

En fin, Nelson Darío, o “Pitorroto”, como se le conocía, esa misma tarde salió del Pabellón, caminando apresurado y con más cosas de las que trajo cuando llegó, con la misma mirada fija hacia el nuevo horizonte que la vida le planteaba, nada distinto que seguir otra vez de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, como cualquier vagabundo, con el riesgo de que por el error de un juez, cualquier día el mismo u otro funcionario le pudieran revocar de nuevo la libertad y le hicieran pagar en prisión la pena que ya prescribió, pues en Colombia es común que, por encima de la ley, prime la decisión de hombres y mujeres errados en su entender, en abierta violación de principios y derechos fundamentales, como a diario podemos conocer. 

Fealdad

RUBÉN DARÍO NINCO

LA MUJER QUE DESCRIBO COMO FEA ES AQUELLA QUE ESTÁ conmigo durante el día y se convierte en pesadilla por las noches. 

Un ángel de apellido Pérez

JORGE ENRIQUE LÓPEZ R.

SON LAS 12 Y 45 DE LA TARDE. EL PASILLO CENTRAL ESTÁ completamente vacío, con ese silencio cómplice de una calma tensa que se vive en la cárcel. A un extremo están los pabellones 1A y 1B; al otro, los pabellones 2A y 2B. Antes eran simplemente los pabellones 1, 2, 3 y 4, pero el capricho de un comandante cambia hasta las numeraciones de los patios, argumentando mayor seguridad y control. Ni siquiera se escuchan los golpes de los candados contra las rejas, ni los gritos de los anunciadores de los pabellones, quienes ahora se denominan así por orden del nuevo plan ocupacional.

Con el silencio cómplice del mediodía, que todos conocen como “la hora boba”, transcurre lentamente el tiempo. Todo el mundo duerme: los internos, los guardianes y hasta los funcionarios administrativos. La cultura de la siesta también llega hasta la cárcel.

Unos escasos guardianes velan el sueño de los internos y de sus compañeros quienes, después del almuerzo, disfrutaban de la infaltable y puntual rutina. Hasta las instalaciones de Sanidad llega el sueño y no hay guardián ni funcionario alguno.

En un cuarto, con paredes y techos quebrados, dos internos enfermos comparten su soledad y situación física y mental. Mental porque uno de ellos es un enfermo siquiátrico, y físico, porque el otro enfermo sufre de malestar de huesos y fiebre. Este último es calvo y flaco, pálido y bajito. Al enfermo mental le faltan ciento ocho

meses para pagar su condena, y es aún más flaco y más calvo que el otro. Heladio es el enfermo físico y Antolínez es el paciente siquiátrico.

El calor insoportable y el olor a sudor, a droga y a mierda se mezclan como un aroma insoportable, que se suma al de la marihuana que llega hasta Sanidad desde los pabellones 1A y 1B.

Heladio ha escuchado un buen rato la historia difusa, inconclusa y lenta, con frases entrecortadas de Antolínez, quien, con mirada perdida en algún hueco del techo, parece buscar la palabra que le falta para concluir una frase. Heladio siente que la soledad es más terrible con un loco al lado y no quiere mirar más los ojos de Antolínez, porque siente que mira un pozo vacío, sin fondo, oscuro y perdido. Sale del cuarto y pega su rostro a la reja de Sanidad para mirar quién pasa por el pasillo, para respirar otro aire, para dejar a Antolínez con su tema.

Pero nadie pasa por el pasillo y el aire sigue siendo el mismo que se respira en toda la cárcel. El calor es cada vez más insoportable. El tiempo en la cárcel es lento, pesado pero inexorable. Sus ojos cansados lo miran todo pero no ven a nadie; sus oídos, alertas, escuchan ese silencio cómplice y esa tensa calma, pero su corazón no está tranquilo. Presiente algo.

El aire de la cárcel lleva los presentimientos y los internos huelen con anticipación los hechos. El olfato de Heladio lo conduce de nuevo al cuarto donde dejó a Antolínez, con su mirada perdida en el techo, buscando la palabra que le falta para completar una idea.


Pero Antolínez no buscaba una palabra. Encontró una viga en el techo. Amarró allí su toalla y se colgó de ella. Heladio lo ve girando lentamente, aún moviendo las piernas y con los ojos más grandes que nunca. Lo toma por los pies y trata de alzarlo, pero su corta estatura y debilidad no le permiten levantarlo tan siquiera.

Se sube en una vieja silla que el propio Antolínez había usado minutos antes para colgarse, pero tampoco puede hacer algo por él. Desesperado, corre hacia la reja, se devuelve y mira con terror el cuerpo de Antolínez, que gira y gira. Empieza entonces a gritar: “¡Comandante, comandante, comandante!”, mientras golpea el candado contra la reja con todas las fuerzas que su debilidad le permiten.

El cómplice silencio y la tensa calma se rompen y a lo largo del pasillo los gritos y ruidos de Heladio inundan el ambiente. El dragoneante Pérez, que providencialmente pasa por allí, acude rápidamente y localiza las llaves de la reja de Sanidad. La abre y corre hasta el cuarto. Logra tomar a Antolínez por las piernas y lo sube casi hasta el techo para desatarle la toalla y dejarlo en el suelo, convulsionando y con los ojos desorbitados.

Fue un verdadero milagro. No le tocaba a Antolínez. Su Ángel de la Guarda hizo pasar por allí a Pérez y lo llevó hasta donde estaban las llaves de la reja.

El Ángel también seleccionó muy bien a Pérez porque su estatura y contextura física le permitieron levantar a Antolínez como a un muñeco, desatarlo y depositarlo en el suelo con vida.

Heladio, solo, no pudo hacer nada. Tan sólo gritar y golpear con todas sus fuerzas, con rabia y desesperación, ese maldito candado que cierra la reja de Sanidad hacia la libertad, y en esta ocasión hacia la misma vida. 

Las fiestas del muerto viviente

DAVID RAMOS MORENO

EMPEZABAN LAS NOCHES CALUROSAS EN LAS QUE SE CELEBRABAN las fiestas del arroz. Los que gozaban de la alegría, subían y bajaban por la calle principal, llevando consigo bebidas que ofrecían a todos los que se atravesaban en el camino.

Julio, un raspachín que había llegado del sur del país, traía en sus bolsillos un fajo de billetes para disfrutar de las fiestas y dejarles unos pesos a sus padres. Se dirigió solo al parque principal, donde, a todo pulmón, tocaba una orquesta de música tropical. No encontró la compañía de amigos para su propósito. Se dirigió luego a la calle principal y, al llegar a una esquina, le arrojaron harina y agua. Su ropa de color negro y las botas que llevaba, quedaron rucias y mojadas. A él no le importó porque estaban en fiestas; por el contrario, se refrescó con licor debido al calor que hacía.

Iba a cumplir, en dos días, veinticinco años de vida. Soñaba con comprar un automóvil y una finca para llevarse a sus padres y vivir tranquilo por el resto de su vida, aislado de la tensión y el desorden que habitaban en la ciudad. Se sentó en la esquina de una tienda a tomar aguardiente y, después de unas horas, el efecto del trago dominó su prudencia. Empezó entonces a exclamar una y otra vez que tenía en sus bolsillos mucho dinero, gracias a una "gran vuelta" que había ejecutado.

Al terminar sus palabras, recibió dos tiros por la espalda, cayó al piso bocabajo, con la mano derecha

extendida y a un lado la botella de aguardiente, que no se quebró al caer de la mesa. Fue llevado de urgencia al hospital del pueblo. Llegó sin un soplo de vida; estaba muy pálido y frío. El médico de turno ordenó que lo llevaran a la morgue. A la media noche llegó el fiscal, solicitando que se le practicara la necropsia.

Su cuerpo fue abierto en forma de “ye”, por delante, y coronal en la cabeza. En el interior del tórax y el abdomen se encontró mucha sangre coagulada, la cual causó su muerte. Su estómago estaba lleno de licor y su sangre estaba impregnada de alcohol. Sus vísceras fueron extraídas y arrojadas a un foso profundo. Dentro de su cráneo le fue alojado un trapo enrollado.

Fue velado todo el fin de semana porque sus familiares venían de lejos. El domingo en la noche, mientras las fiestas terminaban, dos hermanos que se encontraban embriagados y contemplaban su rostro cadavérico, notaron que de pronto abrió los ojos y comenzaba a la-grimear. Gritaron al unísono:


—¡Mi hermano está vivo! ¡Llévémoslo al hospital para que lo revivan!

Tomaron el cadáver, lo envolvieron en la alfombra funeral y lo montaron en un Willys viejo. Llegaron pitando frente a la puerta del hospital municipal que quedaba a la salida del pueblo. Un viejo celador, que salió a su encuentro con un radio de pilas, de éstos en los que suena música popular, ordenó a los dolientes que acostaran al “enfermo”, le quitaran los zapatos y le aflojaran la ropa.

Luego llamó a una enfermera que se encontraba en su segundo sueño y ésta le colocó el termómetro porque lo sintió frío. Luego corrió a llamar al médico rural porque vio al paciente muy grave, con los ojos abiertos, fríos y pálidos. El médico, por su parte, observó el desorden y dijo:

—Ese muerto ya lo atendí hace tres días. Llévense-lo y dejen dormir. Lo que ustedes vieron es producto de

su borrachera. Que siga el velorio y que el difunto descanse en paz.

Al día siguiente fue sepultado con serenata de mariachis. 

El ajedrez del árabe

DAVID RAMOS MORENO

DENTRO DE LA PRISIÓN DE NEIVA SE ENCUENTRAN DOS INTERNOS jugando una partida de ajedrez. Habían iniciado la partida después de tomar el desayuno. El más viejo viste de turbante, con tapaboca y ropa de espantapájaros. Está sentado sobre un costal de cartones y ropa vieja.

El otro jugador, un cuarentón con cabellera y tez blanca, rasgos ariales y bigote estilo Hitler, que no quitaba ni un instante la mirada del tablero, le dice al oponente:

—Juegue, Árabe.

Éste mueve el alfil negro, y responde:

—Alfil blanco a dama.

“El Alemán”, como le llaman al de bigote, corre la dama blanca y dice:

—¡Jaque mate!

El hombre del turbante se pone furioso y levanta el tablero, regando todas las piezas del juego sobre el piso. “El Alemán”, asustado, le responde:


—Mustafá, ¿por qué se pone bravo? Usted es mal perdedor.

Su compañero de juego le manifiesta que no le gusta perder. Continúa recogiendo las fichas y las guarda en su caja, retirándose al viejo camastrón que tiene arrumado en el andén de su celda. Se acuesta a dormir bajo la luz del sol para recargar sus energías cósmicas.

“El Alemán” recuerda que durante el juego le había preguntado al árabe: “¿Por qué se acuesta bajo el sol?”. A lo que el árabe le había respondido: “Es que

soy beduino de desierto y mi sangre es fría. Todo calor y fuego me atrae”. “¿Y por qué estás aquí?”, había insistido “El Alemán”. El hombre del turbante, mirándolo de reojo, le había respondido: “Por quemar a un opositor que me ganó una partida”.

Al recordar “El Alemán” estas palabras, sale de prisa, sin pedir la revancha.

—Si le vuelvo a ganar, éste me quema mi bigote, mejor me voy a leer el periódico. 

¿Quién me necesita?

GERLEY ALEXIS VANEGAS ATEORTHÚA

UN DÍA RECIBÍ LA LLAMADA TELEFÓNICA DE UN BUEN AMIGO, lo que me alegró mucho. Lo primero que me preguntó fue: “¿Cómo estás?”. Sin saber por qué, le contesté: “Muy solo”. “¿Quieres que hablemos?”, me preguntó. Le respondí que sí, y entonces añadió: “¿Quieres que vaya a tu casa?”. Nuevamente le respondí que sí. Colgamos el teléfono y en menos de quince minutos estaba tocando a mi puerta.

Yo hablé por horas de todo, de mi trabajo, mi familia, mi novia, mis deudas... Me había hecho mucho bien su compañía y, sobre todo, que me escuchara, me apoyara y me hiciera ver mis errores.


Cuando él notó que ya me encontraba mejor, me dijo: “Bueno, me voy, tengo que trabajar”. Sorprendido, le dije: “¿Por qué no me habías dicho que tenías que ir a trabajar? Mira la hora que es, no dormiste nada, te quité toda la noche”. Él sonrió y me dijo: “No hay problema, para eso estamos los amigos”.

Yo me sentía cada vez más feliz y orgulloso de tener un amigo así. Lo acompañé hasta la puerta de mi casa y, cuando él caminaba hacia su automóvil, le grité desde lejos: “Y a todo esto, ¿por qué me llamaste anoche tan tarde?”. Regresó con paso lento y me dijo, en voz baja: “Quería darte una noticia”. “¿Qué pasó?”, le pregunté. “Fui al doctor y me dijo que estoy gravemente enfermo”, me contestó con voz entrecortada.

Me quedé sin palabras. Él sonrió de nuevo y agregó: “Ya hablaremos de eso. Que tengas un buen día”.

Pasó un largo rato hasta que pude asimilar la situación. Me pregunté, incómodo, una y otra vez: “¿Por qué cuando me preguntó cómo estaba me olvidé de él y sólo hablé de mí? ¿Cómo tuvo la fuerza para sonreírme, darme ánimo y decirme todo lo que me dijo? ¡Esto es increíble!”.

Desde entonces mi vida ha cambiado, ahora soy menos dramático con mis problemas y disfruto más de las cosas buenas. Ahora aprovecho más el tiempo con la gente que quiero. Desde entonces, siempre llevo conmigo una máxima, la misma que busco compartirle, de entrada, a todos los que quieren hablar conmigo:

El que no vive para servir, no sirve para vivir. La vida es como una escalera: si uno mira hacia arriba, siempre será el último de la fila, pero si mira hacia abajo, ve que hay mucha gente que quisiera estar en su lugar. Deténganse a escuchar y a ayudar a sus amigos: ellos lo necesitan. 

Memorias de un gran amor

JORGE LUIS VIDARTE ARANDA

RECUERDO AQUEL SÁBADO 18 DE DICIEMBRE, CUANDO LA VI que venía por la acera contraria. Su vestido rojo, ceñido, su caminar firme y seguro, resaltaban más su porte de dama fina. Crucé la calle para saludarla, ella me vio y pude ver en su sonrisa una hilera de dientes blancos bien alineados, que adornaban su bello rostro. Llegué hasta su lado y le dije: “¡Hola, Carmenza!”. Ella me contestó sin dejar de sonreír: “¡Hola, Carlos!”. Su olorosa fragancia me extasiaba y le pregunté: “¿Para dónde vas?”. Ella me respondió: “Para el centro, a comprar hilos, cremalleras, botones, encajes y algunas telas”, pues la madre de ella era modista.

Carmenza era diseñadora de modas. Entre las dos tenían un taller de modistería en su casa. Vivían solas porque su padre había muerto hacía unos años. Me ofrecí a acompañarla, lo cual aceptó gustosamente, y tomamos el bus. Llegamos al centro y entramos a un almacén donde vendían toda clase de adornos. Allí pidió todo lo que necesitaba. Luego entramos a un almacén de telas, escogió las más bonitas para hacerle unos vestidos a unas vecinas, según me contó. Pasó tan rápido el tiempo a su lado que al instante ya eran las seis de la tarde. Después de hacer sus compras la invité a una heladería a tomarnos un delicioso jugo de frutas.

Durante el recorrido en el bus, de vuelta a casa, le pregunté qué iba a hacer en la noche. Me respondió que nada. Le pregunté si podía invitarla a una taberna a tomarnos

unas cervezas y a charlar, pues tenía unas cosas muy importantes para contarle. Vi la alegría en su rostro, la tomé de la mano y me dijo: “Le comentaremos a mi madre. Yo sé que ella nos dejará salir juntos”. Mi madre es muy amiga de la de ella, lo cual facilitaba el encuentro. Llegamos a la casa de Carmenza, que quedaba a la vuelta de la mía, saludé a doña Patricia, quien me dio un abrazo, y le dije que había acompañado a Carmencita a hacer las compras. Ella me dijo: “¡Mijo, no sabe la alegría que me da que haya acompañado a mi niña!”.

Aproveché la ocasión y le comenté que esa noche quería invitar a Carmenza a una taberna, a divertirnos un rato. Se puso muy contenta y me dijo que podríamos ir. Yo le dije a Carmenza que a eso de las ocho y treinta pasaría por ella. Me despedí de las dos dándoles un beso en la mejilla.


Cuando llegué a mi casa les comenté a mis padres y a mis dos hermanas lo sucedido con Carmenza. Ellos me dieron su aprobación. A pesar de mis veinticinco años y de ser profesional, consultaba casi todo a mis padres, pues fui educado de esa manera. Cené en mi casa a eso de las ocho de la noche y me fui a la habitación a descansar un poco para luego alistarme para ir al encuentro de mi futuro y mi felicidad.

Llegamos a una pequeña taberna que yo conocía. Tenía un ambiente típico, con asientos de madera; en las paredes colgaban fotos y afiches de los conjuntos y cantantes de la época. En ese sitio se escuchaba músicaailable, tropical, lo mismo que baladas y boleros. Me gustaba mucho la variedad del sitio, y la misma impresión tuvo Carmenza apenas entró. Las pocas veces que bailamos sentí el latir de su corazón, y creo que ella sintió el mío; su olor y su fragancia hacían que me acercara más. Ella se dejaba estrechar en mis brazos, juntando nuestros pechos, y de vez en cuando pasaba la punta de mi nariz y mis labios por su mejilla, hasta cerca de su

oreja. En cada pieza musical que bailábamos yo me sentía en el infinito. Esa noche le declaré y le confesé todo el amor que sentía por ella; por fortuna, me correspondió de la misma manera. Regresamos a casa a la hora indicada, tal y como nos lo había indicado doña Patricia.

Al otro día, durante el desayuno, les comenté a mis padres y a mis hermanas la relación, y ellos la aceptaron gustosos, pues mi familia, ya lo había dicho, era muy allegada a la de Carmencita, como ellos la llamaban. En la tarde programé una visita con toda mi familia a la casa de mi prometida para formalizar oficialmente mi noviazgo. Aunque suene un poco ridículo, fue una tarde de mucha felicidad para las dos familias.

Después de ocho meses de noviazgo tomamos la decisión de casarnos. Para ello realicé una reunión en mi casa y así poder pedir en matrimonio al amor de mi vida. Durante la reunión surgió una exigencia, mejor dicho, un clamor sentido por doña Patricia: que después de casarnos viviéramos en su casa, ya que el único ser que ella tenía en su vida era su hija. Nos daría de regalo de bodas su casa. Yo acepté gustosamente, ya que ella me quería como a un hijo, y yo a ella, como si fuera mi segunda madre.

Nos casamos el 8 de diciembre, a las seis de la tarde, en la parroquia del barrio. Tuvimos dos hijos: Juan Carlos y María Carmenza. Nuestros hijos nos han regalado tres nietas y dos nietos. Hoy, en este 8 de diciembre, celebramos nuestras Bodas de Oro, cincuenta años de feliz matrimonio; pero como en los cuentos no todo es color de rosa, mi nieto menor, Carlos Andrés, hijo de Juan Carlos y Sofía, salió parapléjico al sufrir un daño cerebral al nacer. Siempre ha estado en una silla de ruedas, con la mirada triste, lánguida y perdida en la inmensidad. No habla, apenas balbucea; no se le entienden ni siquiera sus escasos ademanes. Lleva allí ya ocho años, pero yo creo que, a su manera, también es feliz. 

Calarcá, Quindío

Director de Taller: Juan Felipe Gómez

La Gabriela

SEGUNDO JOSÉ ORTIZ

“¡URGENTE! COLOMBIA, INTERRUMPIMOS ESTE PROGRAMA para dar un avance informativo. El invierno sigue causando estragos. Hace pocos minutos la capital de la montaña fue convulsionada por un terrible siniestro. Un alud de considerables proporciones acaba de sepultar más de cuarenta y cinco casas en el barrio La Gabriela, en Bello, Antioquia. Se cree que hay más de ciento cincuenta víctimas”.

“El Gordo” tuvo que apoyarse en la pared, pues sintió que sus piernas le flaqueaban. Él, que nunca se había amilanado ante nada cuando estaba en libertad, y mucho menos ahora en prisión cumpliendo los últimos días de una condena por homicidio, se sintió impotente ante la fuerza de la naturaleza. En La Gabriela estaba lo máspreciado de su vida, su razón de ser, la luz de sus ojos, allí vivía su hija de dieciocho años.

Pasado el primer impacto descendió los tres pisos del pabellón donde era aseador para llegar al patio. Allí estaban los teléfonos. Marcó el número, nadie contestó. La angustia lo estaba consumiendo. Mientras remarcaba el número los recuerdos y las imágenes llegaban a su mente.

La Gabriela era el primer barrio que recordaba de su infancia. Ahí jugó por primera vez a la pirinola, que es como los paisas llaman al trompo. También se hizo reventar las narices de un muchacho más grande al que dejó como un nazareno por disputarse el liderazgo en la gallada.

Hasta el día que un pequeño deslizamiento de tierra puso en alerta a su padre, quien decidió vender la casa pues presintió una tragedia. Lo que el viejo temía se demoró, pero sucedió.

Volvió a insistirle al teléfono. Estaba a punto de enloquecer. Entonces vi correr por las mejillas de aquel hombre dos lágrimas de impotencia. Su hija era todo lo que le quedaba, pues su esposa le había “cogido la curva” (lo abandonó) estando en prisión. Claro que toda la culpa fue de él. Se sentía tan seguro del amor de esa mujer que le había entregado todo el candor, toda su juventud, toda su vida, pero él no lo supo valorar. Estando en Bellavista vacilaba con otras mujeres y ella lo seguía visitando, soportando los cuernos que le ponía. Pero como todo lo que tiene un comienzo también tiene un final, ella misma le dijo que ya no lo visitaría más. También se había enamorado de otro hombre.

Fue como un balde de agua fría. Sin embargo supo asimilar la situación y siguieron como amigos. Hacía cuatro años que ella tenía su nueva pareja, pero la comunicación y el diálogo seguían, pues estaba una hija que los unía.

Por enésima vez volvió a insistirle al teléfono hasta que por fin.

—Aló.

—¡Hola mujer! ¿Qué le pasó a la niña? ¿Por qué llorás?


—Ay, Gordo, por Dios, esto es horrible, la niña está bien, se salvó por un pelito... pero mi compañero que estaba donde los papás sí quedó sepultado.

—¿La casa de ustedes quedó tapada? ¿Qué decís, que la niña se salvó de milagro?

—No. El derrumbe no llegó hasta aquí, pero mi muchacha estaba donde una amiga ayudándole con unas tareas. La llamé por teléfono para que viniera pronto, pues si no se quedaba sin almuerzo porque me tenía

que ir, y como esa muchacha salió igualitica a vos en lo comelón, se vino inmediatamente. Nos acabábamos de sentar cuando oímos el estruendo. Parecía el fin del mundo. Salimos a la calle, lo que vimos era aterrador. Todas esas casas, incluyendo donde estaba mi compañero, quedaron sepultadas.

Quería seguir hablando, que su mujer le contara todo lo que había acontecido, pero el saldo que tenía en el teléfono se agotó y no había manera de recargar. Colgó lentamente, se arrodilló y le dio gracias a Dios por haber protegido a su hija.

Días después le notificaron su libertad. Los amigos lo despedimos. Salió feliz a encontrarse con su hija y, por qué no, tratar de reconquistar a su esposa. 

Por cosas de la vida


ALFREDO GONZÁLEZ LLARBONA

ME LLAMO PEDRO. TENGO CUARENTA AÑOS. SOY FONTANERO Y electricista de profesión. Tengo dos hijos, una niña y un niño de diez y once años, respectivamente. Actualmente estoy en Colombia por cosas de la vida. Yo soy español de nacimiento, de una ciudad llamada Alicante situada a orillas del Mediterráneo.

Todo empezó por amistades colombianas en España. Un día unos amigos me comentaron que tenían una vuelta para traer una maleta llena de cocaína. La vuelta en el aeropuerto estaba presuntamente cuadrada y no tendría problemas con los policías aeroportuarios. Pero como es normal, todo acto ilícito tiene su riesgo. Yo lo asumí y por eso estoy hoy escribiendo esto desde una cárcel de Colombia. Llevo cinco largos años detenido, alejado de mis hijos y mi familia por el delito de porte de estupefacientes. Ya gracias a Dios me queda menos de un año para terminar de pagar mi condena. De los cinco años que llevo preso, uno lo pasé en Bogotá, en la cárcel Modelo. Después me trasladaron para Calarcá donde estoy pagando los cuatro años restantes.

Yo me separé de mi primera esposa, la madre de mis hijos, tres años antes de ser detenido. Esto vengo a referirlo porque estando aquí conocí a una mujer llamada Shirley, la cual me tiene enamorado, bien enamorado. Es una dulzura de mujer. Ella es la que, sin quererlo, ha pasado el canazo conmigo. La conocí por casualidad a los seis meses de llegar a esta cárcel. Mi compañero de celda

tenía su novia y un día le dijo que si tenía alguna amiga para presentarle a su amigo “el español”. Por cosas de la vida un domingo llegó a la visita con una amiga a la cual me presentaron. A mí me pareció una mujer muy linda de cuerpo y corazón. Desde ese primer domingo que nos conocimos no ha dejado de visitarme. Son ya cerca de cuarenta y cinco meses acompañándome domingo tras domingo. Gracias a Dios todos estos meses han pasado mucho más rápido por tener la ilusión de que llegue el domingo de visita, porque los seis primeros meses que estuve en esta cárcel me parecieron años. No pasaban las semanas, todos los días me parecían iguales. Los lunes, jueves, domingos, todos eran iguales por no tener visita de nadie. Pero después de conocer a Shirley los días, las semanas y los meses pasan de una forma diferente. Ahora uno tiene la ilusión de que llegue el domingo para poder ver a su linda mujercita.

Hoy por hoy disfruto de permiso de setenta y dos horas, salgo a la calle cada quince días y comparto con mi futura esposa. 

La princesita

SEBASTIÁN SALAZAR

ELLA SE DESPIERTA MUY CONTENTA PORQUE HOY ES SÁBADO, el día que el príncipe vendrá a rescatarla. Somnolienta, mira el reloj. Son las cinco y cinco de la mañana. Rápidamente se levanta de su lecho, envuelve una toalla en su cuerpo y camina hacia el baño. Abre la ducha. El agua empieza a caer sobre su cuerpo. Enjabona su cuerpo de una manera más bien meticulosa, pues quiere estar supremamente limpia para su príncipe. Usa una gran cantidad de jabón, champú y acondicionador. Cuando su cuerpo empieza a parecer una uva pasa por el agua, sale y ahora empieza otra aventura. Busca la ropa interior que mejor le luce y saca todos los vestidos de su armario, se los mide todos y después de una hora se decide. Empieza el ritual frente al espejo y con toda razón, pues en muy pocas horas vendrá su príncipe para sacarla de la torre y liberarla. Se mira al espejo y sonrío con picardía pensando en él.

Sale de la torre y se dispone a desayunar. Los guardias le sirven un pequeño pan y una diminuta arepa con una tajada de queso tan delgada que, según cuentan, quienes la cortan han llegado a perder los dedos.


A esa hora su príncipe está afuera del castillo. Viajó varios kilómetros para poder reunirse con su amada. En la madrugada se hospedó en una posada de un pueblo cercano para no llegar muy fatigado. No pudo pegar el ojo, la ansiedad era muy fuerte. El desespero y las ganas de verla no lo dejaron dormir, así que se organizó, tomó un café y salió a su encuentro.

Son las ocho y él empieza a entrar en la fortaleza. Pasa uno a uno todos los puestos de control, mientras ella en el patio siente como su corazón se acelera. Siente un vacío en su estómago y a la vez como si algo le subiera hasta el pecho. Empieza a sudar. Sus manos y su cuerpo empiezan a desearlo, a imaginarlo. Su mirada no se aparta de la puerta al igual que la de él. A cada paso que ha de llevarlo a donde ella está, no hace más que fantasear y planear el encuentro.

Ya es la hora, la puerta se divisa a unos cuanto metros. Él avanza, se escucha un ruido. Ambos sienten un vacío inmenso cuando la puerta se abre. Sus miradas se cruzan, los corazones se quieren salir del pecho. Caminan el uno hacia el otro, al estar frente a frente no se hablan, sólo se miran y se besan. Luego caminan abrazados y muy contentos hasta llegar a una habitación donde se aman como si fuera la última vez.

Ella está feliz. Sabe que él la ama y por eso vino a visitarla, a rescatarla. Se siente libre y muy enamorada. Comen algo mientras conversan de lo mucho que se hacen falta y de cuánto se desean, de lo que quieren compartir y los sueños que tienen a futuro.

Se miran, se acarician, se besan y vuelven a hacer el amor con la misma fuerza. Pero no demora en llegar el guardián para devolverla a ella a su torre, la torre 3 de la penitenciaría de máxima seguridad de Valledupar en la que purga una condena de quince años por homicidio. Él viene a visitarla cada mes desde hace cinco años. "¡Se acabó la visita!", grita el guardián mientras golpea la reja con su macana. Un sentimiento extraño se apodera de ellos. Una combinación de inmensa alegría por haber compartido todo el día, y de tristeza por tener que separarse de nuevo.

Abrazos van, besos vienen y la melancolía y la felicidad no cesan. Van caminando hacia la puerta a la vez que se despiden y él le da un último beso con la promesa de volver a visitarla el mes siguiente. 

Tuluá, Valle del Cauca

Director de Taller: Walter Mondragón López

El abandonado (fragmento)

RICARDO BUENAVENTURA GÓNGORA

SEGÚN ME CONTÓ MI ABUELA, A QUIEN LLAMÉ MAMÁ TODA la vida porque fue quien me crió, yo fui dejado en el andén del hospital pocas horas después de haber nacido. Mi papá, o más bien mi padrastro, me adoptó. Esto fue hace cuarenta y siete años. Era 1963.

Mi papá, el que me trajo al mundo, tenía una mujer, matrimonio del cual nacieron Hernando y Adriana con los cuales yo me crié. Por entonces, él con su mujer, sus hijos, mi abuela y yo, éramos una familia. Nos criaron pobremente pero nos criaron, aunque al poco tiempo de eso, mi papá se fue a vivir al extranjero con su esposa Lady, dejándonos, a los dos hermanos medios y a mí con la abuela. Nos siguieron criando ella y su esposo, hasta que me llegó la edad de estudiar. Pobremente mis padres de crianza me fueron sosteniendo con la ayuda que mandaba mi papá; me acuerdo muy bien que yo estudiaba por las tardes, de una a seis. En horas de la mañana mi mamá me mandaba a traer la leche y a comprar el pan, pues para ese entonces todavía era un niño muy avisado que sabía hacer mandados y como era el grande, pues con mayor razón.


Vivíamos en Cali, en un barrio muy peligroso que aún hoy sigue siéndolo, una "olla". Entonces como yo iba cogiendo experiencia me defendía muy bien y empecé a coger malicia y ya era más avisado todavía: comencé a vivir en libertinaje. En la escuela era buen alumno, y cuando se presentaban ocasiones de trabajo,

trabajaba. Eso era ganancia para mí porque desde niño ambicioné la plata. En una época, cuando iba a estudiar me esperaba una señora bajita, pelicrespa, muy bonita, con pan o galletas, que además me daba plata o cualquier cosa. Esto acontecía casi todos los días hábiles, fuera al entrar a la escuela o cuando salía. Pero lo más llamativo para mí era que esta señora me daba la bendición y me decía que ella era mi mamá. Como era un niño recibía todo lo que ella me daba, pero no le hacía caso. Esto sucedió hasta cuarto de primaria, Cuando ingresé a quinto grado, ya estando más grandecito y más inquieto, les pregunté a mis papás sobre la señora que me daba plata y panes, que quién era ella y por qué hacía eso. Ahí fue cuando se decidieron a contarme. Que sí, que era ella mi mamá, la misma que me había dejado abandonado en el andén del hospital. Desde ese momento sentí algo diferente en mi ser, no contra ellos, pues a pesar de que habían transcurrido varios años sin decirme nada, nunca sentí rencor por mi abuela. Entonces, fui tomándole más confianza a la señora que me daba cosas y, después de investigar, me enteré que era “bobita” o “loquita”, no sé, y que tenía una hija también, o sea que yo tenía por parte de ella otra hermana. Mis estudios de primaria costeados por parte de mi abuela, o sea mi mamá, o la persona que hasta su último día reconocí como mi verdadera madre, terminaron bien y empecé bachillerato.

Creo que mi edad para entonces oscilaba entre los diez y los once años. Yo me crié en una cuadra donde había bastantes niños. Tenía muchos amiguitos y manteníamos jugando fútbol, escondite americano, trompo y bolas. Mi mentalidad, con la edad, se desarrolló porque empecé a fijarme en las mujeres, en las niñas de mi tamaño. Yo les dije a mis padres que me ingresaran a un colegio mixto, que quería estudiar mecánica o torno y así aconteció: ingresé en el colegio Camacho Perea.

Los tres primeros meses (octubre, noviembre, diciembre) fui un excelente alumno, pero... ¡llegó diciembre!, y comencé a cambiar tanto en la casa como en la calle; lo primero que hice fue meterme una borrachera con vino Martini mezclado con vino Cherrynol, que era dulcísimo, lo que nunca había hecho y, al otro día, me dio de todo. Desde ese momento me fui descarriando. Como estaba dejando la niñez y entraba en la adolescencia, mi papá me mandaba dólares y como mi papá de crianza también me daba plata, pues me mantenía caletito, además de lo que me entraba por concepto de mandados o trabajitos para otras personas, pobrementito... ¡me mantenía hecho! Tanto que ya me daba mis gustos y, aunque tenía lo que me daban en casa, si yo quería unos zapatos no esperaba que me los dieran, yo tenía como, o hacía algo para ponerme esos zapatos. A la edad de once años yo ya dizque tomaba trago y fumando cigarrillo. Cuando ingresé a estudiar, después de haber pasado esas fiestas navideñas, puedo decir que ya era otro. Conseguía novias, nuevos amiguitos, me junté con otros pelaos para formar grupos en el colegio, y dejé de asistir a clases con regularidad, porque nos volábamos para baño o entrábamos a un teatro cercano a ver cine pornográfico, y a fumar marihuana. Y me dañé hasta llegar al punto en que fui expulsado del colegio: ahí, creo yo, fue que empezó mi vida a fracasar.

Mis padres bregaron porque yo siguiera estudiando y lo lograron, pero en un colegio de comercio, y resultó que este colegio fue algo peor, porque había gente más grande que trabajaba y estudiaba a la vez. Y yo, como era, pues no cuadré, y me volví la persona más guache, porque exhibía una mentalidad mala, remala, era muy marihuano y mujeriego, pero más que todo muy ventajoso para todo y ya no respetaba a nada ni nadie, hasta el punto en que les dije a mis padres que no perdieran el tiempo conmigo en el colegio, que no había caso, que yo me iba era a poner a trabajar.

Y así fue. Para entonces andaba entre los catorce y quince años. Era un muchacho activo, trabajé en muchas cosas, fui mensajero, repartí prensa, vendí cholados, me iba para los almacenes grandes (el Ley, La 14) a cargar remesas o las compras que hacía la gente. Luego trabajé pintando casas, hice toda clase de trabajos. Después de que pagaran yo estaba ahí, pero también hacía cosas ilícitas: donde me dieran papaya hacía el daño. Era muy astuto, sabía hacer mis cosas. Las primeras veces en que vendí droga fueron por esa época. Me mantenía muy bien vestido, entre otras razones para impresionar a las mujeres, estaba en la flor de la juventud y las muchachas me decían que era buen mozo. Tenía una novia hoy y al otro día tenía otra, pues, que yo me acuerde en mi adolescencia y parte de la juventud me fue excelente. Por entonces gocé mucho, aunque por otra parte no dejé hijos, ni me casé, mejor dicho, no tuve mujer propia, no formé hogar, eso más adelante lo aclaro. Pasé una vida de adolescente y parte de la juventud en medio de placeres y dándome gustos, aunque también por esta etapa de la vida hube de afrontar difíciles obstáculos, hasta cuando conseguí un trabajo independiente, en la calle. Alquilé un parqueadero con treinta y dos puestos, donde cuidaba carros y motos, los lavaba y ahí mismo distribuía la droga. Y ganaba un platal: semanalmente eran mil, mil quinientos pesos. 

El toro negro

DIEGO ARMANDO PÁEZ GÓMEZ

DISFRUTABA Y GOZABA MUCHO DE LAS LABORES MATUTINAS que ofrece el campo. Pero sobre todo de las labores acerca del ganado. Tanto disfrutaba de esta actividad que pasaba mucho tiempo arriándolo diariamente de un pastizal a otro, mandando a las vacas al ordeño y también ordeñándolas manualmente, ofreciéndoles su concentrado, o también apartando terneros, etcétera.

Era tal mi cercanía y afición por estos animales que se me olvidaba el peligro que ofrecían los toros, especialmente, pues a pesar de que ya me reconocían porque el ganado se acostumbra a uno, por esto no dejan de ser animales, pero eso me traía despreocupado. Incluso llegué a reclamar por el trato duro que se les daba en aquel ható, donde se les imponía a las malas lo que fuera, como si se tratara de fieras. Claro que cuando eso, era muy joven aún y de buen corazón y no tenía mucha idea del manejo del ganado indio y pensaba que los que realizaban esta actividad eran rudos, pues yo sólo pensaba en el sufrimiento de los animales.

Una mañana, uno de los sementales mayores, un toro negro de vientre claro pardusco, cuyo peso calculo era más de 750 kilogramos, hermoso, a más no poder, había metido la testuz, acaso tratando de romper el tablado con su gran cornamenta, para volarse en busca de las hembras en celo, y quedó atrapado entre una de las separaciones estrechas de las barandas de su corral. El animal estaba desesperado y angustiado

y, sin duda, se había lastimado tratando de zafarse de allí.

No sé cómo el toro había metido una pata y la cabeza por ahí, ni yo cómo hice para desatascarlo estando aún tan pequeño, aunque al realizar esta maniobra lo lastimé un poco más. Me sentí mal por eso pero lo liberé. Además no tuve mucho tiempo para lamentarlo porque el toro en seguida en un arrebato de furia trató de agredirme. Gracias al cielo que junto a mí estaba “Danger”, mi perro, que corrió a morderle las patas traseras en mi defensa, y esto le hizo centrar la atención en el can, distrayéndolo de mí, dándome tiempo para saltar por encima de la alta baranda, cosa que hice en un santiamén impulsado por el susto.

Yo tendría por ahí ocho años no más y en mi emotividad me dirigí al establo donde tenían ubicado el “armerillo”, un armario de madera donde se hallaban las armas de la finca para la vigilancia; saqué una escopeta calibre “doble cero”, le calcé dos cartuchos y aunque apenas podía con ella pensaba dispararla, pero así y todo cargué con esa *pacha* y corrí rumbo al establo. No estaba dispuesto a dejarme de “Islero”, como le llamaban a ese toro desagradecido. La bestia estaba en una esquina del corral, resoplando de furia todavía y yo me trepé a la baranda y me acaballé en la esquina opuesta, con el arma tendida. Esperé a que arremetiera contra mí, lo que en seguida hizo. Yo traté de disparar pero no había montado el gatillo y la bestia buscándome con los cuernos se enredó otra vez, entre el barandal. De todas maneras, con el golpe contra el corral por poco me voy de para atrás y me desnucó, lo cual me causó mucha impresión. Entonces, me paré encima del barandal con la *pacha* montada, apuntándole directo a la cabeza, me requinté para soliviar mi peso y no caerme en la retracción del arma y allí, justo encima de la testuz, le disparé. ➡

El estupro


JOE PAZ GUERRA (SEUDÓNIMO)

TENÍA YO SEIS AÑITOS CUANDO MIS PADRES SE SEPARARON. Yo me sentí muy triste y como la casa era grande, sin la presencia de mi padre era tan grande como mi soledad. Entré al colegio pero aunque no era bruto porque empecé bien, rápidamente me fue mal. Yo veía a los otros niños con sus papás y viendo que no tenía padre, experimentaba la falta que me hacía él, pues necesitaba de su apoyo. Hubiera querido que él me acompañara a la escuela porque mi pobre mamá trabajaba muy duro para sacarme adelante y ella no podía hacerlo. Entonces me tocaba ir solo a estudiar. En esa época mi mamá alquilaba piezas de la casa y cuando ella se iba a alguna diligencia en el centro, a mí me tocaba quedarme en casa solo, porque éramos ella y yo, nada más.

Un día llegó a vivir a la casa un señor que se mostraba muy amable conmigo y yo creía que él era una persona buena, pero no era así, ese señor, aprovechándose de mi ingenuidad y viendo que mi mamá se hallaba ausente, me tocó las partes íntimas, y me dijo que no le fuera a decir nada de eso a mi mamá, que lo que había hecho quedara entre él y yo.

Me sentí muy mal. Desde ese momento no tuve infancia, todo pasó a ser distinto para mí. Era algo muy duro en mi diario vivir tener esa como mancha encima de mí; yo me sentía culpable de lo sucedido, como si fuera yo quien lo hubiera provocado, por lo que no se lo conté a mi mamá. Temía que no me fuera a creer

pero ante todo creía que una vez se lo contara me iba a dar una pela, pero fue de tal manera preocupante para mí ese asunto que un día me estallé y le conté lo que había pasado.

Ella buscó a mi papá y le contó lo que había pasado conmigo y él se sintió culpable también. Entonces decidieron llevarme al psicólogo. Yo estuve en manos de varios psicólogos, pero ninguno me dio con el chiste, me volví un tipo triste desde eso. Cómo me afectaría ese hecho que desde aquel día en que ese señor me tocó, nada volvió a ser igual. Así fue como adquirí la enfermedad de la melancolía, como me explicó uno de los psicólogos que me trataron en esa edad, para la que todavía no he encontrado remedio. 

Pesadilla real

NOELIA RÍOS

ESTA ERA UNA NIÑA QUE TENÍA A SU MAMÁ Y A SU HERMANA, pero eran una familia de muy pocos recursos, razón por la cual su madre, muy a su pesar, se vio obligada por la miseria a regalarlas, pero como no encontró quien le recibiera a las dos, regaló de a una, de modo que las tres cogieron rumbos diferentes.

La menor fue entregada en adopción a una familia adinerada de Tuluá, y la mayorcita, a otra familia menos pudiente pero de muy buenos sentimientos. La hermana mayor fue afortunada al llegar a esa casa porque le dieron estudio y amor. En cambio a “Lía” los ricos la pusieron fue a trabajar de empleada, sin sueldo, para ellos. Desde chiquita le tocó ese duro trajín de los oficios de la casa y así terminó de pasar su infancia triste, muy triste, y cuando ya estuvo de diez años, que le salieron los pechos y le nacieron ideas en su cabecita, se voló de esa casa y como era más o menos chusquita, se fue a vivir a la calle donde los hombres la compraban por materialismo.

Después, aburrida de eso, comenzó a trabajar en casas de familia que era lo único que sabía hacer, pues no llegó a aprender a escribir y aunque leyera un poco, a los trompicones, no podía decirse que leyera, por lo que no le daban trabajo en más partes. Y era tan de malas que en una de esas la pusieron fue a vender basuco y cayó a la cárcel. Cuando la agarraron se figuró que eso era lo peor y, al llegar a la Inspección, donde la tuvieron tres

días sin bocado, entre un poco de policías y tipos que también habían caído, eso le confirmó su desgracia. Allí querían bravearla y todo, hasta cuando llegó un hombre verraco que la defendió y compartió con ella un trozo de pan que mandó a traer con un tontico que servía de mandadero en ese lugar, oloroso a orines y mugre. Durante esos días no paró de llorar.

Pero al llegar a la cárcel, las cosas fueron distintas. La condujeron a un sitio donde vivían otras mujeres que habían sufrido cosas parecidas y peores, y conversaban entre ellas casi el día entero pues la cárcel de mujeres es un sitio donde hay pocas cosas para hacer. Por eso se entretienen bordando y pensando en sus amigos queridos y familiares lejanos. Ella que no tenía en quien pensar puesto que nadie la esperaba, ni la iba a sacar de allí, las escuchaba con paciencia e interés.


“¿En dónde estarán mi madre y mi hermana?”, se preguntaba, a veces, pero eso mismo se había preguntado estando libre mientras aseaba las casas donde trabajó. Y fantaseaba pensando en que a lo mejor su madre las estaría extrañando, y también se hacía la ilusión que su hermanita estuviera bien y ya fuera una doctora, pues ella no sabía de sus tribulaciones desde hacía tanto tiempo.

Otras veces se ponía a rezar, pidiéndole a Dios por su libertad, pues no estaba condenada todavía sino sindicada desde hacía ya bastante tiempo.

En las noches lloraba, pero no por estar presa sino porque oía llorar a otras en la celda y ella aprovechaba la ocasión para llorar también, porque si bien antes sufría muchísimo más que ahora que estaba en la cárcel, no podía llorar de temor a que la oyeran y la echaran de la casa donde trabajaba. Además, era el llanto como una música que la arrullaba hasta quedarse dormida.

La verdad es que la mujer aquella preferiría no dormir para no tener que soñar, puesto que sus sueños rara

vez no eran pesadillas; eran sueños feos y recurrentes. En uno de estos se veía en un sitio como la cárcel pero sin rejas, donde un tipo sentado en la tierra se llevaba a la boca un basuco y en vez de fumarlo se comía los cueros de las uñas, y después soplaba el cigarrillo y empujaba un tren, sin siquiera moverlo, y ella al verlo salía corriendo y en seguida él salía tras ella. Lo veía sucio, llevando un costal lleno de basura que se le caía del hombro, y volvía a recogerlo, y cuando ella lo volvía a ver, él le indicaba mediante señas que se metiera en ese costal para llevársela. Así transcurría la niña-mujer sus días y sus noches en la reclusión con las otras internas, hasta que la guardiana vino a avisarle que alistara lo que tuviera que alistar porque mañana sería otra vez libre.

Allí mismo se desparramó en lágrimas de tristeza, que las otras creyeron de felicidad mientras le abrazaban felicitándola; la verdad era que en la reclusión había sido por primera vez en la vida tratada como una persona: por primera vez había conocido amigas de verdad, porque en la desgracia común es que se conoce el valor de la amistad, le habían tenido en cuenta para contarle historias y por primera vez también no había tenido que hacer la comida que se iba comer en el día. 

Medellín, Antioquia

Director de Taller: David Macías

Fin del proceso

LUIS ALBERTO ARIAS OSSA

1

PACO, NOMBRE ABREVIADO CON EL QUE SOLÍA LLAMARSE normalmente, de ojos negros, siempre con su cabello bien recortado y sonrisa un poco cínica, cuerpo atlético, con inclinación hacia el buen vestir, había ingresado con anterioridad a la cárcel, acusado por delitos menores y aseguraba a sus amigos que jamás volvería a pagar un *cañazo*. En síntesis, no estaba dispuesto a regresar a la cárcel.

Rumiando esta idea en su pensamiento, maldecía el momento en que fue sorprendido por la policía, esa mañana para él, gris, donde la lluvia opacaba e impedía la visibilidad en el sector.

Ya las autoridades lo buscaban con orden de captura por homicidio, mas lesiones personales a otros, con arma de fuego y asalto a una dependencia bancaria. Paco, con estudios medios y dado a la vida un poco fácil, soltero pero muy mujeriego y adulador, poseedor de algunos hábitos como la marihuana, la cocaína y el licor, llevaba una cotidianidad un tanto desordenada. Intentaba por todos los medios hacerse a un capital económico suficiente como para deshacerse de compromisos y obligaciones laborales.

Hábil conductor de autos y motos, se codeaba con la crema y nata de ciertos círculos delincuenciales. Luego de hacer algunos asaltos como conductor de moto en “trabajos” de ajustes de cuentas, donde adquirió la

posibilidad de darse a conocer en el bajo mundo, comparte con ellos sus jolgorios y reuniones bacanales donde abunda el licor, la droga y bellas mujeres, y donde es invitado para cometer un robo a un banco.

En dicho asalto no tienen la suerte de las ocasiones anteriores y son sorprendidos saliendo con el botín. En un intercambio de disparos son heridos tres agentes y muertos dos. Tres de los asaltantes fueron aprehendidos. Paco logra huir, quedando evidencias grabadas en las cámaras de seguridad del banco.

Desde luego, Paco se oculta por varios meses, escaulléndose inteligentemente en algunas fincas de sus amigos, sin saber que a sus compañeros que detuvieron fueron declarados culpables, y que a él lo señalaron como a uno de los integrantes. Por ésta razón fue sentenciado como reo ausente y se le dictó orden de captura.

Desconociendo esto, regresa a su barrio, comportándose con la naturalidad de antes, reuniéndose con sus amigos en las esquinas, asistiendo a las fiestas y paseándose con sus novias como si nada hubiese ocurrido, incluso con gran habilidad maneja una nueva identidad, sin dejar de llamarse Paco. Esto lo hizo luego de enterarse de la situación de sus compañeros en la cárcel Nacional de Bellavista.

Un domingo en la mañana, con el sol bañando de esplendor el Valle de Aburrá, mientras la neblina parece huir hacia la cima de las montañas, deseando hacer de ese día un agradable momento, Paco se desplaza por la autopista a Las Palmas, queriendo realizar un *tour* que lo lleve por varios de los municipios del oriente del departamento. Va con su novia viajando en su moto, cuando es sorprendido por las autoridades en un retén cerca de la ciudad, con identificación falsa. Los agentes, al verificar, se dan cuenta de inmediato que es requerido por un juzgado penal con orden de captura y llevan a cabo su detención.

Ya en las instalaciones de la Fiscalía se le reconoce plenamente, siendo enviado a la cárcel Nacional de Bellavista por los delitos de que se le acusa.

Paco por medio de unos parientes se asesora de un buen abogado y logra que se le someta a un nuevo juicio, en aras de la verdad.

En la cárcel es recibido por sus compañeros, quienes de inmediato lo instalan en un cómodo camarote con algunas ventajas: televisión, radio grabadora, mas la posibilidad de una mejor alimentación, viéndose sin la necesidad de visitar continuamente el bongo, pues posee un pequeño fogón de energía donde preparan las comidas con los ingredientes que compran en el expendio.

El vicio es fácil de conseguir, inclusive “Chamberlay”, licor que se prepara en el interior de la misma cárcel. Tenemos así, que rodeado de algunas comodidades y acompañado de sus antiguos amigos, han transcurrido dos semanas cuando es solicitado por el juzgado para llevar a cabo el nuevo juicio.

En la mañana de un lunes del mes de junio, es sacado de la cárcel, custodiado por varios guardias del INPEC, quienes lo trasladan en un furgón hasta el edificio de La Alpujarra, donde se encuentran las salas penales.

2

La Alpujarra es un amplio sector que está ubicado en uno de los extremos de la ciudad, donde remontándonos a nuestros ancestrales abuelos, años atrás, recordamos allí la plaza de mercado llamada El Pedrero o Cisneros, con sus ya añejos y variados olores de las verduras y frutas frescas, recién traídas del campo por montañeros que con sus típicos trajes de sombreros, ruanas, alpargatas, carrieles y peinillas, ofrecían en el atestado lugar sus cosechas, cubiertas por coloridas carpas para proteger sus artículos del sol, mas la suciedad de las basuras

dejadas por las hojas de viaho y plátano, con que envolvían sus productos, para venderlos al público, mientras servían de fondo musical, los tangos y las carrilero-parranderas que surgían de los bares que había alrededor.

Ahora allí se encuentra el gran parque de las luces, con sus altos tubos de neón, que parecen vigilar el lugar, iluminando en las noches la imponente biblioteca temática y su fuente de las EEPP.

En uno de los frentes de dicho parque se encuentran dos bellas casas cuya arquitectura del siglo pasado es patrimonio cultural, siendo restauradas y ocupadas por las entidades de COMFAMA y CONFENALCO, prestando un servicio sociocultural.

A un extremo encontramos la restaurada antigua Estación de los Ferrocarriles Nacionales, también patrimonio de la ciudad, cuyo reloj aún le da las horas a sus habitantes mirando hacia la avenida San Juan. Precisamente, a un lado de dicha avenida, tenemos la escultura en cuerpo entero de Cisneros, uno de nuestros recordados patriarcas, mirando las enormes obras de arte del maestro Arenas Betancurt, que tienen el nombre de *La Vida*, situada justamente en la plazoleta donde se erigen los gemelos edificios de la Gobernación y la Alcaldía.

A un lado de éstos está la alta torre de las oficinas de los Juzgados Penales del departamento. A dichos juzgados es llevado Paco.

3


Luego de un largo y controvertido proceso, donde el abogado expone todo tipo de recursos en la corte que benefician a su cliente, sin lograrlo, Paco es sentenciado a doscientos cuarenta meses de condena o sea a veinte años, por los delitos de homicidio agravado, hurto calificado y porte de documentos falsos. No tendrá ningún derecho a beneficios carcelarios.

Paco es esposado de nuevo y sacado de la sala penal por dos guardias, para trasladarlo hacia el centro penitenciario. Ésta sala está ubicada en el décimo piso del edificio. Son las horas de la tarde y una tenue lluvia se deja ver tras los cristales de los ventanales del edificio; la humedad, con algo de frío, contrasta con el aire acondicionado del interior.

Caminando por uno de los corredores, con el semblante desencajado y pálido, Paco, cabizbajo, va rumiando su destino. Súbitamente se desprende del lado de los guardianes que lo custodian y sin pensarlo dos veces, se lanza del décimo piso hacia el vacío, por una de las ventanas abiertas que hay en el corredor.

Los guardias quedan estupefactos y sus miradas se encuentran con las del fiscal, el abogado, el juez y su secretaria, que en dichos momentos salen de la sala penal.

Sin dar crédito a lo antes visto, se asoman por el ventanal hacia la parte de abajo y ven en la calle que rodeado de una gran muchedumbre, se encuentra el cuerpo inerte de Paco sobre un charco de sangre.

Sin hacer más comentarios, el juez y la fiscal declaran que en estos momentos queda el caso cerrado y dan por terminado el proceso. 

Barranquilla, Atlántico

Director de Taller: Antonio Silvera

Autobiografía

OSVALDO JAVIER GARRIDO CARRIAZO

ERA VÍSPERA DEL AÑO 2006. EN ESE ENTONCES, MI MUJER SE encontraba embarazada, y llegó el momento en que diera luz a una hermosa niña, algo que le había pedido a Dios hace mucho tiempo: tener un hijo o hija, pero yo tiraba más para el lado de una niña. No sé por qué pero para mí las niñas se dan más con el padre. No sé, la cuestión es que yo quería una niña. Una vez nacida yo me encontraba en la casa que cuidábamos, amanecido. Me tocó ir así en ese estado al hospital para conocer a mi hija. Mi prima me acompañó. En ese entonces todos mis conocidos, familiares, amigos estaban pendientes de ese nacimiento, pues había dudas de que ese bebé era mío. Yo, una vez, se lo dije a su mamá lleno de rabia. Mi hija nació ciento por ciento Garrido, mi Cachi, linda, y que Dios me perdone por lo que dije, de todas maneras mi hija nació muy avispadita.

Una noche, la dueña de la casa y la mamá de mi hija, discutieron. Ella tenía tendencias homosexuales, pelearon a mano por un comentario que hizo la mamá de mi hija por una muchacha que ella trajo de Barraquilla. La dueña de la casa se ofendió, pelearon y nos echaron. Mi hija tenía por ahí como cuatro meses. Para mí empezó el calvario. Tenía que pensar en el alquiler de un cuarto, puesto que fue en esos tiempos que dejé de robar. Me prometí a mí mismo que no robaría a nadie desde el nacimiento de mi Cachi.

Para decir verdad, mis manos también han laborado, he ganado plata con el sudor de mi frente, mi papá

cuando pequeño nos llevaba a trabajar y nos decía que no podíamos trabajar con otro porque nos ponen a trabajar como burros. No nos hizo falta nada. Mi papá siempre estuvo allí con nosotros, un poco fresco, bajo su régimen y también era cariñoso, pero no me gustaba cuando llegaba borracho y le pegaba a mi mamá. Total que también me gano la plata robando, cosa que empecé a hacer desde dentro de la casa. Le robaba plata a mi papá cuando pequeño. Los sábados siempre llegaba borracho y los patos eran para mi hermano porque él era más hiperactivo. Cuando pequeño una vez en la casa de la cultura, nos metimos a un kiosco, nos trajimos cajas de chicles y galletas. Teníamos como ocho o nueve años. Y robaba también en los buses que dejaban en el taller del señor Gustavo, pero esa caleta era mía sola. Siempre he robado desde niño, en el colegio no podía faltar y así duré tiempo laborando las dos cosas. Bueno, total que cuando nos echaron, la mamá de mi hija se mudó para donde un señor, yo para donde mi mamá. Trataba de trabajar pero nada. Trabajaba por veinte mil pesos diarios, tirando tela asfáltica con mi padrastro. Yo tenía como diez años trabajando con él. La labor no me alcanzaba para nada, eso fue algo muy duro para mí porque estaba emperrado en el vicio de la cocaína con mi cónyuge. Todo el embarazo lo hizo a punta de alcohol y droga, y cuando se mudó donde ese hombre no pude hacer nada, y no quería robar, aunque al fin y al cabo yo ganaba más plata robando y no robaba porque no quería estar tras las rejas. En esas duré quince meses, eso de estar encerrado es muy duro y no quería vivir ese momento nuevamente y ver a mi hija crecer, y yo encanado, no aguantaba. En ese tiempo la mamá de mi Cachi y yo nos emperramos en ese vicio. Yo tenía que sacarla de allá, llegaba y comía allá y poco a poco fue pasando el tiempo. Era algo vergonzoso porque estaba encaprichado con ella, quería por dentro un bien para ella pero nada me salía

bien. Un bien para mi hija, su hija y mi hija, soñaba en ese momento tener mi propia casa. Cuando era niño nos echaron del terreno de los Gallardo, que hoy en día es Arena Blanca (hotel). De ahí en adelante nos mudamos como cinco veces más y en todas terminábamos echados por la frescura de mi papá. En el fondo él era fresco pero la presión de mi mamá era también fuerte, de un mal carácter, pero le tenía miedo a los golpes del viejo. Bueno, yo quiero lo mío y algún día lo consigo.

En ese tiempo ella se me salió de las manos, a veces llegaba y ella no estaba y hasta que una vez tuvo amores con un pelao que llegó de la ciudad. El señor la había echado, yo me llevé a mi hija donde mi prima. Ella vivió con el muchacho unos días donde la mamá de él, luego regresó donde el señor porque ellos tenían su rollo. Cuando tenía a mi hija la llevé donde mi prima y quedamos en que ella dormía allá y yo le llevaba la comida. Desde ese entonces mi prima me quería como tener humillado. Fueron tres veces que me salió con unas vainas que no me gustaron, pero yo se las fui acumulando. Ella me decía que le diera a mi hija, pero con papeles y tinta, y yo no le decía nada. Mantenía con mi hija encima para arriba y abajo, a veces se la llevaba a la mamá porque estaba enamorado de ella. Tomaba licor, consumía drogas delante de ella, siendo ella una bebé, y andaba tarde de la noche con ella por ahí. A veces se la llevaba a mi papá, que vivía con mi tía. Y, mi papá, más de una me decía, dame la niña que tú no estás pendiente de ella. Muchas personas querían que yo les diera la niña, pero yo seguía mi rutina, embalado y con ella encima.

Un día me la llevé a Los Corales, el barrio de mi adolescencia, la dejé en una casa sola, eso no lo vuelvo a hacer más nunca, dejarla sin compañía. La mamá de mi hija tuvo otro hombre pero supe que se habían abierto. Gracias a que en ese tiempo me llegó un vacilón que tenía y allí curé todas mis penas, pasaba el tiempo y

andaba llevado. Trabajaba de vez en cuando y cuando lo hacía era por poco dinero, con mi padrastro. Un día le dije que iba a comprar mis propias herramientas y me iría y él me respondió que en el próximo trabajo me ligaba bien. Andaba en chanclas los días de semana y los fines de semana cuando era rumba era que medio me vestía. Me ponía ropa de mis hermanastros, de mi hermano pero ellos se enojaban. Yo no tenía nada porque no quería robar y lo que trabajaba se lo daba a la mamá de mi hija como si yo tuviera que ver con ella, pues sólo tenía que responder por mi hija.

Yo era un muchacho que me gustaba vestir bien, andar vacilando, pero esos tiempos fueron gonorreas, como dice el dicho, “cría fama y acuéstate a dormir”. Todo lo que pasaba por mi barrio o a doscientos metros a la redonda, yo tenía que ver con la Policía. Siempre me tenían que estar haciendo preguntas con robos que ocurrían por ahí. Si en ese tiempo robé seis veces fue mucho, la verdad tenían sus razones porque cuando salí en el 2002, luego de permanecer quince meses encerrado, yo calenté ese barrio haciendo desastre: robos, atracos, venta de vicio. Llegaron a poner un policía por esa calle, luego le pusieron un puesto, hoy en día hay un CAI. Yo tenía mi grupo pero yo era el más pintado en ese tiempo. Bueno, total que andaba llevado, no me querían en la calle, me llevaban para los calabozos de San Luis. Estaba harto de esa situación, yo les decía que si yo era el que robaba andaría bien vestido, pero miren como ando. Y yo no soy el único que tiene manos, todo el que tiene manos puede robar, pero ellos no comían de esa, y me llevaban.

Lo último que hice fue robarle el revólver a la señora Sonia, algo que no debí hacer nunca porque a esa familia lo que yo le pedía me lo daban: plata, comida, claro que yo también les colaboraba con algunas cositas para ganármelos: les mochaba el monte, les compraba el

agua. Después de eso el señor de la casa murió y la señora se fue y dejó en venta la casa. Fue algo que no me puedo perdonar yo mismo, uno no tiene que morder la mano que lo alimenta. Siempre voy a llevar eso dentro de mí y algún día tengo que pedirle perdón a doña Sonia. Sé que puede perdonarme.

Pude meterle un balazo a ese pelao que andaba con la mamá de mi hija. Ese año, a principio del 2007, le pegó delante de mí y yo no hice nada. En el fondo ella se lo merecía pero ese man tomó la vaina personal conmigo y en realidad no sé qué peleaba ese pelao. Más de una vez me probó el pulso y no hice nada. Del 2006 al 2007 sólo viví un mes con ella, para mí que ambos estábamos empavados, cada quien tenía que coger su propio camino. Un día lo cortaron, yo no hice nada, y con toda sinceridad fue lo menos que le pudo pasar pero en el fondo ese otro man me buscó problema tres veces, y no hice nada porque tenía miedo de ir a prisión. Ella vivía donde una prima, muy lejos, las echaron y terminó encerrada con el man que los recibió. Hoy en día tiene un hijo. Ella se aburrió. Un día la metí en un monte a dormir conmigo, en una edificación vieja. Yo estaba mal en casa de mi mamá, esos hermanastros robaban y me echaban las culpas y tenía que dormir en la playa o en el monte que había por allí. Eso era cuando me enrumbaba pero, ¿tocar tarde de la noche?, lo mejor era no hacerlo, no quería problemas de ninguna clase, ni físico ni delictivo. La Policía me la tenía a un pelo si le cortaba la uña, alguno iría a prisión. No sé qué pasa, yo soy un hombre bien, soy malo de mano, pero de corazón soy una buena persona. Supe que ella estuvo con ese man, no volví más por allá. De lo ofendido que estaba que ni siquiera a mi hija la fui a ver.

En diciembre del 2007 me robé todas las prendas de plata de mi prima. Allí me desquité de todas las anomalías que ella había tenido conmigo, y cogió y se metió la

lengua en su trasero. A ella le picaba a pelear, a insultar al que sea, ella sabía en el fondo que hizo cosas malas conmigo. Total que un mes después, en el 2008, me la encontré a la mamá de la niña. Le dije su poco de vaina, ella creía que le iba a pegar pero no valía la pena, porque me di cuenta que eso no se le hace a las mujeres. Comencé a trabajar en una bloquera, seguía trabajando para ganarme la vida, vivía donde un vale que la mamá me tiene la buena. El me dio el cuarto donde dormía la mamá, cosa que ella hacía cuando se iba de viaje pero la convivencia con el vale era jodona, puesto que él es un señor de carenta y siete años pero culo de ratero. Por él conocí el movimiento de robar en el centro, quedé en pagarle semanal para que no hubiera discordia porque la mamá no me cobraba nada. Empecé una nueva vida, seguía sin ver a mi hija. En abril, en Semana Santa, trabajé en una torre, en un hotel con morral, empecé a trabajar para ver si me pegaba con un ingeniero, pero cuando me pagaron el que daba los trabajos me tocó el hombro y me dijo ha sido un placer. Con ciento noventa mil pesos me fui y le compré cosas a mi hija, se las mandé con una señora.

De diciembre del 2007 hasta abril del 2008 le mandé sólo ésta encomienda y sólo la vi en dos ocasiones. Después de eso me di cuenta que no ganaba nada trabajando y sinceramente tenía que hacer lo que no quería hacer, que era robar. Ya quería estar bien como antes, no tenía a nadie a quien amar, sólo a mi hija y no la veía y tomé la determinación de cobrarlo, pero ya no era salir a buscar como antes, sino en el comercio, entrar al lugar donde se iban a cometer los hechos, tenerlo marcado y ahí fue. Tenía que hacerlo con más inteligencia. Primero fue con un restaurante, me compré unas cositas, un par de zapatos; ahí fueron como seiscientos mil pesos, pero tenía que buscar algo más. Marqué un supermercado dos días antes. Me encontré a la mamá de mi hija, era la segunda vez que la veía a mi niña. Le dije a la mamá

que iba a hacer algo y le mandaría una ropita. Llegó el día, todo el camello lo hice yo. Me gané como millón y medio. Un amigo que fue conmigo no hizo casi nada, me corté el dedo. Al día siguiente buscaban al que estaba cortado porque dejé sangre allá dentro. Desde ese día pensé que el vale no podía ir más a una vuelta conmigo. Me di cuenta que era avariento y desconfiado y, por eso, suerte le deseé. Con ese hurto me emborraché porque saqué ron de allá dentro. No le mandé nada a mi hija. Días después marqué otro supermercado, fui yo solo. Allí me coroné como tres millones. Le regalé a un amigo y su mujer y a mi vale "Lucho" le di como seiscientos mil pesos para que repartieran entre ellos. No les dije que había coronado el resto, ni más faltaba que les iba a decir, ya saben el volteo aquel si todo lo hice yo. Ellos sólo me esperaron, al fin y al cabo les di el líchigo de buena fe, otro no les da nada. Un día me encontré a unos agentes en el centro, me preguntaron una serie de cosas y tendré en cuenta algo que me dijeron, que los mismos bandidos les decían todo lo que yo hacía. Por eso es que ya no puedo confiar en nadie, lo que yo vaya a cometer no se lo diré a nadie, sólo a mi hermana, como siempre. Sólo le digo y le diré a ella lo que voy a hacer. Con ese hurto busqué a mi hija para comprarle una ropita, la encontré flaca, me la llevé a comprar. Mis primas cuando la vieron en ese estado me dijeron que se quedarían con ella, se les ablandó el corazón.

Me empezó a ir bien en lo malo que estaba haciendo. Comencé a vestir bien, a comprar zapatos y a mi hija, ni decir, lo mejor para ella. Luego el hijo del vale nos cantó una vuelta donde él trabajaba. Era un casino. Me lo pintó y yo lo colorié, como cinco millones coroné. Ya comencé a tener confianza otra vez, después de casi tres años sin hacer nada. Yo tengo una forma de robar, marco y los camello de noche sin muchas herramientas. Si tuviera las herramientas adecuadas hiciera más dinero, más de

una vez me encontré con una caja fuerte y no podía hacer nada, lo que robaba era en caja menor, y me iba bien, pero quería más. Luego la hija del vale se mudó y empecé a tener amores otra vez con ella. Eso de nosotros ya viene desde hace años. Antes de ella yo había estado con tres mujeres, en el amor me estaba yendo bien. Fue antes que comenzara a robar que estuve con ellas. A finales de abril fue que ella se mudó. Una vez estaba con unos amigos y salí a comprar unos perros y gaseosas para comer y, saliendo a la carretera, pasó una moto rápidamente y más atrás quedó una bolsa rodando. Yo corrí para ver qué era. Y cuando vi, era un millón y pico. Definitivamente la vida me mostraba la mejor cara, estaba bien pero no quería vivir con ninguna, no quería esta con nadie, sólo tenía que ver con mi hija, mi hermana y mi mamá.

Cuando ganaba me iba a los prostíbulos, estaba con dos o tres mujeres a la misma vez, me gusta hacer orgías, es vivir una fantasía, es algo bacano. Estaba pegando duro, mujeres, dinero, estaba gordo, yo no quería saber nada de drogas, sólo si me enrumbaba, pues puercito mierdero no olvida de comerse lo suyo, pero ya no era como antes. Estaba sentando cabeza con esa cuestión, ya la gente me miraba con otros ojos y mi vale ni para decir andaba vacilado. Él no hacía nada, sólo le daba la ligota. Eso sí, habían chismosos que se preguntaban qué andábamos haciendo nosotros, igual la Policía. Vine, coroné un restaurante, más de medio millón, luego una heladería, otro paquete bueno, no acostumbro a contar el dinero, sólo calculo. Le doy a mi hermana lo de ella y le entrego a ella para que le dé a mi mamá. No le doy a mi mamá personalmente porque luego empieza la preguntadera y el sermón. Por eso le doy a mi hermana la parte que le toca a mi mamá, que sea de parte de ella que se la entregue. Luego una casa, fue en la única donde me metí, luego un almacén y una ferretería. En esta última saqué herramienta pata de cabra, cizalla, linterna y lo esencial

para cometer los golpes. Saqué un taco de puro billete de veinte mil pesos porque abrí la caja fuerte, tenía la costumbre de moverles la palanca a las cajas y por suerte esta se abrió, no estaba asegurada. Esa noche estaba con una hembra, le dije que iba a cobrar y que me esperara. Me fui, llegué con mi dinero y nos fuimos a una residencia. Ya tenía años de andar con ella, en ese tiempo andaba con tres mujeres fijas y me salían, sin querer, queriendo, otras por ahí. Pero yo sabía sus intenciones, como vivía solo andaba bien, querían vivir conmigo. Desde abril del 2008 hasta julio, cometí muchos robos. Ya, en últimas, me fui a cometer un hurto en otra ferretería. Me llevé mis herramientas, nos vio un policía, el que celaba en la calle del barrio. Me tuve que coger y dejar las herramientas y llegaron muchos policías y recorrí todos los techos y me alejé del lugar. Como el trabajo mío es de altura (impermeabilizar), por eso es que conozco bastante el centro. He trabajado en muchos edificios y sé donde montarme y cómo llegar a donde voy. Me conozco el centro como la palma de mi mano. Me volé y salí por donde mi tía, por puro techo llegué hasta allá, fue la única vuelta que fallé y perdí todas mis herramientas.

En esos días no tenía nada marcado, luego del fallo tenía que buscar otro golpe. Desde hacía años había intentado otra vuelta y en dos ocasiones, la primera por el techo. Luego, tratando de partir el vidrio de la parte del frente. Sabía que ahí había mucho dinero porque iba a comprar allá y veía que había mucha plata en las cajas. No intenté golpearlo más porque esa vuelta quedaba cerca a la casa y si lo hacía al que iban a buscar era a mí, por ser el más pintao, pero luego de que fallé en aquel lugar, me decidí a golpear. Allí sabía que si lo hacía venían por mí. Le dije a mi vale, golpeamos pero nos vamos de aquí cinco días. Conseguimos donde nos íbamos a quedar. En pleno 15 de julio nos decidimos, pero la varilla se dobló, no hicimos nada. Al día siguiente, 16

de julio, día de la Virgen del Carmen, en la tarde, fui al estadio, lo estaban remodelando y busqué una varilla de las más gruesas y la guardamos en mi cuarto. Esperamos la noche, nos fuimos a buscar un inicio como para tener las botellas de ron. Íbamos a una rumba por el festejo de la Virgen. Luego a las doce de la media noche iríamos a cobrarlo. Después de estar en el baile y tomarnos unos tragos fuimos a cobrarlo. Me puse mi ropa de camello. Para poder ingresar tuvimos que partir tres portones para entrar hasta el supermercado. Me cubrí la cara, me puse mis guantes y le dije que no entrara para que la cámara viera a una persona. Cuando estoy en la oficina veo una caja de madera, la abrí, había muchas monedas, las metí en un saco, por si no encontraba dinero me las llevaría. Al llegar a la oficina principal y abrir la caja que está bajo el asiento, la gran sorpresa, muchos paquetes de billetes, era el premio gordo de todo lo que había hecho desde abril hasta julio. Esa fue la lotería más gorda, la suma de cuarenta millones de pesos. Yo sabía que había mucho dinero pero no esa cantidad. Yo pensaba encontrarme como quince o diez millones, fue una gran suerte. Rápidamente lo metí en una bolsa y cuando veo el vale estaba ahí dentro. Le dije que cogiera las monedas ya que había entrado, salimos del lugar, llegamos a los cuartos, eso era ahí mismo, me cambié de ropa y salimos donde nos íbamos a esconder. Estaba lejos, pero la ventaja, era que estaba lloviendo y casi no había nadie en la calle. Le pasé una liga a un vale y nos fuimos a la caleta a contar los billetes.

Como a las seis de la mañana, me fui, presentí que no podía quedarme allí. Saliendo por el aeropuerto, me encuentro a un mototaxi, el man conocido desde Los Corrales. Le ofrecí cincuenta mil pesos para que me llevara al barrio Las Tablitas. El dijo no. Le dije cien mil pesos, y sácame de por aquí. Frenó y me llevó. Llegué donde una amiga, luego le regalé dinero y me quedé hasta medio

día y me fui a un prostíbulo a esa hora, hasta que oscureciera. Estuve con varias mujeres a la vez. Luego, me fui y llegué donde un vacilón. Nos fuimos a una residencia hasta el día siguiente. La Policía me buscaba por cielo y tierra, en todos los lugares que yo frecuentaba, hasta donde la mamá de mi hija fueron. No sé cómo hizo mi hermano pero me ubicó en la residencia donde estaba, le di una liga bien buena y luego vino con mi hermana, pero era la tercera vez que venía. Yo me azaré y le dije a mi hermana que la esperaba donde mi amiga Estefany. Pensé que los policías podían seguirlos y llegar a mí. Es mejor prevenir. Una vez tenía una orden de captura, estaba escondido donde mi prima y por la entradera y salidera de mi mamá, mi mujer, mi prima y mis hermanos fueron a parar en el cuarto de mi prima los policías. Ya me tenían la perseguidora y no quería que pasara igual, por eso me fui para donde Estefany. Solo le dije a mi hermana que la esperaba allá. Yo me fui, dejé a la hembra, llegué a casa de Estefany, conversamos, compré que comer, pero no les dije que tenía dinero, compré unas camisas con Deibis, marido de Estefany, y sólo les di como sesenta mil pesos. Luego, llegó mi hermana con mi papá. El también me buscaba como loco, le di la liga al viejo, una buena liga. Llegamos donde mi mamá, mi hermana se llevó el dinero, yo agarré ochenta mil pesos y me fui para la calle.

Al día siguiente, 20 de julio, salí con cuidado porque supe que le habían encontrado las monedas al hermano de la causa y él había mencionado que yo se las entregué. La Policía se metió sin orden de cateo y nosotros creíamos que las tenía bien escondidas. Estaba en la rumba y sentía que todos me miraban, llegaban donde mí algunos amigos y amigas, eso sí más de un hipócrita, agarré y me fui con mi hembra. A los días siguientes me para la Policía en un parche. La Policía merodeaba por allí porque habían encontrado droga en una de las proveedoras

que queda por el barrio, me pidieron los documentos y no me habían puesto la demanda, desde que entré a ese lugar y hurté sabía que iría a la cárcel por esas monedas. Si el vale no entra yo no le hubiera dicho que las agarrara, pero no iba a salir con la manos vacías. Él, lo que hizo, fue embarrarla. Pasaron los días, compré una moto, andaba más pegao que nunca, y así como se alegró más de uno, otros se llenaron de odio, pero tenía el respeto de todos, toda mi familia, estábamos relajados, no piensa uno que va a salir a buscar dinero, si ya lo tienes.

El dinero no lo guardé en casa de mi mamá, lo guardamos donde una amiga de mi hermana y por el momento no lo vi más. Todos esos días eran de buen comer, me tomaba los tragos, eran momentos bacanos, salía con mujeres, cuando saben que tú tienes dinero todas quieren contigo. La SIJÍN, un día, me paró, me llevaron a la Estación y empezaron a decirme que dónde había metido la plata, como si yo fuera marica de decirles algo, me pegaron como dos puños. No he cantado cuando me han puesto la bolsa en la cabeza, menos por puños. Total no les dije nada y así fueron varias las veces que me paraban a decirme lo mismo y me decían tú crees que estás sano, sabemos que tú fuiste, la orden de captura te va a salir, yo no les paraba bolas. No andaba con casi dinero para que no me lo quitaran. Andaba con veinte mil pesos, diez mil pesos. Cuando salía a rumbear era que sacaba ciento cincuenta mil pesos. Una vez me encontraron unas culebras (policías), ellos me tenían la mala. Era un bonche de ellos, me querían matar y más cuando les hice ese golpe estaban ofendidos los hijos de putas. Me agarraron en la oscuridad, iba para donde mi mamá cuando los siento es ahí, pegados. Sacaron sus armas, en esos días vivía con mi hermano en un apartamento, pero quería llegar donde mi mamá. Me hicieron arrodillar, me hicieron disparos a la cara y la chispa me cayó en el rostro, disparos a los pies, estaba realmente asustado. Pensé en un momento que ya

no iba a estar en este mundo. Me asusté tanto porque en esos días mostraron en el periódico a siete personas, tres eran sanandresanos y estaban tirados en un monte. Luego, en un recuadro, fotos en la morgue. Todos reventados y pensé en ellos, pensé que me iban a encontrar como un perro tirado en la carretera. Era una forma cruel de terminar la vida. Realmente sentí la muerte, se me vino la imagen de todos, en especial mi Cachi, con toda sinceridad vi hasta mi entierro, fue un momento muy angustiioso que me causaron esos policías gonorreas.

Llegó agosto, pero había mujeres que querían estar conmigo, pero todas por la misma causa. En esos días buscaba a una nena, la quería ubicar desde hacía un mes, ella me gustaba. Tenía como cuatro años que la conocía, la conocí donde sus primas. Ellas viven por donde mi mamá y para qué decir, nos conocimos y el trato de ella conmigo era bacano y a mí me empezó a interesar, pero ella tenía su novio, luego tuvo otro, no le dije nada en ese tiempo. Pero cuando yo la busqué no tenía a nadie, y yo tenía dinero y como mandada de Dios la encuentro en la calle, le pedí el número de su teléfono, a los días la llamé para salir a playa, me dijo que sí, pensé en ella porque era la mujer que quiero que esté conmigo para todo el resto de mi vida, pero no la fui a buscar. La dejé prácticamente plantada. Luego, en una rumba que acostumbra a hacer en San Luis (sur de la isla), también la dejé plantada y la prima me dijo que era un faltón por lo que hice. Ese día me quedé donde otra hembra, a los pocos días la invité a comer y a comprar, le ofrecí que pidiera lo que quisiera, no quiso nada, no sé por qué. Bueno, la cuestión es que comimos, la pasamos bacano, pero no le dije lo que sentía por ella. En el fondo yo soy un poco tímido, no soy amoroso, cuando se trata de levantarme a una hembra mejor dicho no tengo casi labia. Las mujeres con que yo he estado han sido pocas, la mayoría de ellas es porque han gustado de mí. Fue ese día

que salí con ella y no le dije lo que sentía, ella llegaba a la casa de sus primas y de paso llegaba a donde mi mamá. En esa época volví a vivir donde mi madre.

Unos días después, en septiembre, el 10 de ese mismo mes me capturaron y me llevaron a prisión y como siempre a la que iba a esperar era a mi hermana, y ella llegó a visitarme y unas cuantas amigas y mis primas. En una fiesta que celebraron en la cárcel ese mismo mes, días después de mi captura, el 24 de septiembre, le dije cuanto la quería, que ella me gustaba, le dije lo necesario para enamorar a una mujer. Ella me dijo que por qué vine a decirle eso estando yo preso. De todas maneras le dije lo que sentía, ella volvió como tres domingos más a visitarme. Como en octubre mataron a un man allá en la cárcel y la mamá le dijo que no podía ir más allá, porque esa cárcel estaba muy peligrosa. Yo la llamaba, más no volví a decirle que volviera a verme, la llamaba sólo para saludar, ella buscó a mi hija y se quedó con ella unos días, luego se la mandó a mi mamá. Luego mi mamá dijo que no se llevarían a nadie y se quedó con mi hija.

La Fiscalía presentó unos cargos que realmente no era para estar preso por más de un año. Dictó cargos por las monedas que se encontraron, y luego un testigo que era un mototaxi, dijo que yo esa madrugada tenía un fajo de billetes y que yo le había dado los cien mil pesos. Se me fue de saqueo la marica esa. Realmente esos no eran cargos pero, tú sabes, eran personas ricas a las cuales yo les había robado. Me impresioné cuando el fiscal dictó la declaración de ese mototaxista y en el fondo el fiscal sabía que no tenía pruebas contra nosotros, y otro cargo que dijo fue que salen en el video dos personas de piel morena, que uno era alto y el otro bajito. No nos encontraron en flagrancia, no nos encontraron ni un solo billete como pa'decir que fuimos nosotros. Una vez me preguntó en una audiencia qué teníamos que ver nosotros con ese robo. Yo le dije un poco de vainas, pero eso

fue después que el juez se fue. En otra cita que él me hace antes del 31 de diciembre también tuvo su caída y me di cuenta que realmente no tenía con qué acusarnos y que las pruebas que tenía no decían nada. Todo se lo dejé en manos de mi abogado, pero estando con los magistrados no dije nada, me quedé callado, no dije la anomalía que tenía el fiscal con nosotros, no dije nada porque de igual forma me iba a quedar preso, ya sea por mucho o poco tiempo. Esa gente tiene mucho dinero, total que me quedé con esa espina, pero todo bien, se pierde y se gana, me tocó ganar un tiempo, ahora he perdido.

A Juana un día la llamé como en febrero. No tenía quién me trajera la comida, porque mi hermana tenía que trabajar. Ese domingo la llamé y le dije que si me podía traer las cosas. Ella dijo que sí, también me dijo que se iba el martes de la semana que entraba de viaje, dijo que llamara a mi hermano para que la fuera a buscar a su casa temprano, para poder quedarse hasta la una de la tarde, llamé a mi mamá y le dije que buscara a mi hermano para que la fuera a recoger. Mi hermano todos los domingos llega temprano, le dije a mamá que apenas llegara que la fuera a buscar. Él no apareció, se me bajó la moral, quizás ella sabía que si venía iba a comentar el tema de nosotros. La llamé el lunes, hablé un rato y no volví a saber nada de ella.


Pasaba el tiempo y en esa cárcel no había descuento para rebaja de condena, sentía que no había nada, eso estaba monopolizado por un maldito cabo y para más cola era de mi raza negra, era la propia gonorrea. Pasó el tiempo y seguía sin hacer nada y tomé una determinación que si tenía un año y no estaba haciendo nada, para descontar la condena, pediría traslado a otra cárcel del país, sea lo que sea, total lo que yo quería era descontar para salir rápido del encierro que me encontraba. Ya le había dicho a mi mamá por teléfono y a mi hermana, todos sabían lo que yo tenía pensado hacer. Llegó

septiembre de 2009, tenía ya un año físico y no me había ganado ni un mes. Llegó octubre, como a mitad de mes llegaron unos funcionarios del INPEC para ver las anomalías que había y para ver quién se anotaba para ser trasladado a otras cárceles. Hubo muchos que pidieron acercamiento familiar (caleños, caqueteños, paisas, etcétera). Yo no amagué en anotarme fuera donde fuera. Luego que me anoté, el teniente del INPEC me dijo que en un mes y medio vendrían y así fue el 17 de noviembre de 2009 nos recogieron unos guardias del INPEC. En la base militar de Malambo solo bajaron a trece, entre esos yo, el resto se quedó en el avión porque éramos treinta y siete presos. Quién sabe qué habrá sido el destino de ese grupo. Una vez en recepción, antes de coger patio, comentábamos que no podemos dejarnos quitar lo de uno, si nos tocaba pelear lo hacíamos. Esta cárcel tiene fama que no gustan de sanandresanos y de cartageneros y veníamos mal informados por las peleas que tuvimos en la isla. Eran cuatro patios nos repartieron de a cuatro por patio. Gracias a Dios que nos tocó un patio relajado donde el que peleaba se salía del patio..., no se aceptaban problemas de ninguna clase. Había uno de nosotros que venía a buscar problema y eso no era lo que yo quería, sólo vine por un descuento, pagar mi condena e irme a casa. Total que él encontró lo que buscó, al mes de estar acá peleó con un man, él estaba amanecido de perico, la noche anterior me comentó que iba a pelear en la mañana. Yo le dije que no lo hiciera, pero cada quien es responsable de sus actos, lo mataron de varias puñaladas, lo único que pido es que Dios lo tenga en su santa gloria. El quedarnos en Barranquilla para mí fue algo como positivo, puesto que a la mujer que yo le declaré mi amor estaba en esta ciudad, pues ella supo que estaba acá cuando fue a la isla en diciembre. Ella no sabía que yo estaba acá, ubiqué el teléfono de ella con mi mamá, y me comuniqué. Me dijo que en febrero viajaba

a Barranquilla y me vendría a visitar, llegó el febrero del 2010, pero como las primas y muchas personas del barrio sabían que ella venía y me iba a traer unas cosas, el papá de ella como que se enteró y dijo que ella no tiene que estar viniendo por acá. Hasta el momento no ha venido, ya vamos para junio y no ha llegado y no hay nadie que se acuerde de mí. Si ella en verdad siente algo por mí ya hubiera venido a verme, así sea escapada, pero la comprendo, el papá le está dando sus estudios y ella no quiere desaprovechar. En fin, todavía vive en el régimen de sus padres.

Llamé a mi hermana que tengo por parte de mamá, la llamé para ver si me prestaba dinero para pagar una deuda. Ella me tomó los datos, luego ella llamó a mi mamá y mi mamá le dijo que eso era mentira, que yo no estaba en prisión. Luego la llamé y no me quiso contestar el teléfono. Mi mamá me dejó como un mentiroso, ella sabe lo que soy yo y llamé a mi mamá y ella me dijo que nunca les había pedido nada a ellas, porque son dos, la mayor está en Panamá. Le pedí que me mandara útiles de aseo, pero el día que salga, si la llevo a ver en Cartagena le preguntaré si ella es inteligente, pues cuando una persona le pide útiles de aseo a alguien, ya sea amigo o familiar, donde crees tú que puede estar esa persona, pues en el hospital o en la cárcel. En realidad ella no me quiso ayudar, pero todo bien. Algún día salgo y buscaré mi dinero sea a lo bien o a lo mal. Mientras, sigo aquí en este encierro, esperando que pase el tiempo para estar con mi familia y en especial mi hija, y me prometo a mí mismo que no volveré a separarme más de ellas, y si me ponen a elegir en estar en prisión y morir, moriría primero antes de estar encerrado, con toda sinceridad preferiría la muerte. En estos lugares así, toma uno reflexión a lo que va a ser la vida de uno, si vas por el camino malo o bueno cuando esté uno fuera. Yo por mi parte tendré que buscar otras amistades, aunque las

amistades de estos años ya están, y siempre estarán ahí. Sé que hay muchos que no me olvidan. Pero sé que tengo que cambiar, no sé si saldré a delinquir, pero cuando esté afuera voy a trabajar porque yo no tengo apoyo de nadie, excepto de mi familia y ahora menos que la gente me va a ver con otros ojos, y yo no como con la gente. Pero a veces pienso que si salgo a delinquir tendré que ser cuidadoso, si consigo un patrocinio cuando salga, mejor, cosa que no creo y si no yo mismo me patrocinaré. Uno solo también puede, sin la ayuda de nadie, poco a poco conseguiré lo que quiero tener.

Pienso muchas cosas del pasado, del presente no tanto, porque mi presente es este encierro. Lo único que pienso aquí es que se vayan los días rápido y esperanzado en un descuento que viene en el mes de julio. Dios quiera que las cosas se den, pienso mucho en mi hija, sólo me pinto llevándola a playa, a comer, ir al cine con ella. Ya va a cumplir cinco años, ya tiene que hablar claro, tiene a quién salir, a la lengua de la familia de mi mamá, ahora mismo no tengo idea de ella pero sé que Dios me la va a cuidar y su mamá también. Ojalá que no se vaya a desordenar, pienso en un futuro, porque en un futuro quiero que todos estemos bien, tener una casa para los tres, mi hija y mis sobrinos, porque yo no pienso quedarme aquí metido, con el pie en el barro. Ya lo tenía afuera antes de caer en prisión y no lo voy a meter más no quiero que nadie nos mire por encima del hombro, ni mucho menos ser humillado por otros gonorreas. Hemos pasado muchas humillaciones, excepto yo que he estado en guerra. Yo sé que con la ayuda del santísimo conseguiré lo que quiero, no sólo por tener poder, sólo quiero tener definida mi vida. 

Lápiz y papel

RICARDO ÁLVAREZ PRETTELT

CASI TODAS LAS TARDES, DESPUÉS DE RASGUÑAR EL MUNDO para sobrevivir con su familia, el hombre se sentaba sobre un pedazo del tronco de un árbol en el patio del precario rancho donde habitaban. Desde allí, fijaba su mirada en las montañas que circundaban la vereda detrás de las cuales, a varios días de camino, estaba la región de la que debieron salir forzosamente. Cuando se podía, su mujer le llevaba un pocillo con más agua tibia que café y un poco de dulce, eso sí cargado de cariño.

Con la costumbre de pensar y recordar se le agotaban los últimos rayos de sol y, entrada la noche, nada indicaba que el día siguiente fuera diferente.


Aldemar, así se llamaba, durante el ejercicio de mirar al horizonte a la vez se sumergía en la vorágine de sus pensamientos. Tantos eran los recuerdos tormentosos como las nostalgias por épocas de dicha.

“Al paso del tiempo vivimos por lo que recordamos”, pensó en voz alta. En los días siguientes algo le hizo concluir en la urgencia de escribir todo cuanto le convulsionaba en su cabeza.

En lo que llevaba de su existencia, como la de toda persona, había las vivencias y los motivos suficientes para reconstruir su propia historia.


Creyó que si escribía exorcizaba los fantasmas de un pasado adverso y florecerían los mejores momentos al lado de los suyos.

Entonces, tomó papel y lápiz convirtiendo las siguientes tardes y partes de las noches en un acto casi obsesivo de plasmar lo bueno y lo malo de sus humanas remembranzas. Haber llenado el contenido de siete cuadernos fue un estimativo que juzgó suficiente. De momento sintió el alma respirar más liviana.

Una vez revisó los apuntes, quedaría perplejo ante lo que encontró: no había registro alguno de los sucesos negativos que marcaron su vida. Sobre la estrecha mesa que le sirvió de apoyo, observó el lápiz, poco desgastado y de la punta salían sutiles gotas de sangre que formaban un pequeño charco en el piso. Con un suave palmoteo cerró el último cuaderno. 

Viento

BELFORD BOLÍVAR

PASÓ EL VIENTO
se llevó mis recuerdos,
los regó en un campo abonado de
soledades y nacieron flores sin colores ni aromas.
Regresó el viento y me trajo la sonrisa de dos niños
y renació la esperanza. 

¡Qué vaina: soñar no cuesta nada!

BELFORD BOLÍVAR

—CONDENADO. USTED FUE SORPRENDIDO SOÑANDO.
—Pero si no he sido juzgado.
—A mí no me pagan por juzgar, sino para condenar. A propósito: ¿pagó el impuesto?

—No, señor.

—Soñando y sin pagar impuesto, además las fotocopias muestran que soñaba con cosas prohibidas y lo más grave de todo, sonreía soñando sin pagar impuesto, cosas prohibidas y disfrutando el sueño. Horrible crimen. Entre otras cosas, secretario, ¿qué soñaba este individuo?

—Este individuo soñaba cosas absurdas, honorable señoría, con democracia, voto libre, derechos humanos, tolerancia, administración honesta y eficiente, libertad, paz, servicio, amor y otras carajadas.


—¡Suficiente! Condenado a la pena de muerte. Diga su última voluntad.

—Quiero una fotocopia de mi sueño.

—Como se trata de un documento oficial diga para qué lo quiere.

—Para al momento de la ejecución, ponérmelo en el pecho, soñar que estoy soñando y que nadie me descubre mi sueño.

Soñar que estoy disfrutando de la libertad, y que trasasé el portón azul del penado, y dejar atrás el sufrimiento y la tortura, pero al despertar de mis sueños la realidad es otra, encerrado en una celda con cuatro paredes y amansando un calor despiadado.

¡Qué vaina, soñar no cuesta nada! 

El sordo

ÁNGEL ROSENDO YAYA PÉREZ

EN UN PUEBLO DE LA COSTA NORTE QUE SÓLO TIENE ENTRADA por salida carreteable, cuando empieza la mañana se escucha el cantar de los pajaritos y el trinar de la mirla en melodías de notas musicales.

A lo lejos de allí se escucha el sonido del golpe seco de un hacha, quizás rajando leña para encender el fuego de los fogones, para preparar el tinto y desayuno a los que salen de faena de trabajo.

Luego se escucha el rugir de un carro calentando motores que sale temprano a llevar pasajeros con sus productos de pancoger y otros que van a comprar víveres en la cabecera municipal.

Entrando al pueblo se encuentran cuatro esquinas, una de las esquinas que da al frente es la casa de la señora Rosa. Es una casa al estilo colonial con un hermoso palo de olivo al frente, frondoso, que da sombra alrededor de la casa y parte de la calle, que de hecho es la estación de los carros que transportan pasajeros a distintos lugares de la región.

En una de las cuatro esquinas, vive también un señor llamado Joaquín, es un señor de avanzada edad que es sordo. Dicen que no oye porque una vez al caer una centella, él, con otros compañeros que allí se encontraban, quedaron atormentados del fuerte impacto de un trueno que se escuchó en seco sin caer una gota de agua lluvia.


Para la señora Rosa es costumbre levantarse muy temprano. Luego de hacer unos quehaceres en la casa

mira para la pared que allí tiene un reloj y ve que son las cinco y media y oye el *pi-pi-pi-pi* del carro que se dispone a salir.

El niño José, el mayorcito, tiene un pocillo de tinto humeante con un aroma que despierta más la mañana. Le dice la señora Rosa a José: anda, hijo, y me le dices al señor Joaquín que si tiene algo de dinero que si me puede hacer el favor de prestarme tres mil pesos que no tengo nada que prepararles para el almuerzo y completarles los pasajes de ustedes para el colegio.

Don Joaquín sale de la casa con algo, cargando en hombros, para la estación que es al frente de la casa de la señora Rosa. El niño que lo alcanza a ver por la ventana con otros pasajeros que se disponen a embarcarse en el carro no esperó que su madre le repitiera lo dicho. El niño se para impulsado como por un resorte de un taburete de cuero donde se encontraba sentado poniendo el pocillo que tenía en la mano derecha sobre la mesa. José es un niño de esos vivos que en viveza no hay quien les gane. Llega donde el señor Joaquín, pues se dispone a embarcarse en el carro y lo jala por la camisa azul de rayitas blancas que llevaba puesta. El señor voltea y mira para atrás para ver quién le había jalado por la camisa y ve que es el niño y le dice: “dime, hijo, que se te ofrece”. El niño le dice: “señor Joaquín, mi mamá que si le puede hacer el favor de prestarle tres mil pesos”. El señor Joaquín le dice: “¿cómo, hijo?”.

El niño le repite: “mi mamá que si le puede hacer el favor de prestarle tres mil pesos”. El señor le dice al niño: “háblame duro que no oigo bien”. El niño vuelve y repite pero diferente: “mi mamá que si puede hacerle el favor de prestarle cinco mil pesos”. Y contesta el señor Joaquín: “¿y no son tres mil”.


Todos los allí presentes reventaron de la risa de la ocurrencia del niño. Dicen que no hay peor sordo que el que no quiere oír. 

Cúcuta (Buen Pastor), Norte de Santander

Director de Taller: Norwell Calderón Rojas

Mascota fiel

L. V. J.

HABÍA UNA VEZ UNA PAREJA
que no podía tener hijos,
pero tenían una mascota
que hasta le tenían cama
y se llamaba Tony.
El tiempo pasó y ellos
fueron y adoptaron un bebé.
Ellos estaban muy felices
y prepararon un asado
en la azotea, cuando salió
el perro con sangre en el hocico.
Ellos dijeron: “No, Dios que has
hecho, maldito”.
Cuando fueron
a la cuna del bebé había una
cascabel muerta.
El perro había salvado al bebé.
Cuando ellos se dieron cuenta
ya era demasiado tarde, pues habían
matado a la mascota. 

Cali, Valle del Cauca

Director de Taller: José Zuleta

Un bien que me hace mal

LILIANA ETAYO CAÑAS

TRANSCURRÍA EL AÑO DE 1980. YO CURSABA TERCERO DE bachillerato (hoy día octavo); siempre, desde que inicié mis estudios, me caracterizaba por mis logros académicos, aunque mi disciplina a decir verdad no era la mejor. Vivía con mi abuela paterna y mi tía y primos; mi papá y mamá supuestamente mantenían viajando, claro que no como pareja, pues hacía tiempo que estaban separados; también vivía con dos hermanos menores. Para esta época tenía trece años aunque aparentaba más. Vivíamos en el barrio San Bosco de la ciudad de Cali, clase media. No me puedo quejar pues aparte de mi mamá y mi papá nunca me faltó nada, me refiero a las cosas materiales, porque cuando se crece sin los padres siempre hace falta el amor de ellos y su imagen, aunque se tenga la mejor abuela del mundo.

Conocí un muchacho de dieciséis años recién pasado al barrio. Venían de Popayán, pues su padre había sido trasladado a trabajar en Cali. Yo no había tenido novio, al menos no algo serio y que lo admitieran en casa. Él fue mi primer novio formal.

Mi abuela siempre me inculcó muy buenos principios. En mi barrio se reunían unos chicos en la esquina a consumir marihuana, yo les tenía algo así como miedo, su vocabulario y acciones me intimidaban, además de que el olor de lo que consumían, apestaba.

Yo los evitaba al máximo, me molestaban con piropos de no muy buen gusto, en resumidas cuentas dejaban

mucho que desear. Mi novio iba a visitarme diariamente en la noche, de siete a nueve y media; algunas veces nos hablábamos una que otra vez en el día, algo muy corto. Él estaba en primero de bachillerato, había perdido varios años, no era muy buen estudiante que digamos y estudiaba contra su voluntad. Eso yo no lo entendía muy bien, pues a mí me fascinaba aprender.

Habían transcurrido aproximadamente seis meses de nuestra relación cuando cierto día fui volteando la esquina pero por el andén del frente, ya que yo evitaba la esquina mencionada, pues allí se hacían los muchachos esos. Y me llevé una gran sorpresa al verlo ahí a él y lo que es peor, con un bareto en la boca; yo sí había notado que a veces él estaba como distraído, otra ocasión cuando lo abracé sentí un frasco en un bolsillo del *jean* que resultaron ser unas gotas para los ojos. Me dijo que tenía irritación, pero jamás pensé que era producida por la marihuana; ese día me dolió mucho su falta de sinceridad, y fue muy difícil, pues a esas alturas del paseo yo sentía que estaba enamorada. No sé quién se sorprendió más, si él o yo; cuando hablamos ese día, hice un esfuerzo sobrehumano para decirle que termináramos, que yo no compartía lo que hacía y me hacía daño su falta de sinceridad. Él trató de darme cualquier cantidad de argumentos; en fin, dejé de recibir sus visitas como durante tres días. En la casa me preguntaban qué había pasado pero yo nunca les dije la verdad. Yo lo extrañaba mucho y él seguía insistiendo, así que sintiéndome débil para renunciar a él nos contentamos. Yo pensaba ayudarlo para que se apartara de esos amigos y sobre todo de ese vicio pero no obtuve buenos resultados, por el contrario, terminé prácticamente alcahueteando su consumo, pues ya lo hacía delante de mí, y comenzó a despertarme cierta curiosidad y le preguntaba qué sentía. Él me contaba que se sentía como en una nube, que los ruidos eran más intensos y los colores más brillantes, que

si uno miraba detenidamente una hoja podía observar sus esporas.

Así transcurrió aproximadamente un mes; la pasión fue aumentando y nuestras caricias pasaban a ser más profundas, era algo nuevo para mí ya que nunca antes lo había vivido. Sintiendo esto, los dos, comenzó a proponerme que tuviéramos relaciones sexuales; a mí, al tiempo que las deseaba me daban miedo, mucha curiosidad sí, pues en el colegio varias compañeras disfrutaban ya de esto y lo describían como algo maravilloso, así que comencé a dar la posibilidad de que lo hiciéramos. Estaba por terminar el año escolar, así que nos preparábamos para presentar exámenes finales. Aprovechamos que la familia de él estaba en Popayán. Él se quedó solo con la empleada doméstica, y como en el colegio la que iba entregando el examen, iba saliendo me fui como a las ocho y media de la mañana. Después del examen de Biología, yo había quedado con él de que iba a su casa y así fue; la verdad estaba muy nerviosa. Cuando llegué nos encerramos en su cuarto: besos van, besos vienen, comenzó a despojarme de mi uniforme, y sentía una vergüenza hasta rara, porque él ya estaba desnudo y no me atrevía a mirarlo, me daba pena y miedo, nunca había visto un hombre desnudo, menos en esas circunstancias. Así que preferí que paráramos ahí; yo quería salir corriendo, pero mi sorpresa fue grande cuando vi que él se enojó y me llamó "calienta huevos". Y que yo no fuera a creer que él era bobo y prácticamente contra mi voluntad me poseyó; para mí fue traumático, vergonzoso, poco placentero, doloroso a morir. Después de esto, cuando iba a orinar me quedó ardiendo la vagina como quince días, y me sentía indignada con mis compañeras que me contaron lo que no era, indignada con él, que me forzó y no me entendió, pero sobre todo conmigo, que me dejé dominar y fui contra lo que mi abuela con tanto énfasis me había enseñado. Me juré que nunca más lo volvería a hacer. Como a eso

del mes, él comenzó a insistir de nuevo, y aún no entiendo por qué daba la posibilidad de que de pronto iba a ser mejor, yo ya estaba en vacaciones, había ocupado el primer lugar como siempre y mención de honor.

Usando artimañas, una noche que fue a visitarme, después de haberlo pensado mucho, yo misma le propuse meterlo al escondido a mi cuarto, de tal manera que pudiéramos pasar una noche entera juntos. Y lo logramos. Yo estaba muerta del susto, pero esa sensación de miedo, de inexplicable manera, me agradaba.

Estando ya en el cuarto me volvió a atacar el pánico y la vergüenza. Él tenía un bareto, salimos al patio y lo prendió, yo con lo nerviosa que estaba se me ocurrió la bestia idea de pedirle que me diera una fumada a ver si me calmaba. Aspiré un par de veces, él lo terminó y nos volvimos al cuarto, y de verdad que fue increíble, lo mejor que había vivido hasta entonces; nervios y pena desaparecieron como por arte de magia, no sentía la cama, era como suspendida en el aire, ni siquiera pena sentí, se despertó en mí una Liliana que no conocía, todo era nuevo para mí y lo que es peor, o mejor, no sé, pero era superagradable. Hicimos el amor delicioso, no me imaginé que pudiera disfrutar tanto con el sexo. Jamás creí que fuera tan ardiente y pudiera llegar a realizarme así, no imaginaba que pudiera dar tanto, que existiera ese voraz volcán dentro de mí tan desconocido hasta entonces; como es de imaginar a raíz de tan agradable experiencia, pues el consumo se volvió costumbre agradándome cada vez más. Claro que siempre lo hacía con él, y discretamente, es decir, nunca me descaré por la casa, sino que nos íbamos para la colina de San Antonio. Cierta día llegué a la casa con “la hambrienta”, sensación de hambre que causa la marihuana cuando va bajando la traba. Sentada en el comedor sentía que la comida se iba como para un profundo hueco que parecía no tener llenadero. Mi abuela me observaba detenidamente y me dijo: “Usted ahí donde está,

está enmarihuanada". Por supuesto que yo se lo negué rotundamente pero ella sabía que le mentía, bien dice el dicho, "más sabe el diablo por viejo que por diablo", pero ella nunca lo comentó a nadie en casa para evitarme un problema; al poco tiempo se quedó mirando mi muslo a la altura de la ingle, metió sus manos juntas y me dijo que yo ya no era señorita; sé que la abuela sufría con todo esto que estaba pasando, lloraba dándome consejos, los cuales a mí me entraban por un oído y me salían por el otro, pues seguía consumiendo y haciendo el amor con más y más frecuencia y sin cuidarnos. Ya estaba próxima a entrar a cursar mi cuarto año de bachiller. Mi tía, aunque no contaba con grandes cantidades de dinero, siempre me daba ropa y útiles escolares, de lo mejor. Yo iba con la lista a la Papelería Bolivariana donde trabajaba un amigo de ella y escogía todo a mi gusto, todo de muy buena calidad. Ella decía que lo merecía por mis altas calificaciones, se sentía orgullosa de mí; créanme que lo último que yo quería era defraudarla, y cuando tenía un mes de haber entrado al colegio, y cuando ya tenía todo comprado quedé en embarazo. Fue terrible, mi tía casi se muere; a mí me dio muy duro pues al principio el vómito era incontrolable, por eso se dieron cuenta tan ligero; mi abuela no hacía sino llorar y ella que siempre fue tan cariñosa, se mostraba resentida conmigo, y pues claro que todos tenían razón. Mi mamá estaba en Armenia, llamaba muy esporádicamente y, cuando la pusieron al tanto, ella se vino.

En realidad, en la casa la única que me apoyó fue mi prima Fabiola y creo que fue porque ella también había tenido su primer hijo muy joven. Claro que no tanto como yo que recientemente había cumplido catorce años y es que hace veintiséis años no era tan común como lo es hoy día, eso de que una joven quedase en embarazo; mi primo, un buen muchacho muy estudioso, para ese entonces él cursaba como tercer semestre de Ingeniería Industrial en la Univalle, era más que un hermano para mí, siempre

dispuesto a explicarme y colaborar con mis trabajos del colegio, me daba toda su confianza; gracias a él podía compartir con Juan Carlos, como se llamaba mi novio; él decía que debían confiar en mí y dejarme espacio para que hablara y saliera con mi novio; qué tristeza haberlos desilusionado así, fue un gran conflicto el que se formó en mi casa; mi papá, de pronto no lo había mencionado antes, pero era una persona de un carácter muy fuerte, y las pocas veces que iba a la casa yo temblaba de miedo. Le tenía verdadero pánico a ese señor, la relación mía con él era muy superficial; él consentía a mis hermanos pero conmigo era muy distinto, a mí me producía miedo hasta oírle la voz, otra cosa que tampoco había mencionado es que él era por así decirlo “la oveja negra” de la familia y ocurría lo mismo con mi mamá. Fue por esta razón que desde los quince días de nacida, mi tía se hizo cargo de mí, junto con la abuela, debido a la ocupada labor delictiva que ejercían mis padres, razón por la que él llevaba en ese entonces una más bien larga temporada en la cárcel, y yo iba a verlo esporádicamente. Pues bien, volviendo al tema, mi tía estaba empeñada en que la solución era el aborto pues “qué dirán los vecinos”, y que yo tampoco podía dejar de estudiar, ya que con mucho esfuerzo había entrado a ese colegio para perder el cupo, y todo lo que había hecho por mí; yo sé que en eso tenía razón, pero no estaba dispuesta a deshacerme de mi hijo bajo ninguna razón, motivo, causa o circunstancia que fuera, aunque el ogro de mi papá saliera a matarme.

Juan Carlos, mi novio, se mostró contento y reconocía su parte de la que se hacía cargo y dispuesto a responsabilizarse de todo. No fue fácil imponerse sobre la voluntad de mi tía, pero yo iba a tener mi hijo por encima de quien fuera y eso lo tenía muy claro. No cupo la duda en mí ni un solo instante, gracias a Dios, pues jamás me hubiera perdonado a mí misma una bestialidad de semejante magnitud.

Juan Carlos estaba dispuesto hasta a casarse y de hecho me lo propuso, pero no sé, yo no quería llegar a esos extremos con sólo catorce años. Estaba muy joven, creía yo, para esa decisión, era mejor, no sé, conocernos más, ver cómo nos iba viviendo juntos; en fin, los padres de él, preocupados por nuestra inexperiencia, trataron de persuadirnos diciendo que lo pensáramos bien, pero ya con un bebé engendrado no quedaba nada que pensar que no fuera tenerlo; yo estaba segura, convencida de que era la única decisión a tomar: que naciera ese pequeño que no tenía la culpa de nada y que tampoco había pedido que lo trajéramos al mundo, además no somos quién para quitar la vida a nadie menos a un ser completamente indefenso e inocente, no; mi hijo iba a nacer gustara a quien le gustara y punto.

Me retiré del colegio antes que se dieran cuenta y me expulsaran pero a mis amigas más íntimas les conté la verdad. Mantuve contacto con casi todas y de vez en cuando iban a visitarme; pasé el embarazo en mi casa, por lo delicada que estaba, y como vomitaba tanto me inyectaban Plasyf. Me aproximaba a los tres meses de embarazo cuando mi tía se apareció con unas cápsulas dizque para el vómito en un pequeño sobre que decía Quinina, aunque me extrañó la presentación de la droga igual comencé a tomarlas tres veces al día. Llevaba cuatro días consumiéndolas cuando una mañana mi prima entró a darme una colada de maizena con galletas y vio el sobre encima del nochero. De hecho le pedí que me alcanzara una pasta y cuando leyó se transformó y me preguntó que quién me había traído esa droga; Faby, mi prima, salió enfurecida para donde ella, y escuché desde mi cuarto tremendo alboroto. Mi prima le reclamaba que por qué me había dado esos abortivos que yo ya desde un principio había tomado una decisión y había que respetármela; yo, muy asustada, rompí en llanto al pensar el daño que esa droga pudiera haber causado

a mi bebé; ese mismo día llegó mi mamá, la que apoyaba a capa y espada lo que mi tía decía, y estaba en total acuerdo que el aborto era lo mejor; claro, si ella misma había intentado deshacerse de mí cuando me engendró, de esto me di cuenta mucho después, argumentaban que ahora más que nunca era necesario por la droga tomada. Me llevaron donde el médico quien inmediatamente dio una orden de un legrado obligatorio, pues el abortivo era muy fuerte, de hecho no se explicaban cómo el bebé no se me había venido ya. Además se corría el riesgo de que el bebé naciera con alguna malformación, que le faltara un miembro o algo así, no sé, pero algo en mi interior me decía que el bebé estaba bien, así que decidí que ni con orden médica iba a prescindir de mi pequeño, que iba a confiar en Dios y todo saldría bien; firmé un papel, todo correría bajo mi responsabilidad y, así, con ciertos miedos, continué con mi embarazo. Ese día cometí el error de contarle a Juan Carlos lo que había pasado sin imaginar su reacción, la cual fue violenta y recurrió a las pepas para tomar valor. Según él era la primera vez que las consumía, y todo “pepo” fue a armar tremendo escándalo a mi casa, quebró vidrios y todo. Mi primo salió y se agarró con él; fue horrible, llegó hasta la Policía y se llevó a Juan Carlos. Mi mamá me contó que le había quitado unas pepas que tenía en la mano, que él era un degenerado.

Todo mi embarazo fue muy difícil por la presión familiar tan grande que había, pero les tocó que darse al dolor ya que vieron que yo no cambiaría de manera de pensar y mi embarazo avanzaba bien, gracias a Dios. Yo iba a control y todo estaba bien; durante mi estado fueron contadas las veces que llegué a consumir; aunque me hacía falta, era controlable, y lo hacía por el niño; además, Juan Carlos tampoco lo permitía y yo sólo lo hacía con él, yo no sabía dónde comprarla y aun no me producía desespero el consumo.

Tuve mi bebé. Un precioso niño que midió cincuenta centímetros, pesó siete libras, precioso, gracias a Dios, completo. Mi papá salió de la cárcel quince días antes de que yo diera a luz, con furia y todo, y aunque en un principio pensó matar a Juan Carlos, mi Dios y la abuela lo hicieron entrar en razón, de que él era el papá y cómo lo iba a dejar huérfano si no estaba evadiendo su responsabilidad; recuerdo que antes a mi tía se le ocurrió dizque demandar a Juan Carlos, lo cual no le dio resultado, pues él también era menor de edad. Así que no pasó nada, afortunadamente.

Pasé la dieta en la casa; Faby, me cuidó y me enseñó cómo cambiar y manipular al bebé, ella ya había tenido dos hijos. Aún en la casa nadie sabía que yo consumía, sólo la abuela. Después cuando cumplí la dieta nos fuimos a vivir a casa de los suegros. Como Juan Carlos no sabía hacer nada que no fuera fumar marihuana, decidió salirse del colegio y hacer un curso de peluquería en Ivone de Aro, una academia de belleza que queda en la sexta; y puso un letrero: "Se hace corte de pelo". Yo lo modifiqué por "corte de cabello", y ahí nos conseguíamos uno que otro peso; en Popayán unos amigos de la mamá de Juan Carlos abrieron una peluquería y le consiguió puesto a Juan Carlos; mi niño ya tenía seis meses, le llamamos Carlos Eduardo.

Los dos primeros meses las cosas transcurrieron bien, aunque consumíamos marihuana no se nos había convertido en problema. El problema se presentó cuando Juan Carlos comenzó a llegar tarde, borracho y agresivo, a tratarme mal cuando le preguntaba por qué llegaba a casa a esa hora y en ese estado; yo comencé a deprimirme, y en una ocasión entre las cosas de él encontré unas pepas y de aburrida me las tomé; cierto día, cansada de que me diera el vicio sólo cuando se le pegaba la gana, lo seguí y descubrí dónde compraba las pepas y la baretá; a partir de entonces no volví a depender de él para mi consumo.

Así que todos los días, a manera de evasión me tomaba dos o tres pepas y metía marihuana. Un día, todo borracho, me dijo que estaba formando parte de prácticas homosexuales en la peluquería y se atrevió a proponerme que participara de ellas. Esto me resultó traumatizante, aunque para ser franca un día acepté y fue horrible ver lo que vi. A partir de ahí se acabó el encanto, el amor que tenía se convirtió en asco, en desprecio. Una vez llegó con un frasco de mayonesa pequeño lleno de un polvo habano y, con uno de sus amigotes de la peluquería, se pusieron a consumirlo en la pieza. Me dijo que fumara y como me negué se enojó. La verdad es que el olor me agradaba pero no probé por miedo, ya que pensaba que podía pasarme lo mismo que con la marihuana. Así que decidí salirme con el niño para que ellos se fumarán su porquería e hicieran tranquilos lo que me imagino iban a hacer. ¿Saben?, yo me sorprendo lo que puede hacer la inexperiencia en uno, a mí me hubiese sucedido eso con la experiencia que tengo ahora, era otra la actitud que habría tomado, bien pero bien distinta.

A esas alturas del partido yo ya no quería continuar viviendo con él. Yo no estaba dispuesta a seguir bajo su control. Ese día llegué y él se dio cuenta que estaba drogada; discutimos, trató de golpearme y yo me defendí y le planté una cacerola grande en la cabeza. Empaqué mis cosas y las del bebé y me vine para Cali. Afortunadamente en la casa nunca me cerraron las puertas, mi tía jamás me retiró su apoyo. Yo estaba feliz de estar con mi abuela, ella era la persona más importante y amada, de hecho la extrañaba mucho.

Como al mes de estar en la casa, una noche, se apareció la belleza de Juan Carlos. Venía huyendo, pues había hecho una embarrada en la dichosa peluquería, se había venido con una plata y un revólver y algunos implementos como secadores; me propuso que nos diéramos otra oportunidad. Yo, por supuesto, no quería, pero accedí a

escucharlo y a que viera al niño, pues la verdad lo vi bien asustado, así que no fui capaz de negarle algo de apoyo. Estábamos caminando por los lados de la Loma de la Cruz cuando aparecieron en el carro el papá, la mamá y la Policía; la mamá misma lo había entregado colaborando en la captura, así que lo detuvieron, y encontraron en su poder todas las cosas robadas, y fue llevado preso a la cárcel de San Isidro, en Popayán. Pasaron como seis meses cuando la mamá me pidió que le ayudara con unas vueltas de él, que ella no podía porque tenía que entregar una ropa, estaba llena de trabajo, pues era modista. También me dijo que para mi comodidad podía dejar el niño con ella, ellos proveían el dinero que se necesitara para viáticos y todo eso. Así que me dispuse a hacerlo aunque no me agradaba mucho la idea de separarme del niño; viajé a Popayán, me puse en contacto con el abogado, alquilé un cuarto en un hotel del centro, era jueves y por el día domingo había visita. Lo visité, de pronto un poco fría, pero es que no era para menos. Por el día lunes pensaba venirme pero había que esperar no sé qué cosa que el abogado debía definir, y no podía venirme. Ese mismo día por la noche, cuando fui a comprar marihuana donde la vendían, en el momento que se disponían a despacharme, llegó una chica muy bonita en una moto grande que iba a comprar basuco ahí mismo; comenzamos a charlar, ella me preguntó de dónde era, pues no me había visto por allá; le dije que era de Cali y estaba allá haciendo unas vueltas. Preguntó dónde me estaba quedando y se ofreció a llevarme. En el trayecto me dijo que ella vivía en un apartamento sola en un edificio y que si quería podía quedarme, había bastante espacio y por lo demás se sentía sola, y que podíamos compartirlo; la verdad no me parecía mala la idea, me aburría en el hotel. Como me cayó bien y hasta podía ahorrar-me unos pesos, acepté; sacamos mis maletas, un par que llevaba, y nos fuimos para allá. El apartamento era muy bonito y cómodo, con una buena vista, panorámica, me

pegué un buen baño y armé mi bareto; ella estaba en la sala con un plato y una cuchara midiendo la merca, pues venía granulada, y armando sus cigarrillos; noté que era uno tras otro y olía muy sabroso. Me brindó y con miedo y todo recibí; desde ese mismo instante, comenzó el peor infierno que jamás nadie pueda vivir, había entrado al vientre del demonio mismo: el basuco.

Me gustó más de lo que podía haber llegado a pensar, hasta deseché la marihuana, sólo quería fumar y fumar esos cigarrillos rellenos; se les llamaba “pistolos”, y cada vez quería más y más. Esperanza, como se llamaba mi amiga, tenía muchos amigos en Popayán de buena posición económica y todos consumían y era por grandes cantidades: platos, libras, kilos, fue así como desgracié mi vida. No volví a Cali, se me olvidó mi familia, hijo, marido..., todo. Comencé a relacionarme con esos amigos de ella, quienes se entusiasmaron mucho conmigo. Era joven y bonita aún no había cumplido diecisiete años, así que caí en el profundo abismo de la droga y la prostitución. Estuve aproximadamente dos años en Popayán, ni siquiera volví a saber de mi bebé y estaba tan entregada al cuento que ni siquiera me importaba. Jamás pensé verme atrapada por ese pulpo de la droga, mi voluntad no existía, sólo una profunda ansiedad que cada vez me exigía más y más consumo, pues imagínense llegar a vender mi cuerpo, encerrarnos las dos con varios hombres a consumir y hacer porquerías con ellos, por droga y dinero. Nos buscaban bastante y nos llamaban “Felicidad” y “Satisfacción”. Cuando volví a Cali fue entrada por salida, le di un vistazo al niño y estaba desesperada por volver. Regresé y estuve varios años más allá, como tres; Juan Carlos salió y yo no quería verlo ni en pintura, la verdad lo único de lo que quería saber era del basuco. Por esos días sucedió ese terremoto tan fuerte que dejó casi destruido Popayán, así que volví a Cali, pero ya mis perspectivas eran muy distintas; comencé a tener problemas en la casa, pues mi

drogadicción era evidente, llegaba tarde o ni llegaba. Incluso comencé a coger cosas de la casa para suministrar mi consumo, el niño se quedó con los abuelos, ya yo no añoraba tenerlo, pensaba que en mi situación, lo mejor era que estuviera con ellos, tenía todas las comodidades y lo principal: un buen ejemplo, un buen hogar que yo ya jamás le podría brindar. Me sentía débil y sin nada de ganas de dejar de consumir, antes cada vez sentía que necesitaba más y más de eso para vivir, era como el aire, como el agua: fundamental.

Comencé a formar parte de un grupo de amigos que se reunían en la Avenida Sexta Norte. Frecuentaba una taberna llamada "Amigos", frente al hotel Don Jaime. Al voltear quedaba un sitio que se llamaba "El Chuzo de Rafa", ahí conocí un señor muy agradable y muy conocido por allá, se llamaba Diego Gómez, pero le decían "Diego Basuco"; era adulto, por ahí cuarenta y cinco años, yo iba a cumplir diecinueve años. Cuando lo conocí hubo una gran química entre los dos, aunque era un señor, era muy atractivo, tenía muy buena energía y yo, aunque consumía como loca, nunca descuidé mi aspecto personal, vestía bien y era muy bonita, y gracias a Dios y a mi abuela mis buenos modales y educación daban muy buena impresión de mí, así que nos gustamos. Esa noche rumbié toda la noche con él y terminé en su apartamento en "Los Cerros", barrio Nueva Granada. Me sentía fuertemente atraída por él y su madurez me encantaba, me trataba como una reina, comenzó a llamarme "Lilo". Él no trabajaba, pues vivía de las rentas que recibía del alquiler de tres magníficas casas que tenía por la Circunvalar arrendadas a unos franceses, además de una fábrica de camisas que tenía en compañía con un hermano, y aunque la mitad de sus ingresos eran para una niña que tenía, llamada Claudia, de diez años, quedaba una muy buena cantidad con la que vivíamos cómodamente, incluyendo droga y demás. Él me daba muy buen dinero y yo llevaba cosas a la casa como mercado y

regalos, y ropa para mi niño. Me compraba ropa muy bonita y fina y me daba gusto en todo, me llevaba al salón de belleza y me trataba muy bien. Entré a estudiar de nuevo al colegio Américas Unidas, ingresé a cuarto de bachillerato. Él me pagaba todo y aunque consumía, pues con Diego no tenía necesidad de prostituirme y me iba bien, como siempre, en el colegio. En esos días me enteré de que mi mamá estaba en la cárcel y yo no sé, pero sentía pena de decirle a él la verdad, y comencé a ir a visitarla con pretextos y mentiras; en ese tiempo la cárcel (Buen Pastor) quedaba detrás del Hospital Departamental, y funcionaba con monjas; Diego vestía serio, con trajes enteros y corbata y yo lo quería ver más deportivo, y cuando comprábamos ropa le pedía que adquiriera *jeans* y camisetas, zapatillas y ropa deportiva. Decía que le había devuelto las ganas de vivir y que conmigo se sentía joven; él consumía coca y basuco y, una vez, probé la coca, un polvo blanco que se inhalaba por la nariz. La verdad no me gustó porque no me producía nada, sólo un amargo en la garganta y una moqueadera constante. Entonces, la deseché y no la seguí consumiendo; Diego tenía sus conexiones que lo surtían y le vendían en gran cantidad, tanto la coca como el basuco; con el tiempo, comenzó a hacerse amigo de las personas que yo trataba y constantemente les regalaba dinero y droga; por su parte, tenía unos amigos, una pareja, el muchacho era de una familia muy próspera de Cali, los Arboleda, al chico lo llamaban “Pato Arboleda” y a su compañera, Beatriz Tejada, le decían “La Pata”; ellos eran pincheros, esto quiere decir que se “pinchaban”, es decir, se inyectaban cocaína y él frecuentemente les regalaba; una vez íbamos a acompañar a dicha pareja a la mansión de su papá por una plata. “Pato”, “Pata” y yo estábamos “pepos”. Diego no tomaba eso, cogimos un taxi y no sé, en medio de la locura “Pato” sacó una jeringa y encuelló al taxista y a “Pata” y a mí nos dijo que lo desvalijáramos y procedimos a hacerlo. Le quitamos la plata

y estábamos sacando el pasacintas y, Diego, sorprendido, nos decía que si estábamos locos o qué; en eso pasó la Policía, el taxista pidió s.o.s y nos pillaron, llevándonos presos; nosotros, la verdad, ni sabíamos por qué habíamos hecho lo que hicimos, todo fue producto del “viaje”, no sé, el caso fue que terminamos los cuatro en la cárcel. Era la primera vez que pisaba la cárcel. Mi mamá estaba allá, ella se sorprendió mucho cuando vio que llegué y pensó que iba a una presentación que había ese día. Cuando le dije que iba en calidad de detenida y le conté lo que había pasado se puso muy triste. Afortunadamente no duramos sino quince días, Diego puso un buen abogado y como no éramos reincidentes, salimos ligero; cuando salí le conté la verdad a Diego de lo de mi mamá, se mostró muy comprensivo y me apoyó; en adelante iba a verla con todo el apoyo moral y económico que me brindaba.

Un día, Diego había salido a hacer una vuelta y yo había quedado sola echando un perico para atrás, es decir, patrasándolo, porque con amoniaco se convierte en base y se puede fumar; timbraron y cuando fui a ver de qué se trataba vi que era “El Pato”, “La Pata” y Rasputín, un artesano que también se pinchaba. Preguntaron por Diego, necesitaban que les habilitara algo de drogas. Yo los hice seguir, cosa que nunca hacía Diego, pero como estaba sola les di un toque de coca a cada uno; me preguntaron si podían hacerlo ahí y yo cometí la bestialidad de decirles que frescos, que prosiguieran. Entraron al baño, sacaron agua en un vaso y cada uno procedió a pelar sus respectivas jeringas. A mí esto me impactó muchísimo, nunca antes había visto algo ni medio parecido, prepararon sus inyecciones, mientras yo observaba y me iba fumando mi “pistolo” en total silencio; cuando el primero que encontró vena fue Rasputín, al ver que la sangre se mezclaba con el líquido de la jeringa yo sentí una sensación muy extraña, como espasmos en mi cuerpo, así como cuando uno se desarrolla, realmente superimpactante.

Al terminar pensé: “Esto tengo que sentirlo yo”, y lo mandé a la droguería a que me comprara un par de jeringas. Cuando el líquido penetró en mis venas, yo sentía como profundos, intensos orgasmos. Fue tremendo, y si creí que el basuco era lo máximo, pues no le daba a la inyección ni por los talones, era lo más fuerte, supongo que por lo que va por el torrente sanguíneo. Fue impresionante, de ahí en adelante ya no la quería soltar; a Diego lo tuve sin que se diera cuenta como quince días, pero un día le eché mucha coca a la inyección, entonces el “viaje” fue muy áspero y cuando salí por fin del baño, él me pilló, estaba muy “viajosa”, y en el lavamanos había sangre y ya mis brazos mostraban señas de varios puyones. Se puso a llorar y me rogaba que no lo hiciera, que él me quería y no quería perderme, me contó la historia de una chica que vivió con él, le decían “La Pichula” y había muerto de una sobredosis. La encontraron, o mejor, él la encontró muerta en la habitación del hotel con una jeringa en el brazo. Yo me rebeldicé y le dije que si no me dejaba inyectar me iba y él por no perderme terminó hasta comprándome las jeringas y limpiándome la sangre.

Si anteriormente había dicho que el basuco era un infierno, ya no sabría cómo describir esto de la inyección. Caía cada vez en un abismo más profundo, pero extraño, llevaba como tres meses consumiendo eso y la paré. Así transcurrió como un año en el que no lo volví a hacer; por esos días, estando aun con Diego, conocí un pelado muy joven, como de diecisiete años y me agradó. Comenzamos un romance bajo cuerda, claro que a decir verdad yo me sentía muy mal, pues con lo especial que había sido Diego no merecía eso. Entonces, no aguanté y le conté la verdad. Le pedí que me perdonara y me fui de nuevo para la casa; mi tía me dijo que cómo se me ocurría, que ese señor era muy bueno, que yo dejaba de comer carne por ruñir hueso; sin embargo, Diego iba de seguido a la casa y nos llevaba regalos a mi tía y a mí. Yo había dejado de

inyectarme hacía como un año y, con tanto conflicto, volví y cogí la jeringa como dos meses, pero la volví a dejar.

Ya llevaba como seis meses con este joven cuando hicimos un *camping* para Semana Santa. Nos fuimos con unos amigos para el Lago Calima en tres grupos. La carpa más pequeña era la de nosotros que era sólo de dos personas, él y yo; él fumaba marihuana, pero nada más. En ese paseo probé los hongos; en el lago se veían por cantidades, es un “viaje” muy chévere, relajante, uno se compenetra mucho con la naturaleza, yo había llevado baretta y basuco y Mario Alfredo, como se llamaba mi compañero, lo probó conmigo y como me pasó a mí le pasó a él, le gustó y comenzó a consumir. Yo, sin querer, le estaba haciendo mucho daño, él era joven e inexperto y se enamoró mucho de mí, y hacía todo lo que le decía. Recuerdo una ocasión en que me comentó de unas joyas que tenía su abuela y yo le dije que las cogiera, las vendimos y nos metimos una rumba hasta rara; él estudiaba y comenzó a desmejorar en su estudio, la mamá estaba en New York y le llegaron las noticias del comportamiento de su hijo. Yo sin querer hacerle más daño lo dejé y como había tanto problema en la casa por mi consumo, viajé.

Me fui para Bogotá con una amiga artesana en *auto stop*. Nos rebuscábamos con la artesanía, pronto nos relacionamos con los *hippies* de la Séptima, consumíamos pepas, marihuana y basuco, no me volví a inyectar. Conocí un chileno, Frank Ford, trabajaba muy bonito el alambre, vivimos juntos, como tres meses, pero se estaba volviendo muy intenso, celoso y posesivo. Entonces, me fui a escondidas para Cartagena, pues me tenía amenazada que si lo dejaba se cortaba las venas, y de hecho ya lo había intentado y había estado hospitalizado. Me fui con una chica que conocí en Bogotá, Rocío, mujer de un italiano, “Chico”. En Cartagena conocimos unos italianos en la playa y pasamos quince días como unas reinas, se llamaban Lucas y Andrea. Consumíamos marihuana, pepas y

basuco, pero ellos estaban sólo de temporada. Cuando se fueron quedamos de amigas del pelado que nos vendía el basuco en Bocagrande, un muchacho de veintitrés años llamado William, quien tendía unas carpas de alquiler en la playa (ese era el “paro” para el expendio del basuco) y cuidaba un restaurante abandonado donde tenía un apartamento y nos dejaba quedar ahí; al tiempo conocí en la playa un caleño, Rodrigo Polanco. Con él tomábamos pepas, con William fumábamos basuco; William, sin hacer ni el más mínimo intento, se enamoró de mí. Yo no quería tener nada con él pues quien me gustaba era Rodrigo y estaba vacilando con él; el 31 de octubre, noche de brujas, me pasó un chasco hasta raro. Estábamos consumiendo, William y yo, y comenzó a contarme su historia, muy triste por cierto, de cómo su madre lo abandonó a los cinco años de edad y le había pasado lo mismo con su mujer, que se le había ido con un hijo para EE.UU. Ahora, que se volvía a enamorar, no se sentía correspondido, me pidió que le diera una oportunidad, que él quería algo conmigo y me propuso que tuviéramos sexo. Y como yo no podía, ni quería estar con él, se montó en la cinta de que no valía la pena vivir, que se quería morir.

Todo esto pasaba a medida que consumíamos y nos tomábamos unos tragos. Yo me sentía culpable, pero me parecía que eso de querer morirse era como un chantaje y no dije ni hice nada. Sólo me limitaba a fumar, pensando que él creía que yo era boba y me le iba a comer ese cuento. Entonces, trajo las tiras con que se templaban las carpas, armó su propia horca y como a eso de las cinco de la mañana me quedé dormida. Como a las ocho, llegó Rodrigo por mí y no podía abrir la puerta, me había dejado encerrada. Cuando me desperté había basuco en el plato, papeles y picadura por todas partes. Como no podía abrir, Rodrigo forzó la puerta, ya que pensábamos que William, se encontraba, como siempre, en la playa. Entonces, entramos en el cuarto grande,

donde antes funcionaba el restaurante, y, ¡sorpresa!: ahí estaba William, ahorcado, colgando de una de las vigas del techo. Fue impresionante, yo debí haberle dado aun cuando fuera una palabra de aliento y no lo hice. En ese momento, Rodrigo me propuso que huyéramos. William había dejado una nota, escrita con mi lápiz de ceja, que decía: "Las carpas de Granahorrar son para Liliana Etayo, te amo flaca. William". En ese preciso momento pasaba una radiopatrulla, la número cinco, yo la llamé y les dije que ahí había un ahorcado. Yo ni siquiera recogí los cuerpos del delito, me detuvieron y me llevaron al F2, donde me tuvieron incomunicada durante tres días, haciéndome una cantidad de interrogatorios. Salí libre, exonerada de cargos, volví al apartamento y vendí las carpas; a William todavía lo tenían en la morgue. Con la ayuda de las personas del sector y lo que recogí de las carpas, lo enterramos; en el codo del lavamanos que no se usaba había más de una libra de basuco. Él me tenía confianza y yo sabía cuál era la caleta. Y, ni corta ni perezosa, ahí en el mismo apartamento, me la fumé con Rodrigo, y yo no sé si era el "viaje" de nosotros, pero lo escuchábamos caminar y llegamos a oír hasta la voz; un día vimos en la pared un letrero que decía: "Te amo, flaca. William", y antes no estaba. Asustada me fui de ahí y decidí volver a Cali, pero sola, sin Rodrigo, porque me estaba comenzando a enamorar y decidí perderme. Me reencontré con Mario Alfredo y nos dimos otra oportunidad. Yo llegué a la casa pero tenía problemas por mi consumo, llegaba tarde y mi tía se enfurecía argumentando que ni "Fercho", que era el hombre de la casa llegaba a esas horas; con todos los problemas que estaba creando, pues llamaron de nuevo a mi mamá. Mi tía le propuso que buscara un apartamento porque había problemas en la casa por nosotros, y digo nosotros, por mi hermano que ya tenía como quince años, y también había comenzado a fumar marihuana.

Mi tía nos dio la plata y conseguimos un apartamento en La Portada, la parte baja de Terrón, mis dos hermanos, mi mamá y yo. Para sobrevivir mi tía nos ayudaba, pero mi mamá comenzó a trabajar vendiendo droga en San Antonio y La Sexta; yo la acompañaba, y ahí me di cuenta que mi mamá también consumía, yo en ningún momento lo vi mal ni la critiqué, por el contrario, la comprendí y me gustaba trabarme con ella, la veía como una amiga. Además, mi vicio lo aprendí sola, no por mal ejemplo de ella. Como nos iba bien, comenzamos a vender droga en el apartamento y la Policía la pilló rapidito. Entonces, nos cambiamos y a mi mamá se le ocurrió la “brillante idea” que tomáramos un par de piezas en la casa de una amiga de ella, en “La olla”, barrio Sucre, calle dieciocho con carrera doce; ese sí fue el acabose, llegar a ese lugar me transformó por completo: en ese sitio la educación y mansedumbre no sirven para sobrevivir, allá rige la ley del más violento, pero nosotras éramos respetadas, pues conocían de mucho tiempo a mi mamá y a mi papá. Mi papá había sido un duro por allá, un apartamentero muy temido por su carácter y la habilidad de su trabajo; además, cuando quería ser buena gente, ayudaba a muchas personas regalándoles mercado y dinero.

Yo seguía con Mario y quedé en embarazo. Tratamos de vivir juntos, pero me hacía mucha falta el consumo. Así es que me quedé en “La olla” y él iba todos los días; para los días que quedé en embarazo había vuelto a recaer con la jeringa; esto sí me ocasionaba problemas con mi mamá, pues ella se ponía muy nerviosa y no le gustaba que lo hiciera, pero igual yo lo hacía. Desafortunadamente fue cuando más seguido en cuanto a tiempo lo hice. No hubo embarazo que impidiera dicho hábito, era impresionante. Primero sentía el bebé la reacción, que yo misma, y como a los tres meses de gestación paré, pero a los dos meses volví a hacerlo. El bebé no resistió el voltaje y se me vino antes de tiempo, nació sietemesino; por

su parte el papá era muy responsable, siendo tan joven se puso a trabajar en una fábrica de pinturas, Químicas Borden, y el dinero era para comprar las cosas del bebé; cuando nació tenía todo, incluso varios tarros de leche. Él me decía que donde su hijo naciera con algún problema por mi consumo me las iba a ver con él; como Dios es tan grande y ha tenido tanta misericordia conmigo, mi bebé nació bien, hubo cinco sietemesinos y el mío fue el único que no metieron en incubadora. Sin embargo, yo observé que el bebé con cualquier ruido saltaba, incluso sin ruidos cuando dormía saltaba. Se lo comenté al doctor y le dije la verdad del consumo en embarazo. El médico lo llevó a observación y dijo que el niño convulsionaba sin duda por la droga; había olvidado mencionar que en embarazo le cogí como fastidio al papá, no me gustaba que me tocara y me daba como asco cuando lo veía. Cuando nació el niño él había rentado una pieza para que no lo llevaríamos para “La olla”, pero las cosas con él habían perdido el encanto, y traté de llevarle la idea, pero no dio resultado. A esas alturas ya quería consumir todo el tiempo, aunque ya había parado con la jeringa, quería y necesitaba el “pistolo” en la boca a toda hora; también hice amistad en “La olla” con unos apartamenteros y me llevaron a varios negocios donde ganamos bien; allá también aprendí a escopiar, los quietos y varias actividades delincuenciales con el cual proveía mi consumo y ayudaba a mi mamá.

Claro que mi tía nunca me abandonó y continuamente me daba dinero, así supiera que era para consumir. Yo le inventaba cosas y ella se hacía la que me creía; de vez en cuando iba a la casa a ver a la abuela, persona muy amada por mí. Vivía pues en la pieza con Mario, y el niño tenía como quince días de nacido. Ese día le tocaba trasnocho a él y pues pobremente teníamos cositas. Sin embargo, desesperada por el consumo, me fui para “La olla”. Empaqué ropa del bebé, me llevé el televisor y la grabadora, los empeñé, pagué el taxi con unos pesos que yo tenía. Mi

mamá me recibió, aunque me dijo que era una locura. Al otro día como a las ocho de la mañana, llegó Mario todo transformado por lo que había hecho. Decía que no iba a dejar que su hijo creciera en esa olla y que nos íbamos ya mismo. Yo ya no quería estar con él y no me gustaba que me manipulara. Amenazó con que si no me iba se llevaba el niño. Eso me sonaba a chantaje y le dije que no iba a vivir con él a la brava y que si era tanto problema, pues que se llevara a su hijo, cosa que hizo inmediatamente sin que yo me opusiera, aunque me dio duro y casi enloquezco. Cuando fumaba, que era todo el tiempo, lo oía llorar y lo buscaba hasta debajo de las camas, creía que estaba ahí y que lo estaba escondiendo. Pese a todo esto pudo más el vicio que la razón y renuncié a mi hijo, ni siquiera lo iba a ver porque el vicio me había cogido ventaja y me sentía mal presentada para ir. Además, mantenía toda acelerada y no tenía tiempo sino para consumir y consumir: esa era mi prioridad.

En tanto, él solo se las arregló con el niño; hacía plan canguro y recurría a mujeres lactantes para que le alimentaran al bebé; el primer mes de vida le estuvieron inyectando Epamir, por lo de las convulsiones, las cuales gracias a Dios desaparecieron. Él lo llevaba para que yo lo viera y progresaba satisfactoriamente; hoy día me siento la peor de las madres, no entiendo cómo podía importarme más la droga que mi bebecito. La verdad no lo entiendo, la droga es el peor demonio que nos posesiona, convirtiéndolo a uno en una marioneta manejada por ella, todo lo que hacía era alrededor de ella, vivía y existía sólo para ella, era lo único que realmente me importaba. Entré en un profundo sentimiento de culpa, pero me sentía incapaz de remediar la situación y me refugié de nuevo en la jeringa con mayor entrega aun que antes.

Por esos días conocí un muchacho en “La olla”, el cual era muy temido por su maldad y monopolio de la gente, una de esas personas que mete una puñalada por ver salir

sangre, pero no sé, era muy apuesto y la maldad le lucía. Además, todo el mundo le temía por violento y esto a mí en lugar de aterrorizarme me atraía, me fascinaba. Pronto nos hicimos amigos, porque desde que nos vimos hubo mucha química. Alfonso era su nombre y le decían “El Loco”; me enamoré como nunca antes me había enamorado de nadie, creo que fue verdaderamente la primera vez que amaba, me entregué en cuerpo y alma; de entrada comenzamos a vivir juntos; él robaba y todo era para mí, lo amé con toda la locura y pasión que jamás hasta entonces haya sentido. De él me dejaba manipular, pero tampoco del todo porque aunque se oponía a que me inyectara, yo continuaba haciéndolo. Para ese entonces mi papá también vivía en “La olla” con una señora Nelly, y él no estaba para nada de acuerdo con que estuviéramos viviendo en ese sitio y odiaba a mi mamá por haberme llevado allí. Más adelante me di cuenta de que Alfonso había sido “alumno” de mi papá, que él le había enseñado a delinquir.

Como estaba tan poseída por la jeringa tenía los brazos muy estropeados y en una ocasión se me presentó la oportunidad y me robé tres onzas de coca pura. Como me costaba tanto trabajo canalizar vena por lo estropeadas que estaban, traté de coger venas del empeine y una vez canalizada, la perdí, yéndoseme el líquido por la piel. Ya esto me había pasado anteriormente en los brazos, causándome unos embolones grandísimos que cuando maduraban eran llenos de gran cantidad de materia y tocaba que hacerme drenar. Era impresionante la materia extraída de allí, olía peor que un muerto, y dolía hartísimo. Cuando me fui a parar el pie no me sostuvo, lo sentía como quemado y día a día comenzó a hincharse, esto fue en el pie derecho; durante esos días paré de inyectarme, pues no podía ni caminar y no tenía quién me llevara la droga a la cama, así que continué fumando. Yo con Alfonso no tenía necesidad de robar ni nada, él proveía todas mis necesidades incluyendo la droga, y nos amábamos

mucho a pesar del sitio y de lo que nos rodeaba. Hacíamos el amor con mucha entrega, pasión, no pensé que podía amar tanto, hasta la comida me la llevaba a la cama, ayudaba a que me bañara, todo me lo hacía, pagaba para que me lavaran la ropa. Todo él era muy especial y con lo malo que era, nunca fue ni agresivo, ni vulgar, al menos no hasta ese momento. Como a los cinco días yo tenía el pie que no lo aguantaba más, estaba hinchadísimo, los dedos parecían que ya me iban a estallar, no resistía el dolor, no había pañitos ni pomadas, ni pastas que me valieran; como no resistí más pedí hospital, aunque “El Loco” anteriormente me había dicho que fuéramos y yo no había querido, pero en ese momento no podía más. Tomamos un taxi y me llevaron por urgencias a Cañaveralejo.

Cuando los médicos me vieron ese pie se quedaron aterrados. Yo, para no ponerlos a voltear, les conté la verdad de cómo había pasado, y de inmediato me remitieron al H.U.V. (Hospital Universitario del Valle). Allá me diagnosticaron una flebitis glucosa, y como resulté alérgica al antibiótico, complicaba la situación, pues había que atacar la infección. Los doctores dijeron que donde me hubiera demorado un solo día más me habrían tenido que amputar el pie, pues sólo faltaba uno para que me picara gangrena, y pidieron una droga llamada Fortune, que era la que reemplazaba el antibiótico la cual, además de cara, cincuenta mil pesos cada ampolla, estaba muy escasa y había que ponerla antes de veinticuatro horas.

En Cali no la consiguieron y “El Loco” se las arregló y la enviaron de Bogotá. Estuve casi un mes en el hospital, esperando que eso madurara para que me pudieran operar. La operación se llamaba “debridamiento de piel”, para ese entonces se aproximaban las fiestas decembrinas. La verdad lo que viví con el pie fue un dolor más terrible que ni el de parir, me movilizaba en silla de ruedas pues no podía caminar. Me remitieron a Unidad de Salud Mental y me trataba un médico muy especial, el doctor Mauricio

Murcillo, muy profesional y con quien entablé una muy buena relación. Él se mostraba muy interesado en mi caso por su peculiaridad. Lo que más difícil resultó fue parar con el consumo, para esto me trataban con una droga americana para la ansiedad, me tenían en constante observación; mi abuela y mi mamá me visitaban, al “Loco” no lo dejaban entrar porque mantenía borracho, ese era su punto débil, el licor, pues tomaba a toda hora, la droga la controlaba mucho más, pues no fumaba casi de día, por lo general lo hacía en la noche. Llegó en varias ocasiones a armar escándalo en el hospital, y una vez hasta agredió al guarda y lo llevaron detenido. Yo extrañaba mucho que nunca mi papá iba, o no extrañaba, pero sí anhelaba su presencia. Me preguntaba por qué era tan cruel conmigo, y me llevé una gran sorpresa cuando comenté esto con el médico y él me dijo que me iba a contar un secreto: que mi papá iba todos los días a la hora de la siesta, y me veía dormida y hablaba con él sobre mi estado, y le había pedido el favor de que no me fuera a decir nada, su orgullo no le permitía demostrar amor; el doctor todos los días hablaba conmigo, cuando pasaba tomando la presión, se detenía en mi cama a charlar y charlar y, a lo último, hasta se le estaba pegando mi manera de hablar. Me pesaba casi todos los días para que notara mi progreso sin consumo y me ponía frente al espejo dizque para que viera cómo era de bonita. Me decía que era muy inteligente, que tenía un gran potencial que bien encauzado sería muy útil, me daba cualquier cantidad de argumentos para subir mi autoestima. También me contó que mi papá era el que estaba pasando todo. Ya cumplido el ciclo pre-operatorio, me prepararon para ingresar a cirugía; cuando salí me sentía muy adolorida, al día siguiente cuando me fueron a hacer curación, casi enloquezco cuando me destaparon ese pie y vi tremendo hueco; entré en *shock*, me tuvieron que inyectar y hasta ponerme camisa de fuerza. Gritaba que había sido mejor que me lo hubieran cortado, es que el hueco era impresionante,

se veía hasta el hueso del tobillo. En fin, fue algo muy impactante, había que hacerme otra cirugía, injerto de piel para que no quedara cicatriz, pero había que esperar que ese hueco rellenara, que quedara a nivel, para lo cual me echaban panela raspada. La curación diaria era superdolorosa, y a eso del 29 de diciembre no aguanté la ansiedad y estaba a punto de tirarme por una ventana. Hablé con los doctores y exigí que me dieran de alta si no iba a terminar tirándome; autorizaron mi salida con dos condiciones: primera, que firmara que corría bajo mi responsabilidad y, segunda, que asistiría a diario a curaciones en el hospital cercano donde vivía. Y hubo una tercera, que el 7 de enero ingresara para la cirugía de injerto y comenzar con las terapias para que el pie tuviera flexibilidad; salí inmediatamente a consumir.

Alfonso a diario me acompañaba a curación, contra mi voluntad, por supuesto, pero él me chantajeaba con que si no íbamos no me daba traba. Él mismo me lavaba las vendas y todo, pero no volví a la cirugía del injerto ni a las terapias. Dios, tan bueno como siempre, no permitió que quedara cojeando aunque sí me quedó una cicatriz muy grande en todo el pie. Por esos días tuvimos una fuerte discusión porque yo continuaba inyectándome, y como me cortó los servicios comencé a robar de quieto con una amiga de por allá. Como a los dos meses caí a la cárcel por hurto, pero a los tres meses salí en libertad. Por esos días mataron a mi papá, quien hacía poco ya me había amenazado con que si seguía inyectándome, él mismo se encargaba de volarme la tapa de los sesos; con el pavor que yo le tenía pues desistí de hacerlo; como presintiendo que iba a morir ese día, habló conmigo, diciéndome que me quería mucho aunque no lo sabía demostrar y que de pronto más que a cualquiera de sus hijos, porque era la más loca y orgullosa.

A mí me dolió mucho la muerte de mi papá aunque nuestra relación no fuera la mejor. Era el primer ser

querido que yo perdía; como la abuela estaba tan enferma no le dijeron nada, él estaba próximo a irse para EE.UU. donde un hermano que tenía allá; recientemente había hecho un negocio y se habían traído una plata en dólares. Entonces planeaba irse, cuando lo mataron el 6 de febrero. Fue duro. Las cosas con “El Loco” se arreglaron, yo sentía que sin él no podía vivir, era fundamental, y a los pocos días quedé en embarazo; a esas alturas vivíamos junto con mi mamá y mi hermano, mi hermana menor hacía varios años que se había ido para Buenaventura, radicándose allá, y vinieron unos hermanos de Buga: Clara y Luis, mayores que yo, hijos de mi mamá, de su primera unión. Mi hermano Luis llegó con dos niñas, pues su mujer lo había abandonado.

Nosotros vivíamos en una casa que había sido sellada y “El Loco” la bravió, es decir, rompió la cadena, dañó el candado y se posesionó. Claro que le tocó que pararse porque personas braveras, como jíbaros, querían quedarse con ella, pero nadie se había atrevido a hacer lo que hizo “El Loco”. Así que él se paró duro, como siempre, y al fin y al cabo nos quedamos con la casa, despertando envidia y rabia en muchas personas. Ahí en esa casa fue engendrada mi bebé, una niña. Yo no volví a inyectarme, todo el embarazo lo pasé sin hacerlo, pero consumía todo el tiempo. Recuerdo que el día que me cogieron los dolores fue cuando más fumé; mi mamá y “El Loco” decían que nos fuéramos para el hospital, pero yo ya sabía en qué momento debía hacerlo. Hubo una contracción y ahí sí dije, me voy. Casi tengo la niña en el taxi.

Al llegar, me entraron ligero e inmediatamente parí una preciosa muñeca. Yo quería una nena, porque ya tenía dos hombres, faltaba la bebida. Aunque nació muy pequeñita y muy baja de peso era linda su carita, tenía muy bien definidos los rasgos, no nació hinchada como todos los bebés, era muy pulidita. Cuando me fui para el hospital, llevaba diez cosas encima y después de tener la

bebé, fui a bañarme, y en el baño mismo me los fumé. Yo hablé con el doctor para que me operaran, porque no quería tener más hijos. Él me dijo que estaba muy joven y sólo tenía tres hijos, pero yo le expliqué que era una drogadicta irresponsable, que si quería podía mirar mi historia, y lo comprobó, y dio la orden para que me cauterizaran las trompas. Me dieron de alta pero yo no me quise ir hasta no estar operada, pues yo sabía que si salía no volvería. Y así fue, hasta que me operaron no salí. Estaba feliz, esa bebida me había movido el piso, me tenía encantada, no sé si porque era mujer, o porque era de “El Loco”, que lo amaba tanto. Entonces, nos fuimos a vivir en la casa de Alfonso para no tener la niña en ese lugar, porque había mucha droga y peligro, pero como a los quince días tuve un problema en casa de él con uno de sus hermanos, pues se estaba comiendo la leche de la niña. Yo casi no le daba seno porque como mantenía trabada imaginaba que esa leche estaba contaminada; también encontré unos vellos en el jabón de la bebé y discutí con ellos. Alfonso sacó la cara por su familia, así que cogí las cosas de la bebé y mías, y me fui. Alfonso creía que yo lo iba a buscar por necesidad para cosas de la niña y pues no, si yo me había rebuscado para vicio, pues ahora lo iba a hacer para las dos cosas: mi hija y el vicio.

En una ocasión, fue como a la semana y le dije que registráramos la niña, y quedó de que lo hiciéramos en tres días y me dejó metida; después regresó y volví y le dije, y nada. Así es que yo registré la niña con mis apellidos y no le dije más nada; cuando fue a que la registráramos y se dio cuenta, casi le da un infarto y se enojó mucho conmigo; pero yo no le iba a rogar por un pinche apellido.

A los días fue a decirme que sin nosotros no podía vivir y volvió. El quería mucho la niña, muchas veces la cuidaba hasta más que yo. Yo me levantaba tarde y él ya le había dado *tete* y la había bañado, en fin, todo. Igual seguíamos consumiendo, yo había parado con la jeringa

pero volví a recaer y fue duro, pues durante seis meses me tuvieron como dos veces en el hospital por sobredosis, debatiéndome entre la vida y la muerte; ni mi mamá ni “El Loco” podían tratar la situación pues yo pasaba por encima de todo lo que me dijeran. Hubo un tiempo que no me dejaban ni tocar la niña que porque yo en ese “viaje” que mantenía era peligrosa, y aunque yo amaba a Alfonso, todo el tiempo que viví con él fue una constante zozobra, pues no era fácil pensando uno a qué horas lo cogen, lo matan, o quién sabe qué y no es que fuera negativa, no, era realista. Mi mamá comenzó a sentirse mal, le dolían mucho los riñones y a veces le costaba trabajo orinar. A veces hasta había que llevarla al hospital a que la sondearan. El médico dijo que era una infección renal y cálculos.

La niña tenía como cuatro meses cuando pasó algo terrible: como en esa casa no había energía nos alumbrábamos con vela, y Karina, como le puse a la bebé, se acostumbró a dormir a la luz de la vela; esa noche Alfonso se acostó todo alicorado y es que ya no tomaba aguardiente, sino alcohol, porque esa era su mayor debilidad, el licor. Las cosas entre nosotros no iban muy bien por lo de la jeringa, en fin, yo tenía planeado que a como se durmiera me iba para mi calle, a conseguirme lo mío como fuera, porque después que no fuera de lesbiana o sapa, ahí estaba yo. Cometí una gran torpeza, puse la vela sobre el desodorante de “El Loco”, la vela se acabó y como el desodorante es irritante, pues se armó la quemazón, un incendio hasta raro. Dios tan misericordioso como siempre me protegió mi niña. “El Loco” la sacó de en medio de las llamas gigantescas, pero alcanzó a quemarse un piecito, la espalda y la cabecita a la altura del cráneo. Yo llegué como a las cuatro y media de la mañana y no sabía, por supuesto, lo que había pasado. Traía buena plata, ya había separado para comprar leche, pañales, fruta y lo de mi mamá. Con el resto divinamente podía fumar un buen rato; cuando venía de comprar las cosas, vi a mi mamá

sentada en el andén, lloraba y decía, “la niña, la niña”. Yo pensé que era que “El Loco” se me la había llevado, pero cuando vi todo quemado casi me muero, salí como loca para el hospital San Juan de Dios, allá me remitieron para el Club Noel, y de allá, después de ver la lista de ingresos, me enviaron al Departamental. Ahí la encontré en “Urgencias Cuidados Intensivos”. Alfonso estaba iracundo conmigo. Me culpaba por completo de lo que había pasado, de ahí en adelante nuestra relación se convirtió en un infierno; la niña estuvo como un mes en el cuarto piso Unidad de Quemados; la verdad, yo me sentía muy mal y culpable por lo que había pasado. Lo último que hubiera deseado fuera que le pasara algo a mi nena, yo la amaba, esa niña me movía el piso como ninguno de mis hijos, en mis planes no estaba dejarla nunca como a los otros, yo juraba que siempre iba a estar conmigo y bajo ninguna circunstancia pensaba apartarme de ella. Alfonso se volvió grosero conmigo y, lo que es peor, mantenía diciéndole a la niña que lo que había pasado era por mí y le señalaba las cicatrices diciéndole: “Esto fue por su mamá, ella no la quiere”. Además, le enseñaba cosas, como dañar las muñecas, en otras palabras todo su resentimiento y maldad se la transmitía y aunque fuera cierto que yo había tenido algo de culpa, no era verdad que yo no quisiera a mi pequeña y él la quería convertir en mi enemiga, eso estaba mal y le iba a hacer daño a la nena.

Con esas cosas le comencé a coger fastidio. En una pelea que tuvimos, aunque él era grosero pero no me pegaba, yo lo agredí con una zapatera, ocasionándole una grave herida en el rostro, en un ojo, el que casi pierde. Estuvo como un mes en el hospital pero no perdió el ojo. Después de eso seguíamos viviendo juntos, pero no teníamos sexo ni nada. Ya a mí me daba miedo, porque pensaba a qué horas me iba a encender a puñaladas. Yo ya no dependía económicamente de él, mi plata me la conseguía, y aunque mantenía amenazándome por mis

salidas de noche, por encima de él me iba y que hiciera lo que quisiera. Mientras tanto, mi mamá seguía de mal en peor. La droga no le servía para nada, le mandaron algunos exámenes y los resultados no mostraban nada, todo era muy extraño; por esos días volví a coger la jeringa y tuve una fuerte sobredosis. Fui recluida para extraerme un líquido que tenía en una laguna que presentaba el pulmón izquierdo. En el hospital yo no hacía sino pensar en Karina; mi mamá, además de estar enferma, mantenía ocupada en su consumo y venta de droga, y Alfonso mantenía alcoholizado, era más lo que lo cuidaba Karina, que lo que él hacía ya por la niña. Yo llegué a escaparme un par de veces del hospital y le daba vuelta a la niña y conseguía algo de droga, la cual me la aplicaba en el mismo hospital. El doctor me dijo que así no podía ayudarme, ya que cada vez que me inyectaba, echaba a perder todo lo que él había hecho y, además, el hospital no era un hotel para que yo entrara y saliera cuando se me pegaba la gana.

Yo mantenía muy preocupada por Karina, así que llamé a la casa para que mi tía me tuviera a la niña, mientras estaba en el hospital. Mi tía siempre me colaboró económicamente, cada mes me daba lo de una supuesta pieza que yo pagaba en el barrio San Bosco y, mensualmente, me daba un mercado y ropa y cosas para la niña; mi tía la quería mucho, contrario a lo que pasó con mis otros hijos. Me dijo que claro que le dijera a mi mamá que cogiera un taxi y la llevara; a los dos días llamé y nada; yo, en mi angustia, me vi obligada a contarle la verdad a mi tía, que no vivía en San Bosco sino en "La olla". Le di la dirección y ella fue en taxi y encontró la niña en la esquina, donde mantenía mi mamá vendiendo, pero en compañía de un poco de muchachitos; mi tía no la reconoció, fue la niña quien se le arrimó y le halaba el vestido. Mi tía cuenta que la encontró en las peores condiciones; sólo tenía puesto el pañal, estaba descalza, sin camisita, y cargaba un *tete* que se caía de mugre y estaba vacío, y el

pañal emparamado; en ese mismo instante mi mamá salió de la casa de la esquina que era de un amigo de ella. Venía de trabarse y le había pedido el favor a una señora que estaba en el andén que le echara ojito a la niña. Mi tía dijo que era el colmo que tuvieran la niña así y en ese sitio. Mi mamá la acompañó a un taxi, y mi tía me contó que se bajó en el Éxito de Imbanaco, cerca donde ella vivía, El Lido, y le compró de todo porque ella no quiso llevar nada de lo que mi mamá le pasó. Compró *tete*, leche, ropa, juguetes, de todo; al principio le tocó duro, un poco más adelante, como a la semana, me la llevó al hospital. Estaba transformada, parecía una reina mi bebita toda bien vestida, con aretes y cadena, moñitos en el pelo: ¡preciosa mi niña! Desde ese momento se quedó con mi tía y aunque yo no quería dejarla, separarme de ella me dolía mucho, pero tampoco podía privarla de las comodidades que tenía en la casa, la protección y estabilidad que mi tía le brindaba yo no se la podía dar.

Cuando cumplió el año la bautizaron y le hicieron fiesta; “Fercho”, mi primo, fue el padrino junto con su novia, una muchacha que le arreglaba las uñas a mi tía hacía tiempo. Cuando salí del hospital ya con “El Loco” no pasaba nada. Me dediqué a inyectarme e inyectarme, ya sin mi hija no tenía nada que perder. En un período de un año estuve varias veces en el hospital, debatiéndome entre la vida y la muerte por sobredosis. Había entrado en una etapa en que no me importaba nada, mi mamá seguía de mal en peor; en una biopsia que le hicieron le encontraron una masa en el abdomen pero no podían decir con exactitud qué era. Ella me rogaba que dejara de inyectarme y lo hice, pero no aguanté sino como quince días; ella estaba tan mal que ya no consumía; la remitieron para el Departamental y aunque mi tía nos colaboraba mucho, no había plata que alcanzara; debo aclarar que mi papá dejó un dinero que mi hermano y yo no quisimos pelear, al igual que una casa, un taxi y unas armas; ¿saben?,

yo pensaba que si él, vivo, no nos tuvo voluntad no teníamos para qué pelear nada. Otros hijos que tuvo con otro par de mujeres cayeron como gavilanes encima de todo, sin nosotros oponernos para nada. Sabíamos quién lo había matado y yo sentía mucho odio por esa persona, constantemente pensaba en matarlo pero de a poco, pedazo a pedazo, torturarlo yo misma para que supiera por qué moría.

A mi mamá le ordenaron un TAC abdominal. Costaba doscientos setenta mil pesos y nosotros no teníamos esa plata; mi hermano, desesperado, salió a robar, con tan mala suerte que lo cogieron y fue a parar a Villanueva; al poco tiempo logramos sacarle el examen a mi mamá. El doctor Murcillo, el que me atendió para lo del pie, nos colaboró mucho; cuando iba a visitar a mi mamá ella siempre me preguntaba por mi hermano, ellos dos se querían mucho, él era su hijo preferido, y Jorge la quería bastante; yo sacaba mil excusas para que no se diera cuenta de lo que había pasado, le diagnosticaron cáncer, ya muy avanzado, se le había estrangulado esa masa cancerosa y cada pedacito afectaba un miembro: hígado, páncreas, todo, se la estaba comiendo por dentro. El 20 de diciembre murió; fue muy duro, me tocó que entrar al anfiteatro, mi tía nos ayudó con lo del entierro, pero vinieron dos hermanos más que tenía en Buga, hijos de ella, y ya tenían todo preparado allá, así que se la llevaron para sepultarla. Yo me quedé a ver si hacía las vueltas para que dejaran ir a mi hermano al entierro, lo cual no fue posible, pues era todavía sindicado y no condenado. Yo ni sabía cómo contarle lo que había pasado, pues él me la había encargado mucho; viajé a Buga y la enterramos.

De ahí en adelante sí que fue cierto que me desaté: me inyectaba todo el tiempo, ya ni tenía venas en los brazos, comencé a cogerme las de las piernas y, para colmo de males, a los dos meses murió lo más amado: mi abuela. Fueron dos golpes seguidos, mi viejita linda, ya yo no

era nada ni nadie, mi cuidado personal no me importaba, ya no me preocupaba ni por bañarme, lo único que me interesaba era la jeringa. Llegué a arrastrarme por el suelo, pues cuando me inyectaba mal, me salían unos forúnculos que no me dejaban ni caminar. Donde mis dos hijos no volví, en ese estado que iba a ir allá, causaba lástima verme. Mi tía sufría mucho cuando iba a la casa, ni con la niña me veía para que no me viera así; un día que fui, la niña estaba en el jardín jugando con unos niños, y los niños cuando me vieron salieron corriendo y gritaban: “una loca, una loca”. Karina sintió miedo y no quiso que me arrimara. Eso es muy tenaz, sentir uno que todo el mundo lo rechaza y lo miran como un animal raro. Alfonso se había ido a vivir a su casa, yo había quedado en el lote con mis hermanos, los hijos de mi mamá, la casa se había caído y estaba convertida en un lote. Habíamos hecho cambuches improvisados y dejábamos entrar gente a consumir, claro que pagaban. Mi hermano fue condenado a tres años.

Volví al hospital por otra sobredosis, me dieron carne de farmacodependencia, esto quería decir que yo portaba un permiso que me daba vía libre de consumo. También me encontraron un soplo en el corazón y me dijeron que médicamente no se explicaban mi circulación, pues tenía las venas trombosadas, vivía de milagro. Transcurrieron casi tres años donde yo me inyectaba todos los días, a toda hora, dormía cada cinco o seis días, cuando el organismo no me daba para más. Había un señor que iba al lote a trabarse y se fue para un centro de restauración. Él me decía, cuando volvió todo juicioso, que me fuera para algún sitio que él me ayudaba, pero yo no quería saber nada de restauración. La última vez que estuve en la cárcel salí con presentaciones y como no me volví a presentar, figuraba como reo ausente y ordenaron mi captura; una tortura más, cada vez que me inyectaba oía que la Policía preguntaba por mí, me escondía debajo de las camas,

ya no sabía dónde meterme. ¿Saben?, yo comencé como a retar a Dios, yo le decía que si en verdad existía por qué no me llevaba, que yo no quería vivir más, o que me sacara de ese infierno, de ese abismo tan profundo donde me encontraba completamente sumida. Iba y me paraba en la puerta del hospital a pedir que me ayudaran para una curación, y pelaba esas chácaras que tenía en brazos y piernas y a cual más me daba dinero, y yo todo lo invertía en coca, pues ya ni basuco consumía. Incluso había droguerías donde ya ni las jeringas me vendían porque sabían para qué eran.

Sufría por parte de la sociedad el físico desprecio, hasta de los supuestos amigos pues temían de mi reacción en el “viaje”, y estaba tan mal que ya no podía ni prostituirme. Había tocado el fondo más profundo que alguien pueda tocar en la droga; en “La olla”, cuando yo llegaba y pelaba mi jeringa, todo el mundo se abría, hasta el más basuquero y desechable me huía, y mantenía en mi cuerpo un constante olor a sangre. Así que ya no me quedaba sino retacar y lo que mi tía me daba.

Sobra contar que donde mis hijos no volví, pues no quería que me vieran en ese estado tan lastimero.

Ya no tenía ni venas donde mandarme la droga, sentía que no valía nada, y comenzó a entrarme o salirme, no sé, un espíritu de suicidio hasta raro, lo que más me mortificaba era que sufría mucho para pescarme una vena. Después de más de diez intentos, yo hacía un completo ritual al demonio, pues en mi desesperación por lograrlo, lo evocaba pidiéndole ayuda para encontrar una vena. Una vez se me apareció, fue muy claro, yo estaba metida en un cambuche en el lote y llevaba más de media hora intentando canalizar vena, y nada; yo sentía cierta alergia, digámoslo así, por los gatos, me parecían demoníacos; en esos momentos entró al cambuche un gato, y yo como cosa rara no lo eché. Se sentó a mi lado con mucha confianza, lo miré y le dije: diablo desgraciado, demostráme

que sos vos y tu poder dándome una vena. Y apenas hice el intento cogí la vena, siendo que llevaba más de media hora intentando y chuzándome y nada. Cuando cogí la vena miré al gato y se reía, y los ojos eran dos bolas de fuego y se esfumó. Después tuve dos experiencias similares: por esos días murió un hermano, hijo de mi mamá, el papá de las niñas; fui al velorio. Un hermano, el mismo que enterró a mi mamá vino por él y lo enterraron en Buga, y no fui, porque estaba muy poseída para renunciar un solo día a mi droga.

A estas alturas ya mis piernas también estaban vueltas nada, hasta hoy día tengo grandes cicatrices. Sé que sólo por la misericordia de Dios estoy viva narrando esta historia; ya prácticamente tocaba desnudarme para inyectarme, cogía un poco más arriba de la ingle, a la altura de la pelvis, cogía la aorta, es su nacimiento; por esos días comencé a encontrarme por todos lados gente cristiana que me daban tratados bíblicos y me decían que Cristo me amaba y me podía ayudar. Yo comencé a leerlos en medio de mi "viaje". La verdad, en mi cabeza daba vueltas y vueltas la palabra muerte, no le encontraba ningún sentido a la vida y ya sin tener por dónde mandarme la droga porque ni venas tenía, estaba hecha un despojo humano. En "La olla" decían que yo tenía Sida, y en mi mente sólo había una meta: morir, pero no me consideraba capaz de tomarme un veneno o tirarme de un edificio o tirármele al tren. Francamente pensé varias veces en estas tres cosas pero me quedaban grandes, y la única manera era hacerlo en mi propia ley, o sea una sobredosis. Estaba decidido, moriría de una sobredosis, me fui a la notaría donde trabajaba mi tía que, por cierto, le hacía pasar vergüenzas por mi estado, le dije que me diera para un examen del Sida, lo cual era una de tantas mentiras para sacarle plata. A ella le impresionaba mucho el estado de mis brazos. Días después yo le dije que tenía Sida, ¡qué mentira grande! Y ella sufrió mucho cuando se

lo dije, le dije también que me iba a internar en un hospital de Bogotá, único para personas de esa problemática, que la mensualidad costaba ciento cincuenta mil pesos, y el transporte también. Me alistó dos maletas con cosas de uso personal, ropa y sábanas, me pidió que le firmara papeles donde le entregaba la niña, cosa que no hice, y no sé exactamente por qué, si lo que yo planeaba era morir. Mi tía sufría mucho con todo esto, siempre había demostrado un amor maternal hacia mí, incluso más que el que tenía hacia mis dos hermanos, siendo que igual ella los crió, junto con la abuela. En fin, compré treinta bolsas de cocaína y veinticuatro jeringas, doce de insulina y doce de dos centímetros, aguja larga. Y pagué cinco días de habitación en el hotel La Diecinueve.

Al principio, me inyectaba mesuradamente, preparándome para el final, y cuando hubiera consumido bastante, ahí sí me prepararía la más fuerte, la que causara mi muerte; no sé exactamente qué tiempo transcurrió pues perdía la noción del tiempo, sólo sé que no hacía nada más que inyectarme. Me dieron muchos ataques, recuerdo que desperté de uno de ellos tirada en el suelo del baño, sin saber quién era, qué tiempo llevaba ahí, en dónde estaba, nada. Incluso no sabía si estaba viva o si esa era ya la muerte, lo que sí sabía era que me estaba inyectando; por lo general sacaba cuatro inyecciones de una bolsa y preparé una inyección con más de media bolsa y no moría. Era desesperante no morir cuando era lo único que deseaba; primero acabé con la droga, salí, y vendí las cosas que mi tía me había empacado. Volví a mercar y me volví a encerrar. Ahí me di cuenta que todavía tenía dos días pago, o sea que habían transcurrido tres días cuando ya no me quedaban sino dos bolsas; yo recordaba haber guardado otra bolsa con un poquito y comencé a buscarla y, en la búsqueda, lo que encontré fue un tratado de un Centro de Restauración que quedaba en las afueras de Felidia. Se llamaba “Ser Uno” y trabajaban con teoterapia;

en medio de mi angustia lo leí, estaba arrugado y untado de sangre. Entonces, se me prendió un bombillo en la mente y pensé: si no pude morir con todo lo que he hecho, pues me iré para este lugar, y aunque me quedaban dos bolsas no hice uso de ellas, pues si las terminaba sabía que no iría; empaqué en un pequeño bolso lo poco que me quedaba y salí pidiendo que me reintegraran el día que estaba pago, a lo cual me dijeron que no, pues ya estaba registrado en caja y no hacían devoluciones; como no me quedaba un peso, debía conseguir el pasaje, no valía sino mil doscientos pesos. En el tratado todo estaba muy claro, desde dónde debía abordar el bus hasta un mapa para llegar al sitio. Eran como las cinco y media de la tarde.

En el parqueadero de las chivas comencé a pedir colaboración para el transporte. Ya estaba desesperada por inyectarme de nuevo, y estuve a punto de meterme al baño a hacerlo pero sabía que entonces no me iría y era el último bus. Salía a las seis y cuarenta y cinco de la tarde, así es que hice un esfuerzo sobrehumano y me contuve, pensaba hacerlo cuando llegara; en medio de la gente que iba a viajar, había un señor de traje entero que me dijo que él me pagaba el pasaje. Con lo que yo había reunido fui a la droguería y compré dos jeringas. Al abordar el bus el señor ya tenía dos puestos, el de él y el mío; entablamos conversación, a mí me daba la impresión de haberlo visto antes; me contó que era pastor de la Iglesia Cristiana de Felidia y había ministrado anteriormente a nivel carcelario. Ahí me di cuenta dónde lo había visto; como me inspiró confianza, le conté mi problema. Él me había dicho que me mostraba dónde bajarme pero cuando supo mi problemática dijo que me llevaría personalmente; el bus tardó por ahí cuarenta y cinco minutos hasta donde teníamos que bajarnos. De extraña manera nos bajamos antes y digo extraña, pues el pastor mismo me explicaba que no entendía por qué, pues él se conocía esos caminos de memoria. Yo me bajé y me moría de ansiedad por

“chutearme”. No lo hice ahí mismo porque como ya había caído la noche eso parecía la boca de un lobo: superoscuro; por ahí mismo comenzó a llover, yo iba superagotada por el ajetreo último que había tenido al igual que adolorida. No consentía nada con mis brazos y piernas, y solamente me tocaba el seno para tantear mis bolsas y el bolsillo de la chaqueta para cerciorarme de que iban las jeringas; hacía algunos días que le habían sacado los restos a mi mamá y yo por andar en mis vueltas no fui. Eso me dejó como traumatizada, caía agua por montones, íbamos pasando una casaquinta y cuando volteé a mirar al lado de las rejas había, lo vi claramente, un ataúd con una calavera que se reía, me impresionó tanto que estallé en llanto y decía que no daba un paso más a menos que fuera para devolverme. Yo relacionaba lo visto con los restos de mi mamá, y no puedo decir que fue un “viaje”, pues yo ya llevaba como tres horas sin hacerlo. Había unos perros que comenzaron a aullar de forma impresionante. Al pastor también le impactó esto y dijo que era el demonio que estaba tratando de impedir que llegáramos, y comenzó a orar, me decía que también lo hiciera pero no podía. Hubo un momento en que lo volteé a mirar y le veía la cara toda transformada y pensé: si había demonio ahí, era él; no salí corriendo porque me había tomado de un brazo y porque no tenía nada de fuerzas para hacerlo. Logramos pasar ese pedazo y, luego de un rato, ya me fui tranquilizando y dejé de llorar. Habíamos avanzado unos diez minutos, cuando venía un campesino con una caja y un paraguas; el pastor le dijo que estábamos perdidos, que íbamos para “Ser Uno” y que si nos podía ayudar. Dijo que con gusto, porque él iba un poco más allá; el barro nos daba hasta los tobillos y yo casi no podía dar paso. Llegó un momento en que quedé clavada en un barrizal y el pastor seguía orando. Yo me negué a continuar, no tenía fuerza, y lo único que anhelaba era un hilito de luz para poder inyectarme.

El pastor volvió y me animó para que orara; me dijo, repita conmigo: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece", y lo hice, repetí, y fue como si hubiera sido una fórmula mágica: comencé a sentir un calor de la cabeza hacia abajo, yo, que estaba muerta de frío y cansancio, de un momento a otro, como si no fuera yo, saqué las bolsas de perica, y dije: "Pastor esto es lo que no me deja caminar"; él respondió: "Dios mío, venga boto eso". Yo le dije que eso lo botaba yo y las destapé y eché el polvo al viento y la lluvia, y saqué las jeringas y las partí tirándolas lo más lejos posible. Inmediatamente vi todo claro, pude salir del barrizal y la lluvia que antes me quemaba ahora parecía acariciar, todo fue muy ligero, cuestión de segundos. Cuando volví en mí, casi me muero de saber que había tirado mi dosis. Lloré y me preguntaba: "¿yo qué hice?, sin eso no puedo vivir"; él me decía que tranquila y que no oyera ninguna voz de mi mente, que era el enemigo malo tratando de devolverme. Con mis fuerzas raramente renovadas continuamos, pero siempre en mi interior trataba de levantarse algún argumento para hacerme devolver, que si sí me recibirán, que qué pena llegar allá como estaba yo de mal, en fin, cantidad de cosas pero a pesar de todo continuamos. Como a los cuarenta minutos de camino, llegamos. Ya eran más de las nueve, creo yo; los perros ladraban, todo estaba muy oscuro. El pastor comenzó a gritar en la puerta: "¡Hermano Cela, hermano Cela, soy yo el pastor Gallón, ábranos por favor!". Vi que un señor venía con una linterna y quitó un candado diciendo: "Buenas noches, pastor, siga, siga". A como pasamos la puerta, la luz que se había ido, llegó. Recuerdo que Cela dijo: "Esta mujer va a ser bendición, la luz llegó a como atravesó la puerta, ella va a ser luz".

Llamó a una puerta del fondo a una muchacha, "Patricia, Patricia, levántese a hervir agua para un café que llegó gente", y cuál no sería mi sorpresa al ver que la chica que llamaban era una amiga de hace años, también

amiga de mi mamá: Patricia Hincapié; Cela, el director del Centro, era un hombre entrado en años, de una familia española, muy inteligente, con mucho conocimiento en cuanto a droga se refiere, pues estuvo veinticinco años en la drogadicción; el sitio donde estaba el Centro era una herencia que antes no se la habían dado por su problemática. El pastor narró lo más pronto lo sucedido en el camino y les habló de mi problema y de cómo había botado la droga que traía. El se interesó mucho en mi caso, pues era el primero de inyección; habían tratado alcohol y basuco, pepas, marihuana, coca, pero inhalada, mas no inyectada. Me asignaron un camarote; al otro día, a primera hora se hacía un devocional, pues ahí se trabajaba con teoterapia; me hicieron diversas preguntas para llenar una historia, era la ficha de ingreso. Me preguntaron si tenía alguien que colaborara con mi mensualidad. En ese entonces valía noventa mil pesos, era el año 1997, mes de septiembre. Los primeros días fueron muy difíciles, yo tenía mi organismo viciado y necesitaba la droga para vivir, me daban fiebres, escalofríos, depresiones, en fin, el desespero y la ansiedad eran totales. Diariamente sentía una profunda angustia y me tocaba que clamar al Señor que me ayudara, se lo pedía de corazón sincero y de rodillas. Las venas me saltaban pidiendo la dosis. Le escribí una carta a mi tía contándole toda la verdad, que no tenía Sida y que todo lo hice porque pensaba suicidarme de una sobredosis pero no me resultó, que estaba en un Centro de Restauración y que quien le llevaba la carta era el hijo del dueño, que la mensualidad valía noventa mil pesos, y que si me podía ayudar yo iba a poner todo de mi parte y con poder de Dios lo iba a lograr.

Ella se puso muy contenta y mandó a pagar dos meses y treinta mil pesos para mi mecato; por supuesto, a nosotros no nos dejaban manejar plata, uno llega muy delicado y cualquier cosa le puede dañar el corazón. Recuerdo que al otro día de haber llegado me tomaron la famosa “foto

de llegada”, con el fin de ir viendo el proceso de restauración física; no tardé mucho en recuperarme, y Papito Dios desde el primer momento tocó mi corazón, dándome una nueva conciencia y muchos deseos de salir adelante. Allí también había hombres pero a nosotros no nos era permitido ninguna conversación o contacto con ellos, y esa regla era muy sabia, como todas las que había, que de momento uno pensaba que tanta bobada, pero no, tenían su razón de ser. Llevaba quince días en el lugar y ese día fue terrible, ya no aguantaba la desesperación, hasta dormida me atormentaba la droga, ya que tenía sueños con jeringas y me despertaba sintiendo la sensación del “viaje”, y buscando la droga hasta debajo de la almohada; no resistí el ataque tan bravo que fue ese día, y dije que la verdad era que no aguantaba más sin consumir, que necesitaba una inyección y me iba. Allí nadie está obligado, es algo voluntario, recogí mi ropa y Cela me dijo: “Recuerde que tiene dos meses pagos, si no viene en tres días pierde la plata”. Y no me devolvió nada del dinero que me quedaba para mecatiar. Argumentó que tenía que conseguir la droga por mis propios medios porque él no me iba a dar un solo peso, y que recordara que la “paga del pecado era la muerte”. El día que me fui lo hice muy temprano a eso de las ocho de la mañana. Cuando llegué a Cali me dirigí al trabajo de mi tía, quien estaba muy contenta ya que se me veía mejor pero se preocupó porque me había venido; le mentí, que un dolor de muela me había hecho venir al hospital a que me la sacaran. Me dio el dinero y ahí mismo pegué para “La olla”. Me compré dos bolsas y seguí para la farmacia; claro que había un detalle: pese a mi ansiedad yo no iba contenta, por el contrario, lo que estaba haciendo representaba para mí una derrota y caminaba meditabunda y pesambrosa, pensando que de verdad era una pena lo que iba a hacer. Mi ser interior se sentía muy mal y mi espíritu estaba contristado, constreñido, nunca me había sentido así cuando de consumir se

trataba. Mi vida había sido la droga y ahora sentía que era mi muerte, mi derrota.

Cuando me mandé la primera inyección creí que enloquecía, oía la voz de Cela en el hotel y una voz que decía: "La paga del pecado es la muerte". Escuchaba también las alabanzas, en la cabeza se me armó un candelero hasta raro, no resistí el voltaje, boté la jeringa y salí corriendo de ese cuarto, de ese infierno. Al primero que se me atravesó le regalé la bolsa entera, y más de la mitad de la otra y ahí mismo me regresé para el Centro de Restauración. ¡Increíble!, ¿verdad? Yo tampoco me la creía, pues me vengo desesperada por consumir y una vez que lo estoy haciendo corro desesperada por volver allá; no lo puedo negar, era un físico milagro de Dios, gracias Señor porque estaba obrando en mi vida, porque me había concedido su santo espíritu, el cual no estaba bien en la droga porque de alguna manera yo no era yo, era Cristo mismo en mí, me había dado conciencia, convicción de pecado, juicio, nunca olvidará mi alma las bendiciones de mi Padre Celestial. Muy a las cuatro de la tarde, estaba saliendo de nuevo para allá, sentía paz, una paz que sobrepasaba todo entendimiento. La sorpresa de Cela, al verme llegar el mismo día fue total. Recuerdo que dijo: "Usted no puede más con ese mundo, entiéndalo, que va, ya es de Dios, una gran verdad, después que se conoce de Dios ya no se vuelve a ser el mismo".

Y continué mi programa. Estar allá no es fácil, pero es más difícil ser presos de la droga.

Por el mes de noviembre, fecha en que cumplía años, fue mi tía, mi prima y mi hija. Me llevaron regalos, pastel y pollos que los prepararon allá mismo en el fogón de leña, un sancocho para todos. Mi prima con Patricia lo prepararon y me dejaron la niña todo el fin de semana; yo conocía a un señor que muchos años atrás iba a consumir al lote, era amigo de mi papá y mi mamá. Él siempre gustó de mí pero como yo vivía enamorada de mi marido,

Alfonso, nunca pasó nada, él se fue a hacer un programa de Restauración y ya llevaba varios años juicioso. Siempre me hablaba de Restauración pero para ese tiempo yo no quería saber de nada que no fuera mi droga; resulta que se dio cuenta que yo estaba en "Ser Uno" y allá fue a verme; como se aproximaba diciembre, Fabiola le pidió permiso a Cela para que me dejara ir en Navidad y Año Nuevo a la casa. Llevaba muchos años en que yo no pasaba una Navidad en casa, ya que mantenía embolatada en mi mundo. Cela dijo que no, pues era una fecha muy peligrosa para uno, el trago que tanto se ve en esa época era un gran riesgo y yo, que moría por deseos de celebrar algo, pero sanamente, entré en rebeldía y dije que si no me dejaban ir, yo me iba. Era como 10 de diciembre y tenía a la niña conmigo. Ya me la mandaban de seguido y Cela y Patricia eran muy especiales con ella, me la atendían muy bien. Karina ya tenía como seis años; el caso es que el cuento llegó a oídos de Cela y allá uno podía decir que se iba porque tenía que irse ahí mismo, y eso tenía su razón de ser, ya que uno con esa declaración comienza a crear desánimo, a contaminar. Así que Cela fue y me preguntó si era verdad que yo había dicho eso y le dije que sí, que era verdad, y me dijo: "entonces, se va ya". Él era o es un hombre muy rígido, de mucha disciplina y autoridad, una autoridad que indudablemente venía de Dios, pues a mí no me mandaba nadie, pero yo sentía un especial respeto por él y lo admiraba mucho por su labor y conocimiento. Además, que vivía muy agradecida por todo lo que hacía por nosotros. Así es que nunca le contesté mal y siempre me dispuse a cumplir sus órdenes y si él pisoteaba el ego de uno, eso es bueno, puesto que la persona drogadicta es muy orgullosa y manipuladora.

El caso es que me fui con la niña y llegamos a la casa. Expliqué lo que había pasado, me recibieron muy bien, participé de actividades como lavar la casa, reuniones familiares; por esos días había una cena cristiana en el

Evangelista Mora. Ese día me estaba haciendo el pedicure y arreglando para ir con la niña, cuando una llamada, ¡qué sorpresa!, era Orlando Osorio, el amigo restaurado. Lo invité a la cena, me contó que el teléfono se lo había dado Cela, pues justo el día que me vine él había ido a visitarme y le dijo que yo ya no estaba. Nos encontramos allá, pasamos muy chévere, era muy agradable descubrir que sin droga podía pasar bien y es que sentía mucho gozo alabando al Señor y viviendo una vida sana. A partir de ese momento él comenzó a frecuentarme, halló aceptación en la casa, a mi tía le caía muy bien. Fabiola sí decía que ese señor era muy adulto para mí, me llevaba como veinte años, pero yo lo encontraba muy agradable y muy detallista, con lo que comenzó a ganarme. Pasé todo el mes de diciembre en victoria, cero droga y cero trago, ni en el brindis de Año Nuevo, pues yo no brindé con champaña sino con gaseosa.

Dios sabe cómo hace sus cosas; por esos días mi prima estaba recién separada de su esposo, es decir, estaba pasando un momento difícil y el Señor me usó para compartirle de Él y encontrar paz en su palabra. Yo llamé a un pastor, Luis Alfonso Bolaños, pues él en un par de ocasiones había ido a “Ser Uno” a predicarnos, y le comenté la situación de Faby, y dijo que iría a la casa a hablar con ella; desde ese momento mi prima comenzó a formar parte de su iglesia, aunque mi tía no estaba de acuerdo, pues en la casa, por tradición, eran muy católicos. Mi prima tenía conocimientos de magia blanca y leía el tarot y las velas blancas, un poco de creencias absurdas y prácticas maquiavélicas de su tristeza y de eso fue de lo primero que la libró Dios. Tenía una enciclopedia gigantesca de magia blanca y lo primero que hizo fue quemarla, e incluso le dije que por qué no la vendíamos y ella dijo que no, que porque no quería que nadie se contaminara con esa información.

A eso del 8 de enero volví al Centro. Aunque me sentía bien y no había recaído, mi tía me convenció de que

era mejor que volviera, que entre más tiempo estuviera allá más me iba a fortalecer y pues yo estuve de acuerdo. Orlando mismo me llevó. Cela me recibió muy bien a pesar de haberme ido en desobediencia, pero él decía que no podía cerrar las puertas a nadie; también aprovechó la ocasión para hablar con Orlando, pues necesitaba alguien de confianza para hacer las vueltas del Ministerio en Cali, cobrar mensualidades, comprar alimentos para los animales, porque había vacas, pollos, patos, perros, gatos, conejos, curíes, marranos, peces, en fin, un gran surtido animal, y aunque Francisco, el hijo de Cela, se encargaba de eso, Cela no estaba muy satisfecho con él, ya que mecatiba mucho y compraba muchos libros. Así que Orlando comenzó a desempeñar esa labor y aunque hombres y mujeres no tenían ningún trato, nosotros éramos privilegiados y Cela vio con buenos ojos nuestra relación. A mí me hacía bien tenerlo cerca y mucho más la hora diaria que nos concedían para hablar.

Estuve como un año más allá, a veces nos dejaban ir con Patricia a Cali a hacer una que otra vuelta como llevarnos donde el médico y cosas así; en un par de ocasiones convencí a Patricia para ir a casa de Alfonso, el papá de Karina, que aunque ya no lo amaba, pues le tenía mucho cariño, era el papá de mi hija, y lo había amado mucho. Tuve oportunidad de compartirle de Dios pero no hacía sino burlarse de mí y me decía "Sor Liliana"; para mal de él nunca lo tomó en serio, y es que la mayoría de las personas viven como si nunca fueran a morir, y mueren como si nunca hubieran vivido, ¿irónico, verdad? También íbamos a "La olla", Patricia a buscar una hija que tenía por allá, y yo le pasaba revista a mis hermanos. Cuando me veían todo el mundo se sorprendía del cambio que el Señor había hecho en mí, porque siempre tuve muy claro que la obra era de Él y Él se llevaba la gloria.

Durante ese año tuve varias recaídas pero nunca con jeringa. Yo jamás volví a coger una jeringa ni volveré, eso

sí fue de raíz. Recaía, pero con basuco, y jamás me pude volver a deleitar en él como antes; de hecho mi ser interior se sentía muy mal, la verdad, no comprendo el por qué de mi necesidad.

Pasado el año con los tropiezos y todo, pero no se podía negar que el Señor había obrado en mí, me di cuenta de algo que en realidad me afectó muchísimo: el 3 de diciembre habían matado a “El Loco”; cuando yo fui, el día anterior lo habían enterrado; la verdad, aunque ya no lo amaba, yo le tenía un gran aprecio y me dolió mucho; además, no sabía cómo decírselo a Karina, ella, aunque no tenía mucho contacto con él, lo quería. No se lo dije ahí mismo, y pasó bastante tiempo para que se lo contara.

Me vine de “Ser Uno”; yo consideraba que a pesar de las recaídas ya ese lugar había hecho lo que tenía que hacer por mí. Estuve varios días en la casa, juiciosa, por supuesto, me puse en contacto con una amiga de mucho tiempo que estaba dirigiendo un hogar cristiano de Restauración en Bogotá y me animó a que fuera a colaborarle. Hablé con mi tía y aunque me dolía separarme de Orlando, me fui para Bogotá.

El lugar estaba ubicado en la carrera diecinueve con Caracas, plena zona, era un edificio de cuatro pisos; había como treinta y ocho niñas y se llama “Nueva Vida para Mujeres”; mi amiga, Alba Nubia Duque Calvo, me entregó un cuarto con catorce niñas para liderar, eso fue por allá a principios de 1999. En un comienzo todo marchaba bien, pero después de algunos días me di cuenta de ciertas irregularidades que yo no compartía; por ejemplo, mi amiga, fuera de los problemas de drogadicción, tenía problemas lésbicos, es decir, gustaba de las mujeres, cosa que no había superado, y había preferencias para las chicas que eran de su agrado; a la novia que tenía le permitía tomar y hasta consumir en el cuarto de ella cuando tenían relaciones. Incluso había problemas por celos entre las internas; yo hablé directamente con Nubia haciéndole

ver que eso no estaba bien, además no era justo con las chicas que tratando de solucionar un problema se vieran afectadas por otro. Recuerdo que en una vigilia conocí un pelado superatractivo de un Centro, Esneyder Londoño, con el cual el flechazo fue automático, y como a Nubia no le gustó lo que le dije, ni a mí lo que ella hacía, decidí irme del sitio; con algo de dinero que tenía pagué tres días en un amoblado, no muy bueno por cierto, y había gente allí que consumía. Así es que con el frío y la soledad volví a recaer, pero fue algo muy corto. Yo me seguía viendo con Esneyder quien continuaba su programa; ante el evidente peligro quise regresar pero él se opuso, rotundamente, que cómo si apenas estábamos empezando me iba a ir, que él me ayudaría a buscar un sitio donde me pudiera quedar, y al tiempo estuviera al margen de droga, otro centro, por ejemplo. Así fue que al cabo de una semana ya habíamos hallado un sitio en el barrio Garcés Navas. Debo aclarar que mis recaídas eran con basuco, nunca jeringa, gran milagro que había hecho Dios.

Me fui pues a aquel sitio, me recibieron muy bien, los hombres eran en una casa y las mujeres en la casa del pastor y su esposa. Éramos pocas, cinco en total y pues, no sé, aunque yo les comenté que venía recaída, me pusieron a cargo de las cuatro chicas; me comuniqué con mi tía, le di el número telefónico, a su vez ella se lo dio a Orlando y él me llamaba pero yo me mostraba seca, indiferente. De hecho ese pelado me atraía mucho, yo le había contado a él que había dejado una relación en el aire en Cali pero a Orlando no le había dicho qué era lo que exactamente pasaba, aunque él decía que me notaba rara. Yo no le negué que sí pasaba algo, pero que había que hablarlo personalmente. En verdad, no sabía cómo decírselo después que se había manejado tan bien conmigo. Estuve como un par de meses con Esneyder, allá en Bogotá trabajaba con ventas en los buses para el sostenimiento del hogar, así que cuando salía a vender a veces me veía con Esneyder y

nos pegábamos la voladita para poder intimar. Él era un excelente amante, además de ser muy apuesto; para esos días él se salió del Centro y se fue para su casa. Le resultó un trabajo temporal en Manizales y viajó. Justo al otro día de él haber viajado llegó Orlando de Cali. El pastor lo recibió muy bien, además llegó en un momento oportuno para el hogar, ya que estaba sin líder y Orlando era un hombre íntegro en quien se podía confiar. Como a eso del mes, cuando vio que definitivamente con los dos no pasaba nada, se fue para Cali de nuevo.

Como a la semana de haberse ido Orlando, mataron a Garzón, el 23 de agosto. Entonces hicieron batidas generales en Bogotá, en una de las cuales caí yo. Estaba trabajando al norte, nosotras portábamos un carné que contenía nuestro nombre, el del hogar, el cargo que se desempeñaba, con él nos identificábamos. En las batidas de vendedores ambulantes fue que caí, buscaron antecedentes y todos los que no debían nada iban saliendo. Resulta que a mí me pedían dos juzgados en Cali por presentaciones. Esto me sorprendió, pues aunque yo debía presentaciones se suponía que eso había quedado saldado, pues Cela había ido personalmente al juzgado para decir que yo estaba haciendo un programa de Restauración. Incluso cuando me vine de allá yo misma fui, la secretaria hasta me felicitó porque se me veía muy bien y me dijo que tranquila, que todo estaba bien, sino que yo cometí el error de no pedir un paz y salvo. El caso fue que me pedían dos juzgados en Cali por presentaciones. Así que me leyeron auto de detención. Estuve un mes en la Estación de Suba; era una situación infrahumana, habíamos catorce chicas en una pequeña celda, prácticamente dormíamos una sobre otra. Del hogar se manejaron muy bien, me llevaron ropa, comida, y lo más increíble de todo, Orlando, quien se había regresado a Cali, cuando se dio cuenta de mi situación se regresó para Bogotá. Un detalle muy especial de su parte después de cómo yo le había

pagado. A eso del mes me trasladaron para el Buen Pastor. En la Inspección conocí una amiga bien chévere, Amanda Martínez. Luego, fue a visitarme al Buen Pastor, ya que ella salió en libertad de la inspección. Me asignaron el patio número cinco. Todo marchó normal hasta el 24 de diciembre, es decir los tres primeros meses no consumí, siendo que todas mis compañeras lo hacían; asistía al culto pero en medio de la nostalgia recaí para diciembre. Había un buen grupo de amigas pero entre todas se destacaba una chica, Lina Marcela Vásquez, quien siempre fue muy especial conmigo, tenía sólo veintidós años, yo cumplí los treinta y tres en noviembre allá. La única visita que tenía era de Orlando. Bueno, como les contaba, el 24 de diciembre consumí, tomé, fumé basuco, todo, menos jeringa, yo había prometido nunca más hacerlo y Dios estaba conmigo en eso. Claro que Amanda llegó a mí en dos ocasiones, al igual que el pastor y sí, quien siempre estuvo presente fue Orlando, ¡y después de semejante desaire que le hice! En una ocasión llamé a casa de Esneyder y ya había llegado, le hice saber mi situación y prometió que pronto iría, cosa que nunca sucedió. Como es obvio no lo volví a llamar, me di cuenta que había despreciado un hombre bueno, sólo por uno muy apuesto que no servía si no para bonito porque para nada más, de pronto para sexo, pero aunque lo disfruté y me gustó mucho no es todo en la vida, los sentimientos, lo que va por dentro importa mucho más, es lo que verdaderamente importa.

Para ese tiempo me resultaba incomprendible la capacidad de perdón de Orlando; hoy, ya la puedo entender y es que una de las cosas más difíciles que hay en la vida es poder perdonar. Así mismo es una de las más alentadoras, después de que logras hacerlo te sientes como si hubieras nacido de nuevo.

Orlando no faltó ni un solo domingo como tampoco los martes con mi comiso; mantenía comunicación con mi tía y me hacía llegar lo que ella me enviaba. Sobra contar

que nos reconciliamos, con sus detalles y buena voluntad, aparte de paciencia, me volvió a cautivar, cayendo así de nuevo en sus brazos. Recuerdo que un día me llevó una terrible noticia: mi hermana "Chava", con quien nunca llevé buenas relaciones, ya que no sé por qué demostraba cierta envidia aparte de que era muy grosera con mi mamá, cosa que no le perdoné nunca, pues si hay algo que rechazo es un hijo grosero, porque soy de las que creo que la madre puede ser o haber hecho lo que sea pero igual merece respeto, bueno, el caso es que había muerto, y aunque no había una buena relación, pues la sangre tira y me dolió; Orlando con su paciencia soportó hasta mi recaída, la cual le dolió mucho, me puse muy delgada y mi semblante cambió bastante. Allá conocí una chica, joven por cierto y muy buena compañera. Compartíamos celda y con ella me di cuenta de que las mujeres pues, no sé, no eran lo mío, esa nena se enamoró de mí y aunque yo la estimaba mucho, mi cariño era de amistad, compartíamos muchas cosas y momentos, alegrías y tristezas, consumíamos juntas. En eso, sin querer, le hice mucho daño ya que ella apenas comenzaba. Era una nena de sólo veinte años y yo soy muy dada a los extremos y estaba poseída al principio, pues yo fumaba solo "pisto" y por fumar con ella hacíamos "maduros", es decir, con marihuana y comenzó a decirme que quería probar los "pistolos". Yo le decía que no lo hiciera ya que eran muy embaladores, y para desgracia de las dos comenzamos a compartir con otra chica Alexa, quien fumaba en pipa, y cogimos esa berraca y desgraciada pipa. Eso es la pérdida mayor de un basuquero, se dice que entre la pipa y la indigencia hay un paso, claro que ningún infierno podía ser peor que el que viví con la jeringa. Entre otras cosas, la pipa era lo más parecido a un "viaje de chute", sería por eso que me encantó tanto, el caso es que nos dio vuelta seca, peso cogido, peso fumado, igual aunque estuviera recaída nunca pude volver a ser la misma. Ya tenía una

conciencia que me permitía determinar que mi estado era malo, que no estaba haciendo bien y, además, un espíritu constreñido que clamaba en mi ser interior por Dios y otro estilo de vida. De todas maneras continuaba congregándome, orando y pidiendo, ¡ah!, y sobre todo creyendo que el Señor culminaría su obra que había iniciado en mi vida, y puedo estar en la situación que sea pero yo tengo esa convicción de que estoy en las manos de Dios, y los que amamos a Dios, todas las cosas nos llevan a bien aun las malas. También sé que las cosas no suceden por casualidad, todo tiene su razón de ser y, si hay un arte, hay que aprender en el arte de fracasar, aprender una lección de cada caída, levantarse, sacudir tus zapatos y continuar. Yo creo que cada vez que caemos, más fuertes nos hacemos, y nunca darnos por vencidos, aprender que aun cuando caiga, vuelvo a empezar.

El Señor, como siempre grande en misericordia y siempre con uno, permitió que saliera de ese lugar con once meses cuando en realidad debía diecisiete, y las presentaciones se pagan redondas. Otro milagro más de los muchos que Dios me ha hecho, por esto y por mucho más es inevitable hablar de Él con denuedo.

Lina salió primero que yo, ella tenía dos niños y salía desubicada. Así que yo hablé con el pastor para que una vez que ella hubiera salido la ubicaran en el hogar junto con los niños, claro que sería una excepción, pues allá no trabajan con niños; cuando salí Lina estaba donde el pastor aunque se habían presentado dificultades con los niños, ya que eran muy traviosos y peliones. Y era de comprender, pues eran niños criados en "La olla", en un ambiente hostil, así que ella no estaba sino esperando que yo saliera y aunque no quería, se volvió para donde anteriormente vivía. Yo comencé a asistir a la iglesia y a reformar mi vida. Por esos días Orlando tuvo que regresar a Cali, y yo me fui no para donde estaba, pues ahí hubo una serie de problemas, así que me fui para la casa

del pastor Rafael y Fernanda. Trabajábamos en los buses para sostener el hogar, yo dejé el consumo gracias a Dios, por lo menos el de basuco, porque continuaba fumando marihuana. Sí, siempre la he permitido, le llamo el vicio noble pues no me descontrola ni me exige dinero. Además, que su efecto es tranquilizador, no tiene químico, es sólo naturaleza, es decir no le encuentro daño, por el contrario, de pronto eso ha sido una gran falla, pues como que siempre he dejado esa ventana abierta, ventana que con el poder de Dios, cerraré. Mantuve contacto telefónico con Orlando y mi tía, lo mismo con Karina, quien estaba en casa como siempre desde que mi tía la cogió y resultó ser muy buena estudiante como en un tiempo lo fui yo; y también tuve contacto con Lina, pues yo le dejé la dirección de la iglesia donde estaba asistiendo y la invité a que se congregara. Ella sólo fue una ocasión pero como que no le agradó, esa vez me contó que estaba embarazada. De pronto no fui muy comprensiva con ella pues no me parecía como de ahí, que en la situación que estaba, un niño de cuatro y otro de tres para buscar un tercero, pero igual ya no había tiempo de llorar, pues siempre he creído que hijo concebido, hijo parido. Soy muy liberal o lo fui pero nunca he ido con el aborto, no apoyo eso de atentar contra un ser indefenso y de tu propio ser.

Desde ahí no volví a saber nada de ella hasta el sol de hoy. La recuerdo con mucho cariño y ahora que estoy aquí más que nunca. Todo marchaba bien en el sitio donde estaba, Orlando llegó de nuevo, nos veíamos esporádicamente, él estaba trabajando en los buses también. La idea era recoger un dinero para venirnos, a propósito yo tenía que hacer un ahorro obligatorio que hasta hoy todavía me lo deben los pastores, pues dizque por una necesidad que tuvieron dispusieron de él, eran como setenta mil pesos. Esto implicaba que debíamos atrasar el viaje y la estadía allá se me estaba complicando, pues el pastor Rafael comenzó a tirarme los perros, y esto ponía

tenso el ambiente no sólo para Orlando, no lo merecía, sino más que todo por su esposa que era una gran persona conmigo, pero la verdad, Rafael estaba muy bueno. Entonces, resultaba una gran tentación, había que hacer un esfuerzo sobrehumano para resistir la tentación. Dios me fortaleció y pasé la prueba, así que no le fallé ni a Fernanda ni a Orlando.

Apenas tuvimos reunidos sesenta mil pesos nos vinimos con el mero pasaje y, regateando a las afueras para que nos trajeran en ese precio, llegamos a Cali. Orlando había hablado con un amigo que a veces iba a predicar a "Ser Uno", el hermano Avalo, la verdad yo me vine con un sabor amargo por lo de Rafael, dejaba mucho que desear como pastor, como esposo, en fin, en la viña del Señor hay de todo. Contrario a Rafael, el hermano Avalo era todo un señor, muy respetuoso y honrado, su esposa también muy querida, me recibieron muy bien; de hecho Avalo me admiraba, por así decirlo, pues dizque mi testimonio era muy berraco y yo había tenido mucha disposición, yo insistía en aclararle que la admiración era para Dios, pues de Él es que viene toda buena dádiva. Orlando tenía un amigo muy allegado a él, se habían criado juntos y cuando Orlando comenzó a consumir se enfrió la relación, pero fueron piezas fundamentales en la restauración, pues lo apoyó moral y económicamente en su proceso y cuando terminó el programa, confió en él de nuevo delegándole algunos trabajos. Él es dueño de una fábrica ubicada en la calle veintiuno con carrera doce, se llama Invermont Ltda. Dicho señor, tiene una finca en las afueras de Cali yendo para Los Farallones, detrás de Cristo Rey, en la vía al faro. La persona que tenía a cargo la finca no era de su entera confianza, razón por la cual le ofreció a Orlando que si quería nos podíamos ir para allá, y así se ayudaban mutuamente. Fuimos, conocimos la finca, muy bonita y grande por cierto, tenía piscina, *jacuzzi*, *chalets*, kiosco, marranera, galpón, diversidad de

sembrados, había guayaba, mangos, aguacate, yuca, banano, plátano, limón, naranjas, en fin, una gran variedad. Don Hernando, muy amante de los animales tenía un poco de perros finos y gamines que había encontrado en la calle, a los que se les cuidaba con amor, y muy buena alimentación: huesos carnudos, concentrado, leche, droga, vacunas y a las perras hasta se les hacía operar para controlar su natalidad. Era un sitio muy hermoso, era como estar en un paraíso.

Hoy día me doy cuenta que yo no amaba lo suficiente a Orlando, pues de haber sido así habría sido el lugar perfecto del que nunca hubiera querido salir. La idea era que nos iban a dar permiso y asignarnos una parte para poner un pequeño ministerio de ayuda para drogadictos. Iniciamos con un joven desde el mismo momento en el que nos fuimos para allá. Orlando era muy bueno y de verdad me quería. El problema ahí era yo, mi temperamento muy fuerte y como que de pronto exigía mucho sexualmente. Él, ya avanzado en años, se encontraba un poco enfermo y las relaciones entre nosotros eran muy esporádicas, poco intensas, me atrevo a decir que sufría de eyaculación precoz y yo siempre quedaba iniciada, muy de rareza sólo un par de veces logré un orgasmo con él y esto, por caricias, por sexo oral, porque de coito nada. Miren, no es que yo sea materialista, pero mi naturaleza exige unas relaciones sexuales sanas, prolongadas, llenas de pasión. Y yo nunca le mentí, él siempre supo que yo necesitaba y deseaba mucho más de lo que él sexualmente me brindaba y esto causaba conflictos. Me pedía que lo comprendiera, pero... ¿y yo qué?, ¿a mí quién me comprendía? Y lo que es peor ¿quién me llenaba? Aun así, pretendía que nos casáramos que con la bendición de Dios eso podría mejorar, y yo llegué a acariciar la idea, la cual si hubiera aceptado sé que habría sido un grave error. Además, seguía, aunque a escondidas, consumiendo marihuana. No veía nada de malo en ello, y cuando iba a Cali a ver la niña y visitar

a mi tía compraba mi pucho de mil pesos que me duraba hasta quince días, como ven muy económica además; él mantenía trabajando en las cosas de la finca, yo en el *chalet* preparando los alimentos. Cuando compartíamos era para oírlo quejarse de sus dolores, en mi bareta disipaba y era como una forma de huir de un hombre que me resultaba aburrido, poco activo para lo que yo necesitaba. No sé, pero yo creo que una buena relación no es básica para una unión, y como en dos ocasiones se dio cuenta de lo de la marihuana y armaba un reguero de pinzas hasta raro. Una vez me llamó degenerada por este hecho, él no entendía que eso no era ni el uno por ciento de lo que yo hacía antes. Además, la restauración es un proceso, un subir peldaños y la marihuana no me afectaba para nada, todo lo contrario, terminaba mis labores pronto y me hacía relajarme de la tensión y el mal genio que producía el no tener buenas relaciones sexuales.

Francamente, fue un milagro que no cayera en la traición, que no buscara un amante o algo así. Comenzó a haber problemas disciplinarios con Karina, que se estaba manejando muy mal en el colegio, hasta la tenía con un psicólogo, pero se negaba a entrar en razón. Mi tía me dijo que si continuaba así me iba a tener que hacer cargo de ella, ya tenía diez años, estaba en cuarto de primaria. Además, mi tía estaba muy enferma, razón por la que se tenía que retirar del trabajo y era ella quien corría con los gastos de Karina, y que por su mal comportamiento, pues no merecía un colegio particular como en el que estaba, así que la disciplina que le iba a imponer era trasladarla a una escuela a que terminara la primaria y para esto yo obviamente era la encargada. Cuando terminó el año me la llevé para la finca, se le consiguió puesto en una escuela cerca de Cristo Rey; todos los niños de por allá estudiaban ahí, se le pagaba transporte, la llevaba un señor en una camioneta que trabajaba en Cali y tenía la contratación de transportar los niños. Al principio tuvimos

algunas dificultades, pues Karina estaba muy mal criada y en la relación de ella y mi tía la que mandaba era ella y yo no podía prestarme para su jueguito. Además, en la casa todo se lo llevaban a la cama, mientras que conmigo era diferente, tenía que madrugar y yo no servía el desayuno hasta que estuviera bañada. Y esa edad en que ya se iba a convertir en una señorita, pues tenía que comenzar a ser responsable al menos con sus cosas, lavar su ropa, arreglar su cuarto, ordenar sus cosas. Yo no quería que le pasara lo que pasó conmigo que con la superprotección de mi abuela, quien me hacía todo, yo no sabía hacer nada, y la verdad cuando tuve mi primer hijo, y salí de la casa, sufrí mucho con los deberes que había adquirido.

Con Orlando la vida se me estaba volviendo insoponible y por muy hermoso que fuera el lugar se me había convertido en un infierno. Mi único entretenimiento eran las novelas y él no estaba de acuerdo en que las viera, que eso me hacía daño y no sé qué tantas cosas; como ministerio ya teníamos como tres jóvenes, días después incluso estuvo mi hermano Jorge y hasta mi hermana Juliana. Esto se lo agradecía a Orlando pero no podía soportar eso de tener mi vida sexual anulada, no sé si se me estaba convirtiendo en trauma. En varias ocasiones recurrí a la masturbación para medio desahogarme, traumatizante de verdad. Juliana mi hermana llegó un poco enferma, gracias a Dios sanó y se regresó a Buenaventura donde estaba radicada hacía ya tiempo. Jorge, mi hermano, estuvo como cuatro meses y se regresó a Cali recaído, no sé si mencioné pero mi hermano también consumía, incluso lo hacíamos juntos. Para un diciembre hubo una reunión en una finca vecina y estábamos invitados y el hartazgo de Orlando no quiso ir y así era para todo, él sólo mostraba ganas para hacer los trabajos de la finca, ahí sí no estaba enfermo. A esas alturas del partido yo no veía la hora de separarme, no me fui de inmediato por no perjudicar el estudio de la niña. Casualmente, en seguida de donde

mi tía estaban alquilando una pieza. Mi tía como siempre apoyándome me dijo que ella me daba el primer mes de arriendo y la comida diaria, pero que tenía que conseguir trabajo, pues ella no estaba pasando por el mejor momento, así que no podía ayudarme tanto como quisiera. De mi parte estaba dispuesta a conseguirme un plante de dulces, lo que fuera, y vender en los buses. Afortunadamente en Bogotá aprendí a guerrear ese medio de transporte y pues para qué, que es muy agradecido. Al día siguiente de la clausura de la niña me vine, por supuesto yo ya había hablado con Orlando, incluso con don Hernando, quien dijo que me enviaría una camioneta para que llevara mis cosas y hasta me regaló la base de una cama.

La señora de la casa, doña Edelmira, muy querida, había arreglado el cuarto y había puesto hasta flores. Yo vivo muy agradecida con ella por su voto de confianza para conmigo, imagínense que ella era conocedora de mi antigua vida y ese no fue motivo para que creara alguna desconfianza, lo que hubiera sido muy lógico. Por el contrario, en las tardes, la casa quedaba sola y yo tenía mis llaves. En varias ocasiones incluso me brindaba comida, una bendición esa familia. Como a los cuatro días de estar ahí mi tía me regaló seis libras de maní, tres de dulce y tres salado, lo empaqué y con eso despegué a trabajar. Afortunadamente yo no soy penosa ni tímida y si anduve en cosas malas y no me daba pena, por qué me iba a dar ahora que iba a trabajar honradamente.

La verdad, pues yo continuaba con mi baretta, pero era muy discreta. Un día necesité comprar, y por no ir a "La olla", yo sabía que por "La nave" vendían pero no sabía quién. Entonces, fui a "La nave" y vi un muchacho atractivo, por cierto trabándose. Le pedí el favor de que me ayudara a comprar un baretto y yo le regalaba algo. Me dijo que fuéramos juntos y antes conocía. Subimos como cuatro cuadras hasta llegar a un lugar llamado "El hueco". Compré tres baretos de trecientos pesos, le regalé

quinientos pesos a él, y nos trabamos juntos. Me di cuenta que se llamaba Lucas o así le decían, vivía cerca de “La nave”, a una cuadra, hasta me mostró su casa y aunque hablaba más bien poco me gustó compartir con él, me cayó bien. De ahí en adelante se convirtió en mi compañero de traba. Le conté que venía de una finca, le indiqué por dónde vivía, también le comenté qué trabajaba, de mi hija y, obviamente, le compartí de Dios, haciendo énfasis en los milagros tan grandes que hizo en mí. Casi sin darme cuenta noté que me preocupaba no hartarlo con mis temas. Me preguntaba yo misma por qué tanto interés en agradecerle, me di cuenta que me arreglaba mucho cuando iba para donde él, y una vez que fui y no estaba hasta me sentí triste. Me dije si sería que me gustaba, ¿o qué?, Karina me vio como dos veces con él y me molestaba con el cuento de que “mi mamá tiene novio”. Yo le decía que era sólo un amigo. Por esos días ella presentó examen de admisión en el Liceo Departamental Femenino, obteniendo excelentes resultados. Ingresó a hacer su bachillerato ahí. Lucas hasta me acompañó a matricularla, por las noches pasaba por mí y nos íbamos al parque a conversar, comer arepas que vendían en la panadería, deliciosas, con leche condensada y mortadela. Yo busqué dónde congregarme y aunque mi prima iba a Bethesda, yo preferí asistir a “La Iglesia del Señor”, con el pastor Reynaldo Estrada, de quien había leído libros y escuchado prédicas grabadas. Era un pastor de gracia, con mucha sabiduría, una eminencia. Allá se estaba congregando Francisco Cela, hijo de José Cela, el director del Centro donde hice el programa, y también asistía un jugador del Cali. Lucas era hinchista del Cali y su mayor pasión era el fútbol, incluso su trabajo era de árbitro, también le hacía a la reventa de boletas en el estadio; llevábamos como un mes compartiendo cuando el 20 de julio del 2002, nos dimos nuestro primer beso, en el parque.

De ahí en adelante nos pegamos una enamorada hasta rara. Lo invité lógicamente a la iglesia, pero resulta que

él aún tenía problemas, tomaba trago los fines de semana y cuando lo hacía le daba por fumar basuco. Además, el trago lo ponía agresivo y era grosero con la mamá. Esto último era lo que más me disgustaba, ¡ah!, pero a esas alturas del partido yo sabía que no me convenía, pero pudo más el gusto y lo que yo sentía por él. Entonces, decidí tratar de ayudarlo en lugar de dejarlo y gracias a Dios que obró en su vida, comenzó a cambiar, el Señor le puso disposición e iba a la iglesia y me copiaba lo que le decía. Dejó de tomar, por consiguiente no fumaba. Yo le decía que la madre merecía respeto y que mucho cuidado con ser grosero con ella. Además, yo ya la conocía. Él me llevó a su casa y me presentó su familia. Su mamá era una gran mujer, al igual que todos, pero ella era o es superespecial. Yo nunca había tenido suegra como ella, a mí me estaba yendo bien en el trabajo, la platica me alcanzaba para todo, yo le daba algo a mi tía para comida. Después dejé de comer allá pues comencé a comer donde Ligia, así llamaba mi suegra, que me ofreció que comiera allá. Yo acepté pero si me dejaba que le pagara, así podía estar al medio día con Lucas quien me ayudaba a empacar el maní, pues yo llegaba cansada. Él estaba muy juicioso y doña Ligia feliz de su cambio por lo que me tomó mucho cariño.

Lucas tenía dos hijos grandes que vivían con la mamá, ambos muy queridos. El llevaba varios años ya separado. Me sentía muy bien con él, ya llevábamos como dos meses y no habíamos tenido sexo, claro que para ser franca ambos ardíamos en deseo pero yo sentía que debíamos esperar, me daba como miedo no sé exactamente de qué, tal vez que después de poseerme o utilizarme me dejara. También tenía entendido que él había sido promiscuo y tenía una enfermedad. En fin me asaltaban varios temores que hasta a mí misma me resultaban extraños, tanto tiempo sin sentir, y a la hora de la verdad me daba miedo, ¿raro, no? Antes no me había pasado. En fin, como a eso de los tres meses estuvimos por fin juntos. Fue algo muy

bonito aunque para decir verdad sentía que debía amoldarlo a mis deseos. Yo soy de las mujeres que creo que lo que se desea se dice, se insinúa. Como a eso de un mes de estar juntos con relaciones, había captado mis mensajes y mejorado bastante conociendo mis puntos débiles y satisfaciendo las caricias que me resultan placenteras. Claro que no sólo exijo, por supuesto que también doy, me entrego sin reservas y con pasión y me gusta que la persona se sienta amada, satisfecha, deseada, ya que si estoy con ella es porque así es.

Pasado un corto tiempo comenzamos a vivir juntos, dio muy buen resultado al menos al principio, de verdad. Yo lo amaba y me sentía muy bien con él, íbamos a la iglesia los miércoles y los domingos, lo acompañaba a pitar los partidos, a trabajar en el estadio, comíamos en Crisco. Comprábamos lo que necesitábamos en COMFANDI, íbamos al parque, al río, almorzábamos juntos donde la mamá. Pasé muy bien todo ese tiempo con él, claro continuábamos fumando marihuana, pero para nada nos afectaba, pasábamos de maravilla. Él no había vuelto a tomar, ni fumar basuco, ni ser grosero con su mamá, al contrario, era detallista y colaboraba con cosas de la casa, pagaba el teléfono, compraba el café, pan, leche, detalles que antes nunca hacía. Escribiendo y recordando estas cosas siento como que el corazón me sonrío, comenzamos a comprar nuestras cosas, entre los dos: la cama, el armario, el TV, la grabadora, la mesa del TV, una repisa y así, al igual que los gastos los cubríamos juntos. Pagamos de a mitad el arriendo, entre los dos hacíamos todo. Ligia, su mamá, me tomó mucho cariño por su cambio, mientras que sus ex amigos me detestaban ya que cuando Lucas tomaba era muy gastador. Se les había ido un chicharrón grasoso, ellos le decían que él se dejaba mandar de mí, tan bobo, y como él antes era tan mujeriego y eso también se acabó, pues peor. Yo a él nunca le mentí, yo le conté mi pasado, tanto lo del fondo que toqué con la

droga, como que había robado y hasta prostituido. Lógico que en ese momento era otra, una persona que con la ayuda de Dios estaba saliendo adelante, pero sólo porque Dios era bueno y le plació gloriarse en mí.

Por esos días me encontré con una prima mía que hacía tiempo no veía, y charlando me estimuló para que terminara mi bachillerato, haciéndome recordar lo buena estudiante que había sido, y diciéndome que si lo hacía donde ella lo había hecho iba a tener media beca. Una de mis tías siempre me ha ofrecido su apoyo, cuando de estudio se trata, así que fui con mi prima, averiguamos y efectivamente me matriculé, claro que para ser honesta muy a pesar de Lucas, no sé pero él no me apoyaba en esto que era tan importante para mí. Era todo un reto y con tanto tiempo que estuve en droga me preguntaba si aún tendría la capacidad de entender fácilmente y retener como antes. Más adelante me di cuenta que la cuestión era de celos, él se sentía mal de saber que tendría compañeros e iba a estar mejor preparada, y que mis planes eran que cuando terminara continuaría en el SENA con un curso de Tecnología de Sistemas. En realidad, académicamente él como que apenas si había terminado la primaria y se sentía inferior en eso, respecto a mí. Me parecía absurda su forma de pensar y antes le decía que yo bien podría enseñarle lo que quisiera o, más aún, que estudiáramos juntos, y sacar nuestras vidas adelante, pero no, a Lucas para nada le gustaba estudiar, decía que eso no era lo de él.

En cambio yo estaba feliz de retomar mis estudios; a mí me fascina aprender, y mi Dios tan grande como siempre conmigo me fue de película. Cuando comencé ya ellos habían iniciado, yo entré a noveno y al ingresar al salón los compañeros me recomendaron el salón de en seguida dizque porque iban muy adelantados. El director dijo que algo le decía que yo tenía la capacidad para ingresar allí y que ahí me quedaría. No fue fácil conseguir cuadernos para desatrasarme, por allá un amigo que

vivía en Palmira me los prestó pero que por el día miércoles se los llevara a una dirección que él me dio. Me puse las pilas y hasta las dos de la mañana me la pasé copiando, y por el día miércoles tenía todo listo. El grupo era muy bueno, estudiábamos los sábados de una a cinco de la tarde, quedaba bastante retirado el colegio, se llamaba Santa Inés, llegando a La 14 de Calima. Increíble cómo a las dos semanas me estaban pidiendo prestados mis cuadernos y hasta pidiéndome explicación de ciertas cosas. Me fue muy bien, rendía bastante y, ¡sorpresa!, tenía la misma capacidad de aprendizaje y de pronto hasta mejor. Muy pronto sin proponérmelo comencé a sobresalir, todos los profesores me tenían en cuenta y las chicas que estaban quedadas me buscaban para que les ayudara, lo que yo hacía con mucho gusto. A la hora de armar grupos de trabajo más de uno quería trabajar conmigo, y escogía los que más mal iban para ayudarlos a salir adelante. Lucas ya se había dado al dolor, me acompañaba al bus y me esperaba en el paradero a la hora de llegar. En fin, todo marchaba bien, llegó la hora de la graduación, había que presentar una tesis y la de mi grupo ocupó el primer lugar por lo que nos hicieron mención; el grado fue en Las Villas. Ocupé el segundo lugar con mención honorífica por mi buen rendimiento académico. El primer lugar fue para una chica que venía desde sexto en el colegio, muy buena alumna y compañera. Yo ocupé el segundo por lo que apenas había entrado a noveno. Yo he vivido experiencias, pero mi grado fue *inolvidable*, se siente mucha satisfacción de coronar algo que tanto amaba y que veía tan lejos, más con honores. Felicitaban a mi familia todas las familias de mis demás compañeros. Al grado asistió mi prima, la de la beca, mi tía de siempre, y la que me ayudaba en el estudio, Karina y Lucas. Todos rebozaban de orgullo, hablaron muy bien cuando se dirigieron a mí. Me pusieron como ejemplo a seguir, pues todas mis notas eran sobresaliente y excelente.

La emoción y la felicidad que yo sentí ese día sólo la puedo comparar con los futuros grados y menciones de honor que me esperan, pues de hecho sé que voy a conseguir muchas más. Claro que el mayor gozo me lo da el saberme hija de Dios, y las coronas y galardones que me esperan cuando esté en su Santa Presencia. Desafortunadamente, las cosas con Lucas comenzaron a cambiar. Para ese tiempo llevábamos dos años y medio viviendo juntos. Él comenzó a echar para atrás, cogió de emborracharse cada ocho días sábado, fumaba y se ponía agresivo, llegó hasta a tratarme mal. Así estuvimos como seis meses. Yo a veces iba a “La olla” a darle vuelta a mi hermano, lo llevaba a almorzar y le daba cualquier peso, de pronto yo bien sabía en qué los iba a invertir, pero si no se lo daba, igual lo iba a hacer. Sólo que quién sabe cómo los conseguiría. Yo entraba con mi plata y aunque veía gente consumiendo no me daban ganas, claro que no voy a negar que el olor me seguía gustando, pero tenía claro que era algo que tenía que evitar. A mí me estaba afectando mucho lo de Lucas, y temí, yo creo que ese fue uno de mis peores errores, haberle dado lugar al temor pues el mal que uno teme, llega. Yo decía que me daba miedo esa situación, otro punto en contra. Lo declaré con mis labios y la palabra tiene poder, me até en los dichos de mi propia boca, y de repeso me aparté mucho de la iglesia, pues por andar cuidándole la espalda que no se trasnoche, que no gaste más plata, que no fume más, y él consumiendo delante de mí, echando su asqueroso humo en mi cara y hasta siendo grosero conmigo por querer lo mejor para él, sí, eso pasó. Por cuidarlo a él me descuidé yo, me amanecía los sábados por andar detrás de él de manera que el domingo por la mañana, hora del culto no tenía ganas sino de dormir y además estaba muy deprimida por la situación de Lucas la que, evidentemente, se me había salido de las manos. Con todas esas cosas me convertí en presa fácil para el enemigo; un día me cogió más débil

que nunca y tomé y fumé con él. A partir de entonces comenzó de nuevo semejante situación tan horrible como era la droga, comenzaron los problemas y en fin, desastre total. Yo en ningún momento pretendo buscar culpables pues bien sé que la única culpable fui yo. En primer lugar, desde un principio sabía que Lucas era una persona no idónea para mí. Además, yo temí, declaré y no busqué a Dios, preferí refugiarme en un error en vez de hacerlo en Él, inmadura espiritualmente, en fin fueron varias cosas. Resultó que él y yo no nos entendimos para consumir. Él fumaba en el baño de su casa y yo lo hacía en la calle, pues no pensaba irrespetar su casa. Además, la mercancía del hueco era, en mi opinión mala, así que decidí ir a mi antiguo parche "La olla", a adquirir la droga que a mí me gustaba. Además, consumía "tranquila" en el lote. Ese tranquila es muy entre comillas ya que después de Cristo, aunque incurriera en eso nunca me volví a sentir exactamente bien y menos tranquila. Ya mi hermano no estaba allá, pues hacía como quince días lo habían pillado robando y estaba en la cárcel. Ya yo lo había ido a ver.

Fuera del consumo comenzaron problemas, como por qué llegaba tarde, sin el dinero de la venta y sin cadenas ni anillos, ni pulseras, pues cuando se me acababa la plata terminaba empeñando mis cosas, que unas las había adquirido yo sola, y otras me las había regalado Lucas. En fin, con la droga se presentan muchos problemas, obviamente desistí de la idea de seguir estudiando, pues estaba muy atribulada con ese nuevo problema, el que me estaba cogiendo ventaja. Cada vez quería consumir más y mientras Lucas lo podía coger cada ocho días, yo lo quería hacer a diario. Lo único bueno fue que en la jeringa nunca más volví a caer. De todas formas no dejaba de ser una catástrofe, sentía mucha vergüenza, primero que todo con Papito Dios, luego mi tía, mi hija, yo misma, en fin era decepcionante, la verdad después de estar tres años en victoria, por mi mente jamás pasó una nueva

recaída, yo estaba segura de que esa era mi recta final y no iba a haber ningún tipo de desvío jamás, ni la más mínima posibilidad de volver atrás y lo estaba haciendo. Aun así siempre he sabido que Dios sabe como hace sus cosas, que nada es por casualidad y ante todo que los que amamos a Dios, todas las cosas nos llevan a bien, aún las malas. También tengo muy claro que el Señor la obra que comienza la termina. Esa certeza siempre ha estado en mí, eso lo tengo tan seguro como mi situación. Lo que pasó fue que Lucas olvidó que me había conocido estando bien, y ahora, toda el agua sucia era para mí, ya que yo no tenía el control de él y quería consumir todo el tiempo.

A estas alturas del partido la relación iba de mal en peor, los problemas por doquier, yo llegaba tarde, en fin llegué hasta amanecerme, pero nunca lo irrespeté en el sentido de estar con otro hombre. Sin embargo él pensaba lo peor, y no sólo lo pensaba, lo creía. Y yo todo lo puedo soportar menos el que hayamos llegado a la agresión física, ya cuando se pierde el respeto no pasa nada. Él me tiró y yo me lancé con un cuchillo que se no cómo él, gracias a Dios, esquivó. De lo contrario lo habría apuñalado. En ese mismo momento no quise que me volviera a tocar, incluso dormía en el suelo. Él me pedía que lo perdonara, pero es que yo no estoy acostumbrada a que un hombre me pegue, así que le dije que era mejor que nos abriéramos aunque lo amaba. La situación se salía de las manos, además yo iba de mal en peor. Volví y me até a los dichos de mi boca, pues dije que aunque me tuviera que enterrar en una olla, me enterraría, y así fue, me cerré en esa olla.

Pero antes de esto comenzaron también serios problemas con Karina, quien ya era una señorita. Tenía trece años y se enamoró de un hombre de treinta y un años que tenía mujer, hijos, moza y contramoza. Como quien dice Karina, mi niña, venía a ser como la quinta y la especialidad del tipo eran niñas. Estuve a punto de matarlo con

mis propias manos. Si yo supiera que él la quería yo habría comprendido aún a pesar de la diferencia de edad, pero bien sabía que era un oportunista comevirgos y nada más. Me enfrenté con el tipo, diciéndole que donde continuara con ella no sabía de lo que era capaz y, para sorpresa mía, Karina dijo que si algo le pasaba a él, ella era la primera en ponerme una demanda. Yo había hecho afilar un cuchillo en un esmeril por lado y lado y le estaba montando guardia para cuando llegara del trabajo, pero me di cuenta de lo que Karina había dicho. Así que desistí de la idea y lo que es peor confirmé con mis propios ojos que Karina era la que lo buscaba. El dizque le dijo que se alejara, que no quería tener problemas, pero ella insistía buscándolo. Hablé con un psicólogo que me recomendó que la dejara, que si ella lo buscaba era porque se sentía bien y que lo de la edad era sin duda buscando la imagen paternal de la que siempre careció. Claro, como no era hija de él, el caso es que la niña entró en rebeldía y no rendía en el colegio, no asistía a clases por andar con él. Mi tía sufría mucho y me decía que lo demandáramos por corrupción de menores, pero para ser franca nunca por ningún motivo he recurrido a la Ley. Si estaba motivada, me las cobraba con mis manos, si no, prefería no hacer nada antes que ir a los tombos. Todo se derrumbaba, Karina mal, y para colmo me interno yo en "La olla" cuando menos debí hacerlo. La tortura total haciendo lo que no debía y pensando en mi hija, y en Lucas, a quien seguía amando. El me rogó mucho que nos diéramos otra oportunidad pero el orgullo no me dejaba. Hoy día pienso que no lo amaba lo suficiente, pues un verdadero amor pasa por encima de orgullo y todo. A ese hombre lo lloré más de un año noche y día, era consumiendo droga y llorándolo a él y a mi hija. Muy pronto me adelgacé horrible y, más que a la droga, se lo atribuí a la pena moral tan horrible por la que estaba pasando. Además, para mí era muy difícil verme de nuevo en esa situación. Yo lo

que conseguí con Lucas, todo por mi orgullo, se lo dejé, siendo que yo había invertido mi dinero también. Después me di cuenta que había vendido todo y se lo había enrubado. Nunca le reclamé nada, ni siquiera me llevó la ropa que él me había dado, sólo lo que yo misma había comprado.

No tenía tranquilidad para nada, no hacía sino pensar y pensar en Karina y darme cuenta qué pronto estaba comenzando a pagar todo lo que hice sufrir a la abuela y a mi tía. A los días me di cuenta que Karina se había volado de la casa. Casi me muero imaginando mi niña con hambre o con frío. Me puse a buscarla, me fui para Siloé donde vivía la porquería esa. Obviamente donde él no estaba ya que él tenía su mujer, pensé que de pronto la tenía en alguna parte, pero no, él ya había logrado lo que quería de ella como para complicarse con obligaciones. La mamá de Lucas me contó que alguien había dicho que la habían visto en "El hueco". Comencé a hacer averiguaciones hasta que me di cuenta que estaba en la casa de una amiga y que todos los hermanos de ella consumían pegante y marihuana. Fuera de esto, la casa quedaba en pleno hueco, una olla horrible de Siloé donde abundan las violaciones. Varias veces traté de ubicarla, subía hasta "El hueco" y preguntaba a todo el mundo, nadie decía saber nada. Yo le pedía a Papito Dios con toda mi fe que no permitiera que algo malo le pudiera pasar a mi nena. Ella, una vez la vi como a dos cuadras pero salió a correr, ya conocía esos callejones, así que se me voló. Yo le llevaba ropa y comida, y le dejé razón, que por favor aceptara hablar conmigo, que no la iba a castigar, que la comprendería. Quedé de volver al día siguiente a las siete de la noche para que nos encontráramos. Y así fue, a la noche siguiente fui y, gracias a Dios, ¡ahí estaba!

Casi muero de dicha, lloré, la abracé, la besé, me parecía mentira que tenía a mi niña ahí en mis brazos. Comió lo que le llevé, recibió la ropa, hablamos, le rogué,

le supliqué que volviera a la casa, que mi tía estaba muy mal y preocupada, que no la iban a castigar, que retomara los estudios, pero me dijo que a la casa no quería volver, que prefería quedarse ahí. Yo, pues estaba remal ubicada, ya que estaba viviendo en “La olla”, pero no estaba dispuesta a dejarla ahí, así que le propuse que se fuera conmigo. Yo pensaba que para que estuviera en esa olla donde nadie la conocía y corría peligro la prefería conmigo, ya que en “La olla” pues me conocen y respetan y nadie se iba a meter con ella, a irrespetarla. Además, iba a estar conmigo, y haría lo que fuera por ella, su dormida, comida, todo, yo como fuera iba a suplir esas necesidades, así fuera robando, prostituyendo. Yo que un día lo hice por droga, pues ahora con amor lo haría por mi hija, y no hablo de trabajar en lo que hacía anteriormente, porque me daba pena que me vieran mal, nada que ver con la anterior Liliana. Entonces, esto me causaba vergüenza.

En el momento que me llevé la niña yo vivía en una casa muy fea, pagaba tres mil pesos diarios de arriendo, pero al otro día me cambié a una casa mucho mejor, pagaba siete mil pesos diarios, pero el ambiente era familiar y aunque se consumía, nada que ver con otros lugares, es decir en lo malo, era de lo mejorcito y la señora doña Leo muy servicial: la recuerdo con cariño y gratitud. Yo salía a las diez de la noche a camellar, Karina quedaba dormida y yo a la madrugada por la ventana le tiraba la plata de la pieza y algo para que le guardara a doña Leo. El resto después que salía de las necesidades de mi bebé, pues me lo enrumbaba. A veces le llevaba mecató, le silbaba en la puerta y ella se levantaba y lo recogía. A los días conseguí que me rentaran un TV por tres mil pesos diarios. Cuando yo me trababa, el ruido del TV hasta me fastidiaba, pero lo hacía para que mi nena no se aburriera. Obviamente, ella sabía que yo consumía, la verdad y se sobreentiende yo no era el mejor ejemplo para seguir, pero sí era muy buen ejemplo para no seguir. Mi nena

sufría porque me veía llorando mucho por Lucas, y llegó hasta aconsejarme de manera sabia. Una vez me dijo que por qué no volvía con Lucas y dejara mi orgullo, que eso de sufrir por orgullo era una bobada, que nos diéramos otra oportunidad. Yo, aunque lo amaba, no podía, varias veces sentía deseos de verlo y no aguantaba y me iba con Karina a buscarlo, pero cuando lo veía me llenaba de rabia, pues se me venían imágenes a la cabeza del día de la pelea con él, y me llenaba de odio, de tal manera que no podíamos ni entablar una conversación. A esas alturas, Karina había entendido que ese hombre sólo la había utilizado y también estaba muy resentida con el tipo ese. Yo le insistía a la niña que volviera a la casa y retomara sus estudios pero de extraña manera ella no quería volver a la casa, y yo no tuve el carácter suficiente para salirme de “La olla” por mi hija, sino que continuaba en ese lugar donde todos, de manera “respetuosa”, me llamaban “suegra”. Mi nena estaba muy bonita, claro que todos la respetaban pero igual la codiciaban. Ella no había hecho amigos por allá sólo una pelada como tres años mayor que ella; charlaban en la puerta de la casa, después me di cuenta que la niña esa metía pegante pero yo confiaba que mi bebé no lo iba a hacer. Yo era muy clara con ella, cuando le hablaba de la droga y ella la rechazaba. Bueno, había visto mi lucha y lo que había hecho en mí, ella iba a pasear con Margarita, así llamaba su amiga, y a veces iban a una discoteca por “La Luna”. Yo quería brindarle confianza, además no la podía tener encerrada sólo viéndome fumar. Con Margarita conoció un muchacho que había sido novio de ella y se enamoraron, Jhony, llamaba. Él me había pedido permiso para visitarla, yo se lo di, pues me gustó la franqueza del muchacho. Además, para qué prohibírsele sabiendo yo misma que lo prohibido es lo que más atrae. A veces me pedían permiso para ir al parque y yo le ponía hora de llegada la que siempre cumplían. Yo le preguntaba a Karina si ella ya tenía relaciones con él para

qué se cuidara y, aunque ella lo negaba, yo lo presentía y la verdad me dolía que no fuera sincera conmigo. Un día me pidió permiso para ir a ver unas películas de video en la casa de él. Yo le dije que fuera y a las nueve de la noche estuviera en la pieza. Y resulta que llegó el día siguiente y la señorita no llegaba. Muy angustiada llamé y me dijo que le había cogido la noche y no pasaban buses por lo que tuvo que quedarse. Yo me enojé porque debió llamarme, darme una explicación y no lo hizo; yo tengo muy claro que no soy la mejor de las madres y si que menos un ejemplo a seguir, pero soy su mamá gústelo o no, y por encima de mí, como si estuviera pegada en la pared no podía permitir que pasara. Hablamos, me pidió perdón y la perdoné, pero a los días volvió a pasar, así que cuando regresó yo le dije que se quedara de una vez por todas donde su novio y se fue con él, hasta el sol de hoy.

Me pregunto qué tan precipitada o tan mala fue mi decisión, dejó un vacío muy grande, esa pieza se veía sola sin ella, sin su desorden y mi vida también estaba sola, vacía, me hacía mucha falta mi hija. La lloré muchos días, la llamé para que volviera pero no quiso, ya se sentía bien con él. Fue muy duro, a mí me afectó mucho, tuve que irme de allí, yo sola no iba a seguir pagando esa plata. Además, ese lugar estaba lleno de ella, me sentía más sola que nunca, hablaba sola, alegaba, la verdad psicológicamente no me sentía bien. Me fui a vivir por ahí mismo a un hotelucho de mala muerte, sólo pagaba tres mil pesos. Ya sola, sin la nena, me desaté mucho a consumir. Con ella fumaba muchísimo menos, por la obligación, pero sin ella pues nada me importaba, igual seguí recordando a Lucas también a ella. Estando en esa depresión tan horrible, un día fui a saludar a Ligia y me di cuenta no sólo que Lucas ya no vivía en la casa, sino que su nueva compañera estaba esperando un bebé. La verdad yo no pensaba volver con él, pero igual me dolió mucho. Yo nunca, ni por un solo instante, había pensado

ni en lo más remoto volverme a enamorar, en cambio él ya iba hasta a tener bebé. La mamá me contó que él había dicho que estaba cansado de rogarme y yo no lo iba a perdonar, que él tenía derecho a rehacer su vida y que se iba a dar otra oportunidad. Ahí cerré con broche de oro, o sea que iba de mal en peor.

Un día cualquiera caí en cuenta de que llevaba como tres días sin pensar en Lucas. Eso era todo un milagro, sería de tanto pedirle a Dios que lo sacara de mi mente y de mi corazón. Claro que eso no significaba que ya no lo quería, pero sí por lo menos que había durado tres días sin pensarlo, siendo que yo no dejaba de pensarlo ni un instante. Casualmente por esos días comencé a tratar con un muchacho que me molestaba desde hacía días, cuando pasaba me decía cosas muy bonitas como: los angelitos están cayendo del cielo, cada vez más hermosas, que le gustaba mucho mi risa, mi caminado, en fin, me decía muchas cosas lindas. Yo me limitaba a sonreír y alzarle las cejas, pero ese día hablamos por primera vez. Claro que me resultaba atractivo a pesar del estado en que se encontraba y digo esto porque como yo, estaba bastante poseído por la droga y su aspecto exterior muy descuidado, pero tenía algo especial que me atraía, cosa muy rara en mí, que no me gustaba nadie. Llovía duro, y me hice en la esquina frente a él esperando que escampara un poco. Yo iba a comprar mi vicio, eran como las dos de la mañana. El se acercó más poético que nunca, y me comentó que la noche y la lluvia lo ponían muy sensible. Se quitó la chaqueta y como tenía sombrilla dijo que si quería me acompañaba. Por allí hay un chucito que venden tinto toda la noche, arrimamos, tomamos tinto, le pregunté dónde estaba buena la merca, y me dijo que donde Arañas Rojas. Yo compré sólo dos para probarlas, cuando di el visto bueno compré mis dos tacos (veinte papeletas cada uno). El compró las de él, consumimos unas cuantas ahí en la esquina, yo tenía mucho frío y aunque su charla

me resultó amena, cosa que lo hacía más atractivo, pues inmediatamente me di cuenta que era muy inteligente y estudiado. Le dije que yo me iba para la pieza a trabarme bien calentita y dar dinero, pues estaba debiendo, que si quería podía venir conmigo. Me dijo que le daba pena, yo le dije que fresco, aunque la pena debía darme a mí pues había algo de desorden. Para ese entonces yo estaba viviendo en una pieza en una casa por ahí mismo. Nos fuimos, pagué dos días que debía, más otro, entramos a la pieza, nos trabajamos. Hubo un momento en que él se sentó detrás de mí, a mí se me cayó un cigarro y ambos lo fuimos a recoger, entonces sus labios sensuales por cierto rozaron mi espalda, al sentir su respiración casi me derri- to. Sentí como espasmos que recorrían mi cuerpo. En ese mismo instante me di cuenta que ese personaje era alto riesgo y lo mejor era evitarlo, pues yo me había prometido no volverme a enamorar. Él notó algo de lo que me produjo y me dijo que si tenía las cosquillas en la espalda, por Dios, yo llevaba más de un año sin que nadie me inspirara algo, ni medio parecido. Me fascinaba ese hombre, papasito, ahora en este momento que escribo esto mi corazón late más ligero y mi sangre se calienta y la siento fluir más rápido. Lo amo, aún lo amo como jamás creí que llegaría a amar a nadie.

Esa noche le hablé de mí, él me lo pidió, yo le conté todo acerca de Lucas y que todavía no podía olvidarlo. Yo me arrunché en la cama, y como llevaba tantos días de trasnocho me quedé dormida con droga encima y plata. Hubo varias cosas que me gustaron de él, pero sobre todo que me pareció respetuoso, en cuanto a contacto físico y también con la droga y el dinero. Es decir, yo me quedé dormida y él pudo haber aprovechado, consumir mi droga y hasta coger mi dinero, pero no. A eso de las once de la mañana, sentí que me llamaba, me dijo que como a las seis había salido, pues yo me había quedado dormida. El señor de la casa resultó ser amigo de él y

lo dejó entrar. Llegó con una bolsa de leche y zucaritas. Cuando me desperté sentí una cuchara en los labios, se puso a darme la leche, por cucharadas, ya que yo estaba más dormida que despierta. Cuando terminé, seguí durmiendo. Él, como a las seis de la tarde, me volvió a llamar. Me llevaba comida: frijoles y arroz. Cuando comí le dije que si me iba a regalar un coso de postre (él se estaba trabando), y ahí fue cuando me dijo que él me lo daba, pero que yo tenía unos cosos y plata debajo de la almohada, y yo que no me acordaba. Miré y tenía once cosos y siete mil pesos. Por estos pequeños grandes detalles comenzó a gustarme pero en sí, entre nos, no había pasado nada.

Así transcurrieron los días y no lo volví a ver. Me di cuenta que estaba trabajando en una casa donde vendían vicio. Él atendía la puerta, a mí no me gustaba meterme en esas casas a consumir ya que se corre mucho riesgo pues en cualquier momento puede llegar la Ley y barren con todo, y aunque duré casi un mes sin verlo, lo recordaba, pero pensaba que debía sentirse muy bien, ya que ni a la puerta se asomaba. A mí de él me impresionaban muchas cosas, como por ejemplo sus estudios, era veterinario de profesión. Ejercía cuando comenzó a consumir perdiendo todo por la droga: su consultorio, carro y hasta la mujer y dos niñas; tenía conocimientos de química, electricidad, artesanía y hablaba varios idiomas: inglés, irlandés, portugués, era increíble el potencial de ese hombre y todo perdido en la droga. Yo de vez en cuando me veía con Karina y la llamaba todos los días. A ella las cosas le estaban yendo bien gracias a Dios, en par ocasiones que hubo discusión con el marido, pues llegaba donde mí. En una de esas ocasiones se estuvo como una semana en la pieza. Yo estaba con unos hongos en los pies y no podía ni caminar, así que sin entrada económica la niña se azaró y salió dizque a llamar a mi tía. Resulta que no llegó sino hasta por la noche y yo en qué angustia. Llegó con treinta mil pesos, me llevó comida, pagó pieza y hasta me

llevaba unos cosos; yo le pregunté de dónde había sacado esa plata, que por favor me dijera y me contó que Mojanó, un señor que vendía basuco le había preguntado por mí, que porque hacía días no me veía. Ella le dijo que estaba enferma. Entonces, él le había ofrecido trabajo, que lo acompañara a vender y le daba cuarenta mil pesos por el turno. Casi me da un infarto saber que Karina había estado corriendo el riesgo que implicaba vender eso. Se lo prohibí rotundamente, pero me dio una justa razón: que no nos podíamos dejar morir de hambre, que el arriendo y todo. Además, ella ya con su marido se sentía yo me mando, y no había otra ley que la de ella, y estaba encantada cogiendo su plata “tan fácil”. Así lo veía, y yo le dije todos los riesgos. Lo que me contestó era que como era menor de edad no la podían llevar a la cárcel si algo pasaba, y aunque me creaba mucha angustia no puedo negar que de verdad necesitábamos el dinero. Gracias a Dios me recuperé. Ella volvió con su marido y todo continuó normalmente.

Se aproximaba el mes de diciembre y yo nada que veía al “Artesano”. Un día iba pasando cuando salió a la puerta y me invitó a entrar, y por compartir con él, entré. Me atendió muy bien, había entre los consumidores un señor que tocaba la guitarra y cantaba muy bonito, él le dio unos cosos para que nos cantara unas canciones. Me abrazó y me dijo que le gustaba y quería tener algo conmigo. Yo ponía una barrera y no le correspondía como en realidad quería, aunque no sé si por temor o por el sitio donde nos encontrábamos. Incluso me atreví a decirle que por qué no hacía un sacrificio y dejaba de fumarse unos cosos, y nos veíamos en un lugar más íntimo. El 31 de diciembre fui y le di el Año Nuevo. El primero de enero venía de mi casa con un dinero, aunque mi tía estaba pasando por una crisis económica y ya no podía colaborar como antes, pues no me dejaba morir, de todas maneras. Arrimé eran como las nueve de la noche. Nos

subimos a la terraza, ahí nos trabamos, y nos dimos el primer beso, nunca lo olvidaré, ese hombre lograba hacerme sentir cosas maravillosas, con tan sólo una mirada sacaba de mí mis más recónditos deseos. Todo lo que vivía con él era nuevo para mí. Yo que me creía tan experimentada, que creía que no me quedaba nada por aprender, con él me di cuenta lo cruda y equivocada que estaba. Ese día hicimos un cambuche en la terraza, nos arrunchamos y ahí nos quedamos dormidos abrazados, dándonos calor el uno al otro. Era increíble que prefiriera quedarme dormida junto a él, en una terraza, que irme para mi calle a consumir droga y hacer mis vueltas toda la noche. Como a los tres días me cambié de pieza, me fui para “El olino”, donde una señora Carlina, buena, la pieza y la casa limpia y tranquila. Karina estaba ese día conmigo. Yo ya le había hablado de él, a mí todo eso me tenía muy asombrada, yo creía estar cauterizada, veía el amor como algo muy lejano, decía que mi amor y mi marido era el basuco, pero increíble ahí estaba más cerca de mí de lo que jamás me hubiera imaginado. Sentía tantas cosas, era un torbellino de emociones, de expectativas, sueños, lo deseaba, lo imaginaba, me preguntaba qué tan buen amante sería, y qué tan bien dotado estaría, porque en cuanto a besos se refería eran riquísimos. Tanto tiempo sin besar, sin sentir, sin vivir, en el momento tan oportuno que había aparecido. Pasé por donde él con Karina, yo ya le había hablado de mi nena, de lo mucho que la amaba y lo linda que era. Ese día se la presenté. Yo, la verdad, estaba muy pendiente de su reacción cuando la conociera, su mirada, y cualquier cosa que me indicara algún sentir extraño, cosa que gracias a Dios no percibí, un punto más que se anotaba conmigo. Le dije que me mudaba de pieza y que iba a inaugurarla, que si lo tomaba o lo dejaba, si venía conmigo o prefería su trabajo que se estaba convirtiendo en su tumba. Para mi agrado y sorpresa entró por un maletín, pidió su sueldo y vino conmigo; yo estaba


feliz, rebozaba de dicha. Esa noche hicimos por primera vez el amor, *riquísimo*, nos entendimos para todo, superapasionado, excelente amante, ese hombre me llenaba, me satisfacía y entre más nos fuimos conociendo mejor nos entendíamos. A tan corto tiempo sentía que lo amaba, yo no volví a salir a la calle a rebuscarme, ni a andar de madrugada y no porque él me lo exigiera, sino porque me nacía. Yo ya no quería ser de nadie que no fuera él. Volví a vender lápices, lo acompañaba a él a las vueltas y lo que mi tía me daba, pero desafortunadamente él nunca creyó que yo realmente me hubiera apartado del rebusque y siempre tenía como cierta desconfianza. Cuando llegaba con dinero no creía que mi tía me lo había dado, siempre lo puso en duda. Eso me dolía mucho y me fue creando cierto resentimiento, pero en el sexo era de maravilla. Con él experimenté y vi cosas que jamás pensé que siquiera existieran. Yo que creía que todas me las sabía y no sabía nada, *qué delicia de hombre*, para mí ha sido lo máximo, lo más profundo que he vivido, y mi amor por él pasó por encima de orgullo, de carácter, temperamento, de mí misma, me atrevo a decir que de pronto es la única persona que más profundamente he amado, pero su desconfianza por mi pasado comenzó a hacer efecto. Me daba rabia que no me creyera, y ello creaba conflictos.

Un día que habíamos peleado y se suponía que nos íbamos a separar, me comentó que iba a buscar una tal profesora que antes había sido su amante, que le había llamado y como ella era pudiente le había dicho que alquilara un apartamento. Ese día, por primera vez, hice un parche, estuve con alguien por dinero y por resentimiento de lo que me había dicho. De igual manera nunca me creyó y de repeso iba a buscar a alguien, amándolo como yo lo amaba. Claro que la primer torturada fui yo. Era muy difícil sentir a alguien que no fuera él, fue horrible. A los días nos contentamos, me dijo que mentira y yo le fui sincera, y le dije que ahora sí había estado con alguien que

no era él, y que él mismo tenía la culpa. De ahí en adelante peleábamos mucho, pero yo lo amaba igual, o más, incluso cuando peleábamos y dejaba de ir a la pieza. Muchas veces lo veía tirado durmiendo en andenes. Eso me dolía mucho, sentía como si fuera hijo mío y cómo mi orgullo con él valía huevo, siempre lo buscaba y hasta le rogaba que volviera. Cuando yo lograba un poco hacerme la difícil, él hablaba con Karina y le decía que lo ayudara hablando conmigo para que volviéramos. El día que me capturaron estábamos peleados hacía como diez días. Ese día, por no salir ni a rebuscar ni a robar, me puse a ayudarlo a una amiga, "La costeña", a vender. Me pilló la Ley tres tacos y estoy aquí pagando una condena de veintiocho meses. Varias veces le dije a él que nos fuéramos de "La olla" ya mismo, como estábamos, pero las cosas no se dieron. A mí me andaban buscando de dos centros de restauración, uno en Ecuador para dirigir la parte administrativa, y el otro donde hice mi programa "Ser Uno", con Cela, para que dirigiera el hogar de mujeres, ya que Patricia mi amiga y líder había muerto. Pero a mí la droga me tenía atada, además no quería ir a ningún sitio sin él. Yo, en oración, le pedía al Señor que me ayudara como fuera a salir de ahí, que yo no tenía voluntad, que obrara un milagro y lo hizo, me sacó a la fuerza y me trajo a este sitio que en realidad me ha servido mucho y, aunque me duele en el alma reconocerlo, no me ha escrito ni una sola letra. Al principio yo le escribí varias cartas sin ninguna respuesta, pero no lo he podido sacar de mi mente ni de mi corazón, no ha habido un solo día que no lo recuerde, aunque parece que él de mí se olvidó, aunque en el fondo yo creo que todavía me quiere de manera muy extraña, pero siento que me quiere, tal vez no tanto como yo a él, pero le pido a Dios que no me haya olvidado. Yo lo amo cada día más, aunque no tengo razones hoy día para que ese amor crezca, pero así es el corazón, traicionero, necio y autónomo. La vida sigue y yo nunca dejaré de creer que

el Señor restaurará mi vida y me hará un milagro como tantos que me ha hecho: seré una mujer radical, y si no es “El Artesano”, no sé quien tendrá para mí aunque yo quisiera que el Señor lo levantara con poder y pudiéramos estar juntos siempre. Yo estoy dispuesta a perdonar su indiferencia y lo que sea con tal de verlo bien y conmigo. Cuando salga no pienso volver a delinquir, ruego y sé que Dios proveerá la fortaleza, obediencia para llevar una vida normal, apartada de las drogas, y ojalá con el hombre que amo. Lo voy a buscar, a brindarle mi apoyo y si está dispuesto, para adelante, y si no, pues aunque me duela lo tengo que olvidar. Quiero continuar mis estudios y compartir con mis hijos, servirle ante todo a Dios que es el mayor anhelo de mi corazón.

“Artesano”: estoy pensando en ti, la verdad siempre lo hago.

Desde que estoy sin ti, vivo como por inercia, respiro por costumbre, las emociones de hoy sin ti son como el mugre del ayer. Por más que intento no he logrado olvidarte, y es que cuando empiezo a olvidarte, comienzo a recordarte, estás metido en mí, eres como un sello, una marca, una huella en mi corazón, te llevo en mi ser. Ruego a Dios me dé la fortaleza para poder dejarte atrás, tú no mereces un instante de mi pensamiento, mucho menos mi amor... Han pasado varios días y este amor en lugar de desaparecer, va creciendo día a día, no es cuestión de lugar ni de distancia, pues no se puede huir de algo que se lleva dentro. Eres un mal que me hace bien, es triste alimentar un amor con sólo recuerdos, yo no me explico la necesidad de este terco corazón, no copia absolutamente nada de lo que le ordeno, por el contrario, se rebeldiza y es autónomo, solito se manda, toma sus propias decisiones convirtiéndose así en mi peor enemigo, y muy fuerte por cierto, no entiende razones, motivos, ni nada. Sólo entiende y acepta que te ama y punto. 

La edición de este libro
que en alguna medida
es un camino
hacia la libertad fue
terminado
en la ciudad de
Bogotá
el treinta y uno de
marzo de
dos mil once.

Utilizamos tipografía de
la familia
Palatino
y la tirada en imprenta
fue de
mil trescientos
ejemplares.



TALLER DE EDICIÓN • ROCCA®

*Pertenece a la Red de Editoriales
Independientes Colombianas.*

Reic
Red de Editoriales Independientes Colombianas

En esta nueva memoria de los talleres del Programa *Libertad bajo palabra*, presentamos una selección de textos que muestran lo diversos que somos. No en el sentido que en los últimos años se le quiere dar al término; esto es, refiriéndolo a lo étnico, a lo regional o a lo cultural. Nos referimos a lo diverso en un sentido más poderoso y que es la tarea, la indagación de la literatura: a la diversidad de seres que confluyen en cada uno de nosotros.

“Existen muchas formas de estar preso, casi todas peores que estar preso”, dijo con gran serenidad una mujer que lleva catorce años tras las rejas. “Yo no me quiero ir de aquí”, le oí decir a otro detenido en la cárcel de Palmira. “Si no fuera porque me cogieron ya estaría muerto”, aseguró un hombre joven en la penitenciaría de Calarcá. Estos testimonios no pretenden hablar bien de la cárcel; hablan de lo terrible que es para muchas personas la calle, la libertad, el país en que vivimos. En Buenaventura un hombre que conoce muy bien ambas prisiones sentenció: “La pobreza es la peor de las cárceles”.

JOSÉ ZULETA
Coordinador del programa
Libertad bajo palabra



Libertad y Orden
Ministerio de Cultura
República de Colombia

Prosperidad
para todos



Red Nacional
de Talleres
de Escritura Creativa

ISBN: 978-958-8545-32-5



9 789588 545325